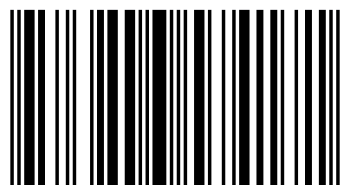


El valor de lo humano

Galo Guerrero Jiménez se centra en su investigación en ocho valores, cada uno, a su vez, subdividido en varias partes, formando un "cluster" de valores (...) El conjunto de estos valores que han de intentar poseer todas las personas configuran un todo muy importante y necesario para realizar mejor nuestras relaciones humanas y es lo que determinará el éxito de nuestras propias acciones y de nuestras organizaciones en las que estamos insertados. Todo esto requiere una identificación y conocimiento de los valores, una medición de los mismos para lo que es necesario un instrumental de medida de tal manera que podamos gestionar nuestra vida y nuestras organizaciones en base a los valores. Lo que nos propone nuestro autor es un mapa reflexivo acerca de los valores básicos necesarios para vivir en una sociedad como la nuestra necesitada de conocimiento y de una entidad ética, tanto a nivel individual como grupal. Desde estos valores como un mapa de ruta nos podremos proyectar hacia el futuro, un futuro configurado de manera realmente humana. Nicanor Ursua, Universidad del País Vasco, España



Galo Rodrigo Guerrero Jiménez
Catamayo, Loja, Ecuador (1959). Es profesor investigador de la Universidad Técnica Particular de Loja. Es autor de 20 libros sobre temáticas educativas, literarias, lingüísticas y filosófico-antropológicas. Es periodista de temas educativos, culturales y humanísticos en general. Actualmente investiga el tema de la lectura.



978-3-8465-7417-1

editorial académica **española**

El valor de lo humano



Galo Rodrigo Guerrero Jiménez

El valor de lo humano

Lo moral, la creatividad, la inteligencia, lenguaje y comunicación, el buen vivir, la alteridad, lo espiritual

Guerrero Jiménez

Galo Rodrigo Guerrero Jiménez

El valor de lo humano

Galo Rodrigo Guerrero Jiménez

El valor de lo humano

**Lo moral, la creatividad, la inteligencia, lenguaje y
comunicación, el buen vivir, la alteridad, lo
espiritual**

Editorial Académica Española

Impressum / Aviso legal

Bibliografische Information der Deutschen Nationalbibliothek: Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation in der Deutschen Nationalbibliografie; detaillierte bibliografische Daten sind im Internet über <http://dnb.d-nb.de> abrufbar.

Alle in diesem Buch genannten Marken und Produktnamen unterliegen warenzeichen-, marken- oder patentrechtlichem Schutz bzw. sind Warenzeichen oder eingetragene Warenzeichen der jeweiligen Inhaber. Die Wiedergabe von Marken, Produktnamen, Gebrauchsnamen, Handelsnamen, Warenbezeichnungen u.s.w. in diesem Werk berechtigt auch ohne besondere Kennzeichnung nicht zu der Annahme, dass solche Namen im Sinne der Warenzeichen- und Markenschutzgesetzgebung als frei zu betrachten wären und daher von jedermann benutzt werden dürften.

Información bibliográfica de la Deutsche Nationalbibliothek: La Deutsche Nationalbibliothek clasifica esta publicación en la Deutsche Nationalbibliografie; los datos bibliográficos detallados están disponibles en internet en <http://dnb.d-nb.de>.

Todos los nombres de marcas y nombres de productos mencionados en este libro están sujetos a la protección de marca comercial, marca registrada o patentes y son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de sus respectivos propietarios. La reproducción en esta obra de nombres de marcas, nombres de productos, nombres comunes, nombres comerciales, descripciones de productos, etc., incluso sin una indicación particular, de ninguna manera debe interpretarse como que estos nombres pueden ser considerados sin limitaciones en materia de marcas y legislación de protección de marcas y, por lo tanto, ser utilizados por cualquier persona.

Coverbild / Imagen de portada: www.ingimage.com

Verlag / Editorial:

Editorial Académica Española

ist ein Imprint der / es una marca de

AV Akademikerverlag GmbH & Co. KG

Heinrich-Böcking-Str. 6-8, 66121 Saarbrücken, Deutschland / Alemania

Email / Correo Electrónico: info@eae-publishing.com

Herstellung: siehe letzte Seite /

Publicado en: consulte la última página

ISBN: 978-3-8465-7417-1

Copyright / Propiedad literaria © 2013 AV Akademikerverlag GmbH & Co. KG

Alle Rechte vorbehalten. / Todos los derechos reservados. Saarbrücken 2013

EL VALOR DE LO HUMANO

Galo Guerrero Jiménez

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	7
INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO I.....	15
1. EL VALOR DE LO MORAL	15
1.1. El valor de lo humano	15
1.2. El hombre como ser moral	17
1.3. El valor de la cultura	18
1.4. La ignorancia moral.....	20
1.5. La conducta del perfeccionismo.....	22
1.6. La proyección de la dignidad humana	24
1.7. Estar en el mundo	26
CAPÍTULO II.....	28
2. EL VALOR DE LA CREATIVIDAD	28
2.1. La creatividad	28
2.2. Cómo generar novedades creativas	30
2.3. Compromiso activo	32
2.4. El secreto de una vida feliz	34
2.5. Lo gratificante de la vida.....	35
2.6. Nuestra energía mental.....	37
CAPÍTULO III	40
3. EL VALOR DE LA INTELIGENCIA.....	40
3.1. El fluir de la mente	40

3.2.	La flexibilidad mental	41
3.3.	La metáfora del vivir inteligente	43
3.4.	La inteligencia y no la razón	45
3.5.	Cerebros sin memoria.....	47
3.6.	La grandeza de lo humano	49
CAPÍTULO IV.....		51
4. EL VALOR DEL LENGUAJE Y LA COMUNICACIÓN		51
4.1.	El don de la palabra	51
4.2.	La palabra es una necesidad vital.....	53
4.3.	La palabra adecuada	54
4.4.	La palabra es lenguaje de conciencia	56
4.5.	El lenguaje de la mirada	58
4.6.	El lenguaje del cuerpo	60
4.7.	La empatía comunicativa	62
4.8.	Autenticidad y confianza.....	63
4.9.	La comunicación agresiva.....	65
4.10.	La intolerancia y la manipulación comunicativas.....	67
4.11.	El contacto con la realidad	69
4.12.	La identidad individual y social	71
4.13.	La psico-ecología de la competencia comunicativa.....	72
CAPÍTULO V		75
5. EL VALOR DEL BUEN VIVIR.....		75
5.1.	Vivir bien.....	75
5.2.	Vivir de manera expresiva.....	77
5.3.	Un buen estilo en el vivir	78

5.4.	Aprender a mejorar lo que somos	80
5.5.	El valor de la felicidad.....	82
5.6.	El buen juicio.....	84
5.7.	Saber querer.....	85
5.8.	Narración, tiempo y memoria.....	87
CAPÍTULO VI.....		90
6.	EL VALOR DE LA ALTERIDAD	90
6.1.	Aprender a convivir con los demás	90
6.2.	El valor del reconocimiento	91
6.3.	El temor ante los demás	94
6.4.	Saber escuchar	95
6.5.	Ser esperado	98
CAPÍTULO VII.....		100
7.	EL VALOR DE LO ESPIRITUAL	100
7.1.	La dimensión espiritual del silencio.....	100
7.2.	La fe del carbonero.....	101
7.3.	La humanidad de Jesús.....	103
7.4.	Miércoles de Ceniza	105
CAPÍTULO VIII		108
8.	EL VALOR DE LA LECTURA	108
8.1.	La celebración de la lectura.....	108
8.2.	Lectura y sociedad.....	109
8.3.	El aprendizaje de la lectura	111
8.4.	Saber leer	113

8.5.	Lectura y narración.....	115
8.6.	Monterroso y la literatura	116
8.7.	La nueva gramática de la lengua española	118
CONCLUSIONES		121
BIBLIOGRAFÍA		128

Prólogo

El valor de lo humano en tiempo de crisis socio-económica y de penuria de ideas

Nicanor Ursua

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO, ESPAÑA

En este tiempo de globalización, caracterizado, por una parte, por la fuerza motriz de la ciencia y la tecnología y, por la otra, por la pérdida del status y calidad del sujeto humano en nuestra sociedad, es necesario reflexionar como lo hace el autor del libro sobre el valor de lo humano.

Desde hace un tiempo en nuestra sociedad denominada “sociedad del conocimiento” se está dando un cambio que puede describirse como el salto de la competitividad a la innovación a través del uso intensivo del conocimiento científico-tecnológico que ha de ser productivo, eficaz y eficiente y que demanda nuevas ideas, la preocupación ética acerca de la situación ecológica de nuestro maltrecho planeta y por lo que podríamos denominar también una nueva comprensión de las relaciones humanas a nivel local y global, que está requiriendo, a su vez, un trato como algo único y singular.

Esta denominada “sociedad del conocimiento” constituye hoy un rasgo característico de las sociedades avanzadas concediendo un papel singular al conocimiento científico-tecnológico, hasta el punto de que la expresión “sociedad del conocimiento” sea empleada para referirse precisamente a ese tipo de sociedades.

La cuestión que a continuación se plantea es qué entender por tal. Sin duda, el conocimiento científico-tecnológico ocupa un lugar preeminente, tanto desde la perspectiva de una mayor y mejor información acerca de la naturaleza, del ser

humano como del desarrollo tecnológico.

Pero al hablar de conocimiento también se hace referencia a la *cultura*, esto es, al conjunto de maneras de pensar, sentir y obrar conquistadas a lo largo de un proceso histórico, cuya preservación y profundización cumplen un doble objetivo: a) con respecto al pasado, garantizar la necesaria continuidad con formas y modos recibidos que constituyen las raíces y la identidad del *saber* y del *saber hacer* de una determinada colectividad; b) con respecto al presente, contribuir al fomento de capacidades individuales y colectivas que faciliten desde la profundización en el razonamiento crítico hasta la mejora de la actividad profesional, pasando por el desarrollo de los deberes y derechos de la sociedades democráticas.

Pero, la pregunta fundamental se puede formular en este contexto del siguiente modo ¿Estamos hoy en esta “sociedad del conocimiento” perdiendo el valor de lo humano? ¿Podemos hoy demandar el valor de lo humano como un valor radical y universal?

Esta es la intención del filósofo y escritor Galo Guerrero Jiménez en el presente ensayo al que el lector/a invitamos a seguir en sus reflexiones muy atinadas y pertinentes en esta época donde necesitamos recuperar los valores humanos.

Brian P. Hall, catedrático de la Universidad de Santa Clara, California y Presidente del Instituto de Valores en Santa Cruz (EE. AA.), afirma que los “valores son ideales interiores que dan significado a nuestras vidas mediante las prioridades que elegimos y que nos proveen la conectividad entre el individuo y una totalidad más grande ecológica” (ver: *The Development and Management of Values in the University*. Manuscrito, Abril 1997). Lo que esto quiere decir es que los valores son prioridades elegidas conscientemente, que se reflejan en la conducta humana, constituyen la materia de lo que confiere significado a la persona, la impulsa y la motiva. Los valores se esconden “detrás de” y, a su vez, se “manifiestan” en la conducta humana. Por este motivo es urgente investigar sobre los valores del ser humano en nuestra

sociedad, tal como lo hace nuestro autor.

Lo que hoy llamamos valores, se denominaba en la antigüedad virtudes. Estas configuraban las cualidades de excelencia de una persona (ver, por ejemplo, Marco Tulio Cicerón : "De Officiis" ("Los deberes"). La ética de las virtudes en Aristóteles, etc.).

Hoy, siguiendo las teorías de Brian P. Hall y de Benjamin Tonna, profesor de Sociología de la Universidad de La Valleta (Malta), que vienen investigando desde hace años la relación de los valores con el desarrollo humano y de las organizaciones, proponen la hipótesis de que existen 125 valores elementales, comunes a todos los seres humanos. (Ver al respecto: I. Eléxpuru/C. Medrano: *Desarrollo de los valores en las Instituciones Educativas*. I.C.E. Universidad de Deusto, 2001, pp. 45 ss.).

Galo Guerrero Jiménez se centra en su investigación en ocho valores, cada uno, a su vez, subdividido en varias partes, formando un “cluster” de valores. Estos valores son: *el valor de lo moral, el valor de la creatividad, el valor de la inteligencia, el valor del lenguaje y la comunicación, el valor del buen vivir, el valor de la alteridad, el valor de lo espiritual y el valor de la lectura.*

El conjunto de estos valores que han de intentar poseer todas las personas configuran un todo muy importante y necesario para realizar mejor nuestras relaciones humanas y es lo que determinará el éxito de nuestras propias acciones y de nuestras organizaciones en las que estamos insertados. Todo esto requiere una identificación y conocimiento de los valores, una medición de los mismos para lo que es necesario un instrumental de medida de tal manera que podamos gestionar nuestra vida y nuestras organizaciones en base a los valores.

Lo que nos propone nuestro autor es un mapa reflexivo acerca de los valores básicos necesarios para vivir en una sociedad como la nuestra necesitada de conocimiento y de una integridad ética, tanto a nivel individual como grupal. Desde estos valores

como un mapa de ruta nos podremos proyectar hacia el futuro, un futuro configurado de manera realmente humana.

Galo Guerrero Jiménez con este libro nos invita a su sueño de un mundo para humanos con los humanos que intenta se haga realidad en la vida de cada lector/a que se adentra en esta investigación de carácter teórico-práctica.

Si seguimos la definición de X. Zubiri sobre la filosofía en su libro *Naturaleza, historia y Dios*, Alianza. Madrid, 1974, p.110, a saber, la filosofía como un “saber” de las cosas; la filosofía como una “dirección” para el mundo y la vida y la filosofía como “una forma de vida” y, por lo tanto, como algo que acontece, tenemos en este ensayo clarisamente un “saber” sobre los valores, una “dirección” basada en valores para nuestra vida y sociedad y una “forma de vida” en la medida que los realizamos en nuestro propio acontecer o historia personal. Galo Guerrero Jiménez explora en este ensayo los fundamentos e impactos del conocimiento examinando de manera profunda los *valores, el lenguaje y la historia del ser humano*.

[nicnor.ursua@ehu.es](mailto:nicanor.ursua@ehu.es)

San Sebastián 2. 12. 2011

Introducción

Frente a las diversas circunstancias humanas que atraviesa la sociedad actual, y en la que las personas de variadas culturas, específicamente de las ciudades, viven atosigadas por infinidad de problemas personales, sobre todo de estabilidad emocional y afectiva que desencadenan en comportamientos no siempre favorables para un adecuado desenvolvimiento humano, se pretende -gracias al apoyo de diversos teóricos que desde el humanismo en general, y de manera especial en asuntos antropológico-éticos- verter comentarios orientativos, cuya versión personal tiene la finalidad de elaborar un conjunto de miniensayos que hacen alusión al valor de lo humano en temas muy específicos que son analizados desde una reflexión muy propia, destacando siempre el papel que desde la dignidad humana cumplen los valores en mención para que sea posible la convivencia de una vida más humana, más plena, más vivible, de manera que desde una auténtica realización personal, prime un pensamiento flexible pero también con rigor y transparente, para que desde las diversas acciones humanas se puedan generar espacios de reflexión, de autocrítica, de discrepancia y de aportes personales que desemboquen en el respeto y valoración que cada cultura, y por ende cada persona, se merece para que pueda vivir racional y coherentemente.

En tal virtud, los objetivos de este modesto aporte investigativo en el campo del ensayo, son:

Estudiar los diversos aportes que filósofos, antropólogos y humanistas en general vienen aportando en torno al problema de los valores humanos.

Desarrollar un conjunto de miniensayos en torno al problema de lo humano desde el punto de vista antropológico-filosófico-ético.

Destacar el valor de lo humano en consideración a temas específicos: el valor de lo

moral, la creatividad, la inteligencia, el lenguaje y la comunicación, el buen vivir, la alteridad, lo espiritual y la lectura.

Verter una opinión personal que sirva de orientación en torno a los diversos valores que subyacen en la condición humana de toda persona.

En este orden, La búsqueda de la información a través de la recopilación del material es eminentemente bibliográfica. Desde hace algún tiempo he venido seleccionando aquellos materiales que desde la lectura hacen alusión a la sensibilidad humana con énfasis en consideraciones éticas; por lo tanto, siempre en la búsqueda, desde el género del ensayo, de ciertos valores antropológicos que desde diversos ángulos humanísticos, han venido contribuyendo para que desde el análisis hermenéutico, las personas puedan proyectarse humanamente a través de la lectura de estos materiales.

Mi formación de literato, de lingüista y de periodista cultural en el ámbito de la educación y del humanismo, paulatinamente me ha ido motivando para centrar el análisis de mis estudios en el ámbito filosófico-antropológico-ético, desde el cual quiero contribuir con estas modestas opiniones personales en torno al valor de lo humano.

Por lo tanto, tal como se podrá apreciar en la bibliografía, me he servido de pensadores, estudiosos y académicos que desde el ámbito de la filosofía y del humanismo en general han podido verter sus opiniones con la mayor libertad que su pensamiento y su formación les ha permitido.

No me interesa tanto el arrebato político ideológico que desde las llamadas “izquierdas” también han querido contribuir para que el mundo mejore, pero desde métodos muy dispares como el de la violencia, la toma de armas, la lucha de clases, la protesta áspera e inhumana con enfrentamientos verbales grotescos y de ataque virulento a las personas, a los pueblos, a las culturas y a las religiones, de los cuales

no comparto de ninguna de las maneras.

Por consiguiente, he acudido a humanistas ponderados y a analistas que con su filosofía profunda para mirar y analizar el mundo con lo más granado de su pensamiento, han contribuido para que una toma de conciencia centrada en los más excelsos valores humanos, sea el punto de referencia para contribuir al desarrollo de una sociedad en la que se pueda convivir aportando y valorando el pensamiento y la acción armónica, salomónica y mesurada de las personas para que puedan llevar a cabo una vida que sea digna, es decir, que esté a la altura de lo que el humanismo cristiano, por poner un ejemplo, siempre ha venido proclamando: aprender a vivir en el plano del amor al prójimo, es decir, aceptando y valorando a los demás como lo que son: personas que merecen la mejor expresión de nuestra vocación humana.

El material está organizado en temas mínimos de análisis y reflexión personal al estilo de un comentario o columna periodística tipo ensayo. Luego se ha procedido a ubicar cada uno de los temas, en temas mayores: el valor de lo moral, la creatividad, la inteligencia, el lenguaje y la comunicación, el buen vivir, la alteridad, lo espiritual y la lectura.

Por tratarse de un aporte investigativo cualitativo, cuyo punto de partida es el análisis del material bibliográfico del cual me he servido para la redacción de estos modestos comentarios, desde la referencia del ensayo, no es posible el planteamiento de ninguna hipótesis. Pues, no se trata de comprobar nada, sino de aportar con una opinión cuya dirección interpretativa trata de ser encaminada con una visión humanista, para que sea el público lector el que valore o discrepe de la temática aquí analizada personalmente.

Al respecto, la información bibliográfica ha sido recogida a través de la técnica del subrayado después de leer detenidamente cada uno de los libros seleccionados y que aparecen en la bibliografía. El subrayado es de las ideas básicas que en orden a la

intención que tengo para escribir mis artículos periodísticos tipo ensayo sobre el valor de lo humano, he creído pertinente subrayar y detenerme luego en esas ideas para mi particular reflexión personal y el aporte que puedo brindar desde mi visión crítico-valorativa.

Por lo tanto, los casos de estudio son desde la reflexión personal para comentar sobre el valor de lo humano a partir de temas concretos: el valor de lo moral, la creatividad, la inteligencia, el lenguaje y la comunicación, el buen vivir, la alteridad, lo espiritual y la lectura. Sobre estos temas, y aplicando la técnica del ensayo, elaboro mis comentarios interpretativos, tomando como base varios de los planteamientos teóricos que hacen los humanistas: filósofos, teólogos, pedagogos, antropólogos, moralistas y estudiosos y pensadores en general, los cuales, a través de sus libros, son la fuente viva de la cual me he nutrido para, desde la paráfrasis, en unos casos, desde la hermenéutica, en otros, o desde la reflexión personal en general, tratar de elaborar estos modestos cometarios, que fueron publicados semanalmente en Diario Centinela de la ciudad de Loja, y leídos en Radio Boquerón de la ciudad de Catamayo, y luego recogidos y procesados debidamente en forma de tesina para obtener el título de Máster en Filosofía en un Mundo Global (septiembre de 2011) en la Universidad del País Vasco, San Sebastián, España, bajo la tutoría del doctor Nicanor Ursua, profesor del Departamento de Filosofía de dicha universidad, al cual agradezco profundamente, sobre todo por su gran calidad humana y académica demostrada a lo largo de la propuesta del Masterado, y especialmente en el asesoramiento de estas páginas que hoy aparecen en forma de libro, y cuyos temas me permito desarrollar a continuación.

grguerrero@utpl.edu.ec

Loja, diciembre de 2011

CAPÍTULO I

1. EL VALOR DE LO MORAL

1.1. El valor de lo humano

No es la monotonía la que determina lo que debemos hacer; es nuestra actitud la que cuenta para aprender a ser dueño de nuestro tiempo. Aprender a descubrir nuestro mejor ritmo para enfrentar cada acto humano de forma creativa, apasionada, reflexiva y valorativa, de manera que lleguemos a personalizarnos del entorno material, será siempre de una viva sorpresa humana para hacer de cada objeto que nos rodea una ayuda para lo que pretendemos llegar a ser.

Una mirada inteligente hacia nuestro interior para que valoremos nuestro entorno familiar, cultural, educativo y emocional nos ayuda a convertir lo inmediato en acogedor y agradable. Si la monotonía nos abruma, se anula nuestra capacidad de realización ante la realidad exterior; la capacidad de trascender no aparece, y se corre el riesgo de que nuestras acciones humanas no se revistan de ese trasfondo ético que siempre es necesario para que sea la transparencia la que dé paso a la verdad en cada acto humano.

Se necesita tener un gran valor humano, una fuerza de carácter especial y una moral inmutable para desalojar de nuestra mente las bajas pasiones y la rutina que, tarde o temprano, puede llegar a agobiarnos y a destruir la búsqueda de una existencia más plena.

Si todos nos empeñásemos –cada cual en lo que sabe hacer- por contribuir a mejorar nuestra cultura, no habría cabida en nuestra condición humana para que las fuerzas exteriores perturben nuestro destino, porque el apoyo que la cultura y el talento personal nos brindan nos llevan a pensar de una manera singular para no proceder

desde la rutina sino desde modos distintos, altamente creativos y de competencia para impregnar en los ambientes novedad y credibilidad.

Pongámonos a hacer con mucho entusiasmo lo que nos gusta hacer, y nos vamos a dar cuenta el valor que tiene lo que hacemos. Las dificultades, en estas condiciones, se vuelven oportunidades para proyectar en ellas toda nuestra sapiencia. Tomemos en cuenta que sólo desde lo no habitual es posible enfrentar la rutina y llegar a sentir satisfacción, porque aparece la oportunidad para actuar con un nuevo modo de pensar, y hacer las cosas no con la rutina de siempre sino con la creatividad, puesto que cuando enfrentamos una realidad nueva en cuanto novedosa o problemática, aplicamos lo que hemos aprendido pero con una nueva visión; en estos casos se pone en juego la curiosidad, la pasión y el compromiso personal para que el talento humano se manifieste no tanto desde las reglas habituales, sino desde una inteligencia fluida que nos permita hacer algo novedoso.

Si así actuamos, nuestra existencia se verá vinculada con el sentido de la vida porque nos sentiremos responsables y altamente comprometidos con una vida bien vivida. Esto les sucede a los sabios, a los científicos, a los artistas, a los investigadores, a los líderes y a todos aquellos que trabajan por el bien de la humanidad: su vida no es más que un ejemplo de entrega continua a favor de la cultura; pues, no han hecho otra cosa que desde la riqueza de su vida personal, enriquecer la vida en general.

El cultivo de las ideas más nobles no surge de lo superfluo. Se trata de una vida de esfuerzo, de entrega constante para aspirar a conocer lo humano y evitar lo inhumano, lo irracional, lo perverso.

1.2. El hombre como ser moral

¿Cuál es el modelo de sujeto humano que necesita la sociedad actual para vivir adecuadamente? ¿Se necesita la consideración de seres morales como el valor supremo de supervivencia? Si es así, debemos apelar a nuestra inteligencia, pero no desde una concepción psicológica, sino desde el más elevado ideal o modo de vida ético al que es necesario aspirar para demostrar que nuestra constitución humana es la de ser seres morales.

Y parecería que la moralidad, como la esencia más genuina para vivir robustos de vida, es desde la producción o creación de hechos con sorpresas eficientes que vayan modelando nuestra conducta de manera que sea posible aprender a vivir.

Es decir, sólo desde una ética de la creatividad, tal como lo hace la ciencia, el arte y la investigación en general, que no puede ser tal sino desde la creatividad, el ser humano necesita acoplarse con la mayor elocuencia y con la más íntima euforia al ámbito de la creatividad, para que con entera responsabilidad pueda llegar a solucionar los problemas más vitales para que sea factible la creación de auténticos espacios que le permitan a cada individuo llegar a vivir con dignidad.

Está por demás señalar los problemas gravísimos de deterioro humano a los que ha llegado la sociedad por no saber conducir su humanidad por el territorio de la moral. Como señala José Antonio Marina: “Un hombre desmoralizado es simplemente un hombre que no está en posesión de sí mismo, que está fuera de su radical autenticidad y por ello no vive su vida, y por ello no crea, ni fecunda, ni hincha su destino” (2001, p. 39).

El aporte creativo que bien puede brindar todo individuo desde la moralidad, es lo que se pierde cuando ha desnaturalizado su condición humana. En efecto, desde la inautenticidad se pierde la esencia de ser persona, y por ende se desmorona toda

posibilidad creativa. La inteligencia misma se anula cuando se está fuera de la posesión de lo auténticamente humano.

Pensar la moral, por lo tanto, para un adecuado vivir, es pensar en formas creativas para ser felices sin dañar la imagen humana de nadie. Por eso la creatividad y la moral nos conducen a una ética de la generosidad, porque de lo que se trata es de asumir un modo de ser personal, que desde un adecuado componente de hábitos, costumbres y principios bien adquiridos, el individuo aprenda a portar su elegancia humana para consigo mismo y para con los demás, desde acciones sabiamente concebidas para producir nuevas opiniones y nuevas acciones que lo conduzcan a la facundia de una experiencia moral auténtica.

Desde la inteligencia, por lo tanto, siempre será oportuno el desarrollo del razonamiento moral para que cada acción humana tenga la intensa y cuidadosa pretensión de ser asumida libre y conscientemente, de manera que cada actividad genere la suficiente lucidez mental para que desde la más íntima convicción personal se pueda valorar la realidad con criterios innovadores que nos permitan identificar lo bueno de lo malo, lo adecuado de lo nocivo y la felicidad de la desdicha, de tal forma que al evaluar cada acto humano sea fiable al vigor de lo que deseamos ser si queremos que la acción de nuestros valores pensados sean la señorial expresión de nuestros valores vividos.

1.3. El valor de la cultura

La cultura tiene un enorme componente que la robustece en cualquier tipo de comunidad, y es la moral. La sociedad, dependiendo de infinidad de variantes culturales que posee, perfila y modela al ser humano de conformidad con el conjunto de sus principios, de sus necesidades y problemas, hasta que la mejor solución

desemboca en el mundo de la ética. Y es desde el carácter más plenamente subjetivo e individual de la inteligencia humana en que se van fraguando las actitudes éticas para poder solucionar los problemas vitales.

Dado el enorme potencial que la inteligencia humana tiene, puede producir incansablemente pensamientos, acciones, ocurrencias y cosas nuevas. Las aspiraciones, los proyectos, el trazar horizontes y soñar hasta alcanzar nuevos objetivos, nuevas metas, nuevos caminos, nuevas posibilidades de realización, son parte de la cultura que en conjunto posee la sociedad.

En este vaivén de circunstancias aparece el territorio de la moral, que desde “el saber filosófico -según Eudaldo Forment, catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona-, tiene por misión irrenunciable formar la cultura” (Ocampo, 2005, p. 12) de los pueblos y de las naciones en general.

La lengua, la religión, la ideología, la praxis, la educación, la ciencia, el arte, las costumbres, son componentes esenciales de toda cultura que contribuyen a la perfección del hombre en la medida en que su accionar filosófico, es decir, su reflexión moral, se encarga de engrandecer el desarrollo de lo auténticamente humano.

La misión de la moral es, entonces, la educación integral del ser humano, porque, de manera paulatina lo va formando para que su desarrollo cultural desde el ámbito de la comunicación, de la razón, de la fe, de la ciencia y de la técnica, quede honestamente robustecido y normado por los principios de la ética.

La experiencia moral de cada individuo, sobre todo desde la intimidad personal, marcha en dirección al fortalecimiento de la cultura a la cual pertenece. Por eso se necesita un modelo de sujeto humano que vaya consolidando su formación personal y de afecto, haciendo uso de todo lo que la sociedad le brinda, para que su

comportamiento sea la expresión de un sentimiento de gran relevancia moral.

Sin lucidez moral una cultura se estanca, atrofia su devenir, y por ende puede producir, antes que personas, monstruos, los cuales, al no poseer entrañas humanas, sino diabólicas, llegan a destruir todo el esfuerzo intelectual y moral que una sociedad va construyendo con el esfuerzo de todos sus habitantes para el bienestar de sus prójimos.

Como sostiene Sánchez Vásquez, citado por Antonio Marina en su **Ética para náufragos**: “La moral es un sistema de normas, principios y valores, de acuerdo con el cual se regulan las relaciones mutuas entre los individuos, o entre ellos y la comunidad, de tal manera que dichas normas, que tienen un carácter histórico y social, se acaten libre y conscientemente, por una convicción íntima, y no de un modo mecánico, exterior e impersonal” (2001, pp. 65-66).

Así es, la convicción íntima de nuestros principios nos encaminan a sentir el valor máspreciado que las cosas y la vida en general tienen dentro de una cultura determinada, de manera que podamos experimentar el verdadero placer de vivir obrando bien para vivir bien.

1.4. La ignorancia moral

El ser humano no puede vivir a espaldas de su realidad. Nuestra mirada debe estar orientada hacia lo real. No podemos renunciar a ser sujetos de lo que vemos y hacemos. Toda realidad supone la verdad y la verdad supone el bien. En consecuencia, es necesario que nos apropiemos de nuestra realidad para, desde lo más específicamente humano, es decir, desde nuestra conciencia reflexiva y de plena libertad para actuar, orientemos nuestras acciones hacia lo honesto; pues, nuestra

recta razón nos encamina a elevarnos en el afianzamiento del amor de sí mismo, que se plasma en el desarrollo armónico de las facultades de la inteligencia intelectual y espiritual, de manera especial la del entendimiento, en cuanto comprensión plena y libre de la realidad, es decir de la verdad que nos promueve al conocimiento del deber moral.

La esencia de la verdad, por lo tanto, está en el deber moral, y la esencia de la mentira o de las malas acciones está en la ignorancia moral. Cuando perdemos el sentido de la realidad, es decir de la verdad, o más concretamente, cuando no asumimos la vida con amor, la ignorancia moral se apropia del sujeto y lo desubica. Sin amor, sin verdad, no hay acierto; el plano de lo real se desvirtúa. El sujeto ausente de su deber moral se aliena y opta por creer y hacer cualquier cosa; le cuesta comprometerse con la vida para amarla y respetarla; se vuelve un ser carente de una conducta responsable; una vida sin razón ni sentido es lo que le espera.

Desde esta óptica, la perfectibilidad humana, o esa linda frase de que somos hechos a imagen y semejanza de Dios, se deteriora. O aquella de que el amor es la fuerza que rige el universo, o de que “cuando amamos necesitamos que esa llama crezca, queme, encienda y dé calor al otro” (Schnurbusch, 2009, p. 17), no significa nada para el ignorante moral. O llegar a entender que desde la ternura del amor se busca la mejor forma de servir y de entregar todo de sí mismo sin mayor explicación y sin solicitar nada a cambio, es difícil que este tipo de personas puedan llegar a valorar el sentido profundo que esta realidad tiene para una feliz realización humana.

Desde la ignorancia moral no se puede ver las cosas como son, ni aparece la fortaleza ni la voluntad para amar o para evolucionar en el espíritu, que no es otra cosa que una gran fuente de amor desde la cual podemos darnos cuenta que en uno mora la divinidad, y que, por lo tanto, al ser producto de ella, estamos llamados a sembrar y no a destruir.

La ignorancia moral, en palabras de monseñor Julio Parrilla –obispo de Loja-, nos hace vivir “tiempos difíciles para la contemplación, para la medida, para crecer en la interioridad y en el sentido profundo de la vida y de las cosas” (Diario La Hora, página de opinión, 30 de enero de 2010). Y es que, en ausencia del deber moral, el corazón humano se cierra, y no da cabida para el silencio, para la reflexión, para la templanza, tan necesarios para el buen sentido y desarrollo de la persona en su espiritualidad.

Por esta razón, la educación formal y escolarizada, a la par que da prioridad a la ciencia y a la tecnología, debe preocuparse –para que la ciencia tenga sentido-, de la formación en la educación moral, como uno de los grandes fines educativos a tener prioritariamente en cuenta. Pues, la mejor manera de salvar al mundo de la debacle moral en que se encuentra, es educando a seres responsables, dignos de su condición humana, comprometidos y críticos ante la realidad y las necesidades humanas.

1.5. La conducta del perfeccionismo

Quien busca hacer las cosas de manera impecable está sometiendo su vida a una manera rígida, irracional, perfeccionista y plagada de angustias, dado que no es fácil que todo nos salga bien y a la perfección, de manera que nunca nos podamos equivocar.

Aunque quien busca ser perfeccionista lo hace para organizarse y vivir mejor, lo cierto es que una vida exageradamente organizada nos quita energía para actuar con vigor, con humor, y sobre todo para buscar espacios para el sano esparcimiento.

Quien vive a raja tabla su perfeccionismo se convierte en una víctima de un control excesivo sobre sí misma y con un temor permanente de que en cualquier momento, si

se descuida, se le puede salir su “otro yo”, y la vergüenza de que lo descubran “haciendo cosas indebidas” porque no pudo controlar sus emociones, lo vuelve irritable, hermético, esclavo de sí mismo, sin pasión ni entusiasmo para vivir sana y alegremente; pues su mente rígida no le permite disfrutar de la vida.

El temor a mostrarse débil obliga a este tipo de personalidad encapsulada a reprimir sus afectos y por ende a vivir con trastornos de ansiedad generalizada. Cada movimiento lo calcula fríamente, y la formalidad para comportarse de manera que nada se salga de lo normal lo anula para vivir creativa y alegremente.

Todo lo que un perfeccionista lo ve fuera de lugar, cree que es porque los otros no son como él: fuerte, inteligente, ordenado, impecable, respetuoso, cumplidor de las normas, atento. Pues, el formalismo que practica, por ser exagerado nunca permite un desliz; su meta es no perder el control para no aparecer ridículo ante los demás, a los cuales cree que siempre hay que demostrarles el mayor orden y compostura para que lo admiren y se fijen en él como el modelo a seguir e imitar.

Aunque es verdad que hay que aprender a ser organizados, a planificar debidamente lo que hay que hacer y a demostrar que somos capaces, eficientes y altamente positivos y honestos para vivir en condiciones saludables, no por ello podemos exagerar nuestro comportamiento hasta el grado de llegar a angustiarnos y a desesperarnos si las cosas no nos salen bien.

En el fondo, el perfeccionista, por mejor hacer las cosas, se convierte en un egoísta, y sobre todo en un amargado. A la vida se la toma tan en serio que cree que el buen humor y la alegría para compartir con agrado las cosas del mundo, sólo es de las personas que no tienen modales de comportamiento adecuados, y de los mediocres que supuestamente no saben aprovechar la vida para vivir organizadamente.

Si no le damos espacio al sano esparcimiento, al buen humor y a la flexibilidad de las normas para llevar a cabo la vida con prudencia y con el tiempo necesario para pensar

adecuadamente en lo que hay que hacer, corremos el peligro de buscar la perfección y luego vivir la angustia por no hacer supuestamente bien las cosas, y por ende la tendencia para vivir de mal humor en cada esquina de la vida.

Entonces, no caigamos en la desesperación, en el mal genio ni en la amargura, cuando algo no nos sale bien. Como sostiene Walter Riso: “Ser amargado, tedioso, monótono y prolijo al extremo no es un valor a imitar, más bien un defecto que hay que erradicar si se quiere vivir sana y alegremente” (s.f., p. 70).

1.6. La proyección de la dignidad humana

El ser humano es un ser que habita, que existe, que tiene presencia, que impacta con su manera de ser, que conmueve; en definitiva, es un ser que elige su nivel de vida.

Al elegir un nivel de vida hay una manera de saber habitar. Y si se emplea adecuadamente la inteligencia para crear novedades positivas, puede forjar una idea de ser humano mucho más eficiente para aprender a vivir feliz y lleno de entusiasmo para producir espiritual y materialmente hechos humanos que evidencien una anatomía moral en la que así como se funda la ciencia, con rigor, sea posible fundar una ética en la que la conciencia sea el rasgo por el cual a través de una nueva visión de la inteligencia, se asuma un cambio valorativo, no tanto en sus contenidos, sino en el fundamento de una ética en cuyo proyecto humano quede palpable la facultad moral que cada uno tiene para responder, no porque una norma o un deber así lo exigen, sino porque posee voluntariamente un poder moral y simbólico que lo faculta para valorar y vivir los derechos a los cuales tiene acceso para actuar en medio del reconocimiento activo que le faculta la comunidad para ir construyendo inteligentemente su dignidad humana.

Este proyecto ético de saber habitar no está definitivamente consolidado. El ser humano lo va construyendo en la medida en que evita la insignificancia y la degradación moral a la que está sujeto por las condiciones de vida en las que la sociedad actual está inmersa.

Sabe habitar cuando construye lo que tiene valor a través del esfuerzo constante y persistente para actuar voluntaria y lúcidamente, de manera que su dignidad humana se manifieste al estilo de lo que alguna vez sostuvo el filósofo judío-holandés Baruch Spinoza: “El hombre es para el hombre un Dios” (Marina, 2001, p. 120).

Así es, la proyección de la dignidad humana es muy especial: el ser humano se reconoce intersubjetivamente con la suficiente credibilidad para ser respetado y valorado. Hay algo sagrado que lo identifica para habitar, para vivir y para realizarse proyectiva y humanamente, es decir, sin que se vea mancillada su condición de ente humano. Lo sagrado, por decirlo así, con énfasis, es ese distintivo moral, ese algo especial que lo ilumina para no vivir alienado ni miserablemente.

Por lo tanto, hay una vida propia y adecuada para vivir, para saber habitar; no se trata de vivir así nomás. Ese algo especial es un ser más que se convierte en una práctica voluntaria del bien vivir desde la firmeza de la razón pensada, meditada y creativamente proyectada, hasta hacer posible que todo cuanto lleva a cabo se haga digno.

Pues, cada ser humano es un ser que se confiere dignidad. Su vocación radica en saber ubicarse en el dominio de su dignidad: esto es lo propio, lo humano, lo sabiamente adecuado para habitar creativamente desde el uso racional de su inteligencia.

Por lo tanto, la esencia de saber habitar está en la práctica de su autoafirmación humana para instaurar el sentimiento de su dignidad desde una concepción moral, como última definición de la inteligencia, para que no sea la sumisión ni la

prepotencia, ni la incultura, peor el desconocimiento de su propia dignidad, lo que lo lleve a claudicar abrupta e ignorantemente hasta perder el sentido de su responsabilidad.

1.7. Estar en el mundo

Usted, y nadie más, es el que elige una vida de luz o una vida apagada. ¿Qué intencionalidades y qué proyectos de vida lo motivan para vivir? Cuando nos proponemos objetivos de vida alta y limpiamente realizables, el compromiso de nuestras facultades y de nuestros sentimientos serán siempre los más elevados, y por ende nuestra entrega de servicio, de creatividad, nuestro poder de imaginación y de fantasía y nuestros más acentuados valores: altruismo, constancia, responsabilidad y honestidad fortalecerán nuestra constancia en la vida para que ésta tenga sentido.

Lo contrario implica vivir de manera inútil; en este caso, la calidad de vida es sentirse nadie: la existencia humana no tiene ninguna finalidad ni un norte que me permita salirme del tedio y hasta del cansancio existencial que implica no haber podido organizar mi vida de manera adecuada, plena, y ante todo con el enorme deseo de poder aportar al desarrollo personal y de la sociedad.

Estar en el mundo, vivir en él es complejo, pero enormemente satisfactorio cuando se ha podido evitar la tortura de una vida sin objetivos. Saber que hay tantas cosas bellas por descubrir e ir en pos de ellas con entusiasmo, con curiosidad y con gratitud para saber mirar lo positivo, es quizá lo más sublime que nos puede pasar en este tráfigo de la vida que a veces todo lo absorbe malsanamente si no estamos en condiciones de aprender a mirar y a valorar el lado bueno de las cosas y de la vida en general.

Adversidad, desgracias y miedo es lo que más le asaltan a un individuo que ha

perdido las ganas por vivir. En este orden, la queja y el lado negativo de la vida son su plato fuerte. Se culpa por no haber recibido nada de la vida, y mira con nefasta envidia a todos los que cree que están bien, lo cual lo lleva a vivir desolado, con rencor, vacío intelectual y espiritualmente hasta lograr que su única morada sea la oscuridad, el abandono, el tedio, e incluso malvive en medio de una tristeza y depresión que no le permite estar en condiciones para amar ni valorar a nadie, a veces ni a su familia.

Por eso, el saber trazarnos horizontes, obtener ideales nobles, saber que la vida con esfuerzo para canalizar nuestra inteligencia intelectual y emocional es posible porque se aprende a configurar nuestra existencia y la imagen de uno mismo como persona, con el más alto sentido de trascendencia, es aprender a ocupar un puesto adecuado en nuestra realidad y a dar respuestas que estimulen nuestra energía interior y nuestro poder de autorrealización para crecer interiormente con entusiasmo, y siempre con el enorme deseo para aportar significativamente para que este mundo, o al menos nuestro alrededor, quede en las mejores condiciones de vida para que sea posible una convivencia sana, en cuyos objetivos prime el deseo para mejorar todo lo que vemos y hacemos.

Si esto es así es porque tenemos objetivos claros, y cuando los objetivos se cumplen es porque hubo unas tareas por hacer, es decir, un trabajo por realizar que nos llama y nos espera ansioso para brindar de sí lo mejor, lo cual significa tener amor por algo o por alguien. Y bien sabemos que cuando se ama, o más bien dicho, cuando nos apasionamos por algo, todo llega a tener sentido. Y como dicen los entendidos: “Todo lo que amamos tiene poder sobre nosotros”.

CAPÍTULO II

2. EL VALOR DE LA CREATIVIDAD

2.1. La creatividad

Con mucha frecuencia la gente elude las responsabilidades que le toca asumir; incluso, parece que es más cómodo tener una visión trágica de la vida; una actitud en la que se experimenta una cultura de la desgracia en la que, por lo regular, se destaca todo lo malo que la sociedad y las personas tienen. Esta vivencia de la cultura de la desgracia ha sido alimentada, penosamente, por los medios de comunicación. Es lamentable, por ejemplo, observar en los noticieros de TV, cómo se da prioridad a una cantidad de hechos nefastos en desmedro de tantas cosas buenas que sí tiene la sociedad, las instituciones y las personas en particular.

Y parecería que tener una opinión mala de todo cuanto pasa, es mucho más fácil que esforzarse por aprender a valorar lo bueno. Por eso, la mayoría de las cosas que son buenas e importantes se opacan frente a tanto pesimismo y asuntos trágicos que se los destaca y predica por doquier.

Sin embargo, a pesar de que haya una práctica de lo trágico antes que de lo óptimo, lo cierto es que como raza humana privilegiada, estamos llamados a crecer y a realizarnos para lo bueno; y es aquí cuando entra en juego la creatividad entre tantos factores positivos que el género humano sigue practicando con mucha idoneidad.

Gracias al potencial de la creatividad podemos gozar, en todos los órdenes, de lo bueno que la vida nos brinda en virtud del esfuerzo, la voluntad y la disciplina constante que las personas tienen para generar cosas buenas en todos los frentes de la actividad humana.

Por eso, en la medida en que los pueblos aprenden a ser altamente creativos, especialmente en los ámbitos de la educación, de la cultura, de las ciencias experimentales y experienciales, aprenden a vivir más plena y humanamente.

Gracias a Dios, la creatividad está latente en todos, y como proceso de grandeza humana se despliega a lo largo de la vida como uno de los aspectos más trascendentes que tenemos para dignificar la vida y para darle sentido y pleitesía a cada acción humana bien emprendida. Con mayor razón si nos entregamos a ella desde una actitud positiva y no reactiva; los resultados no sólo que son fascinantes, sino que se experimenta una dimensión profunda de realización plena, optimista, cuyo resultado se suma a la grandeza de la condición humana y divina de la cual formamos parte.

A la par que la creatividad engrandece el espíritu humano y por ende el desarrollo material de los pueblos por todo cuanto se descubre, el gozo por un trabajo bien hecho, por pequeño y sencillo que sea, es infinitamente gratificante, no sólo porque sea un gozo personal por esa idea o invención nueva, sino porque queda un legado para fortalecer el presente y el futuro de la convivencia humana; pues, es indudable que se mejora la calidad de vida.

Moralmente, todos estamos llamados a ser creativos, cada cual en su ámbito, sobre todo para evitar la cultura de la desgracia antes aludida. Creo que es razonable dejar de ser quejumbrosos y reclamantes de todo, para pasar a ser altamente, o al menos medianamente, productivos, proactivos, porque en la medida en que así nos ubiquemos estaremos contribuyendo a nuestro bienestar y al de los demás.

Para ello es necesario aprender a emplear bien todo el tiempo posible para dedicarlo a resolver la cantidad de problemas humanos existentes; y esto sólo es posible desde la creatividad, que es un tipo de actividad mental que se expresa, especialmente, en las personas de actitud transparente que con tesón y empeño experimentan el mundo de manera original, o al menos novedosa, en virtud de que descubren nuevas

posibilidades de realización de algo que acontece no sólo en el interior de la persona creativa, sino en el constructo del sistema humano en general.

2.2. Cómo generar novedades creativas

Cuando la sociedad atraviesa mayores dificultades, más posibilidades tenemos para ser creativos y enfrentar –no sin esfuerzo- las realidades adversas que nos corresponde asumir. El hecho de pensar cómo afrontar una dificultad desde nuestra realidad interior –mental- y en consonancia con la realidad exterior –materialidad- nos promueve a buscar nuevos modos para realizar las diferentes actividades, siempre con un sentido de valoración humana.

Estamos llamados a evitar una cultura del conformismo para promover una cultura de ideas novedosas, apropiadas y de riesgo en una sociedad cambiante como la que hoy vivimos. Por lo tanto, si queremos llevar una vida digna, no vulgar, nos compete mejorar nuestra calidad de vida a través de cambios positivos, interesantes, estimulantes y prácticos que, en conjunto, pueden ser posible vivirlos en los diferentes campos y ámbitos que nos corresponde emprender para ganarnos la vida modesta y orgullosamente sanos.

Hay infinidad de campos para ganarnos la vida; sólo que, cuando elegimos uno, hay que saber hacerlo poniendo todos nuestros talentos en beneficio de ese campo (profesión u ocupación) que, por supuesto, tiene sus reglas y procedimientos simbólicos, y que, por lo tanto, necesitan ser conocidos para saber usar esos símbolos adecuadamente. Eso es lo que hace un estudiante universitario cuando elige una carrera. Lo que ha hecho es elegir un campo que lo conoce en el transcurso de sus estudios, no tanto para reproducirlo –como lamentablemente sucede todavía en nuestra educación formal- sino para, a través de ese conjunto de símbolos, generar

nuevas posibilidades de realización humana.

Si en el campo en que estamos, no somos capaces de generar nuevas ideas, estamos condenados al conformismo y al fracaso. En todo campo siempre habrá un ámbito especial en el que podemos adentrarnos con entusiasmo y disciplina para descubrir y aportar con novedades creativas. Se trata de una búsqueda adecuada, positivamente activa y reactiva, en la que nos una no sólo el conocimiento del campo en sí, sino una visión creativa para generar novedades en conexión con el resto del sistema social.

Generar novedades no es fácil si nos ahoga el pesimismo, el desaliento y la ausencia de ciertas cualidades personales para saber enfrentar el campo en el que estamos inmiscuidos.

Es posible generar una novedad, por ejemplo, si estamos ubicados en el campo adecuado, si nos gusta hacer lo que estamos haciendo, si estamos permanentemente en la búsqueda de una buena formación, si demostramos que tenemos valor para salirnos de las convenciones triviales y de confort que la sociedad de consumo nos quiere obligar a vivir, si ponemos en duda aquello que siempre hemos creído que es así, si tenemos habilidad para librarnos de la basura ideológica y reduccionista que nos quieren imponer y, sobre todo, si aprendemos a ser líderes en nuestro ámbito de estudio.

Se trata, por supuesto, de un sacrificado esfuerzo que bien vale la pena llevarlo a cabo, porque obtendremos, al fin, una buena base de datos humanos que nos permitirá aportar, ahora sí, con alguna novedad que sirva para mejorar nuestro campo de acción, que no puede ser otro que la búsqueda humana del bien común.

2.3. Compromiso activo

La capacidad de observación, la curiosidad, la admiración, el asombro, el compromiso y el interés por saber cómo son las cosas y cómo funciona nuestra realidad, son asuntos de gran importancia humana que deben estar impregnados en toda persona que modestamente quiere contribuir al desarrollo de la sociedad.

Desde esta óptica, lo bueno es que un individuo así, lleno de energía física y mental, tiene la suficiente voluntad para apasionarse, concentrarse y proyectarse con entusiasmo y alegría en lo que está haciendo. Esta manifestación de energía se traduce en un logro superior que la mente promueve en el interior de la persona para potenciar su creatividad y llevar a la práctica una idea novedosa.

La motivación y la autodisciplina están altamente arraigadas en este tipo de personas que, por regla general, son creativas, dinámicas y perfectamente adaptables a cualquier ambiente, listas para actuar bien, por malsano que a veces pudiere resultar ese espacio vivencial.

El arte de pensar con rigor y positivamente les promueve para ir más allá de la realidad que viven para crear una nueva realidad. Siendo personas normales, van más allá del estatus del resto de personas que viviendo de manera “normal” no se preocupan más que de su realidad cotidiana.

La persona creativa y responsable de sus actos, es sanamente ambiciosa y agresiva; es más, es notablemente humilde y orgullosa al mismo tiempo. No es arrogante ni desdeñosa; manifiesta un orgullo sano de saber que, al tener una alta autoestima, es posible emprender en los retos que se presentan, porque, luego de haber interiorizado todo un componente del campo de la cultura que conoce o domina, no tiene temor,

sino una especie de rebeldía, de impulso, de coraje para no dejar atrofiar ni su mente ni su voluntad: es la pasión por el trabajo, por la tarea, por la actividad, que al emprenderla con el mayor entusiasmo, no le importan los inconvenientes ni los obstáculos que pudieren presentarse.

Por supuesto, este tipo de personas poseen una alta sensibilidad y una apertura para, desde esa sensación de dicha que siempre les embarga, trabajar pensando siempre en lo mejor. De hecho, una persona así, sabe que cada acto humano debe ser hecho con grandeza; se trata de un desempeño apasionado asumido con mucho amor. Como dice la madre Teresa de Calcuta: “Pocos de nosotros podemos hacer grandes cosas, pero todos podemos hacer cosas pequeñas con gran amor” (Covey, 2005, p. 24). En este orden, el pensamiento humano rompe barreras cuando pensamos que cada proyecto humano debe ser hecho de manera extraordinaria porque nos inspira un gran propósito para llevarlo a cabo.

Este compromiso efectivo de la persona sólo es posible cuando se encuentra en una dimensión diferente al de la mayoría de la gente “normal”; pues, aprendió a conocer bien las reglas de su campo, es decir, pudo llegar a familiarizarse con la información simbólica y los procedimientos básicos que una sociedad necesita para aprender a vivir, no sólo porque puede llegar a resolver los problemas existentes, sino porque llega a “tener la previsión –como señala Robert Galvin, en el interesantísimo libro sobre *La creatividad*, de Mihaly Csikszentmihalyi- para darse cuenta de cómo podría contribuir al futuro y, por tanto, sacar provecho de él; y por otro, tener fe en la intuición y trabajar para convertirla en realidad” (1998, pp. 122-123).

2.4. El secreto de una vida feliz

Por lo regular, las personas que hacen las cosas con mucho entusiasmo, son creativas. De por medio está la gratificación por hacer bien las cosas con entusiasmo e ilusión. Y sobre todo, sobresalen aquellos que hacen bien lo que hacen cuando lo vinculan al conocimiento. Se trata de personas que tienen metas claras en cada paso que asumen, viven la experiencia del fluir con respuestas apropiadas en cada acción y manifiestan un marcado equilibrio para salir adecuadamente de las dificultades.

En una persona creativa la mente fluye porque genera el principio de concentración en lo que hace; en este caso, actividad y conciencia consiguen una perfecta adecuación; por lo tanto, ni las distracciones ni el miedo al fracaso pueden opacar una actividad determinada. La concentración es tan importante que, por su intensidad, no permite la adulación del ego. Bien sabemos que cuando nos preocupamos demasiado de nuestro yo, aflora la vanidad y el orgullo malsano. En cambio, la concentración plena en una actividad noble diluye el yo; y es justamente ese alejamiento de sí mismo, es decir, esa actitud extática, lo que le da sentido a la actividad que la persona creativa está llevando a cabo.

Como señala Csikszentmihalyi, en una persona con fluir mental, “el sentido del tiempo queda distorsionado. Generalmente, en el fluir olvidamos el tiempo, y las horas pueden pasar en lo que parecen unos pocos minutos” (1998, p. 141). Por eso, estas personas no se aburren; incluso, ni siquiera sienten tedio ni pereza frente a un problema difícil. Lo que es más, cuando más ardua es una tarea, el fluir mental es mayor y la actividad para llevarla a cabo es siempre agradable; y aquí está el secreto de la felicidad: cuanto más fluir, más satisfacción.

Esta felicidad está basada en ese sentido adecuado de la mente, en la que el yo no interviene por pura vanidad y egocentrismo, sino para el sentido de una misión que

adecuadamente conjugada entre imaginación y conocimiento, la actividad o tarea asumida, proyecta en la persona creativa un sentido de propósito y de significado que la promueve a encontrar placer en las cosas correctas.

Si la familia y la escuela nos enseñasen a encontrar emocionante la ciencia, las artes y la cultura en general, nos daríamos cuenta de lo vivificante, atractivo y bello que resulta adentrarse en una tarea cuya visión resulta para la mente humana tan atrayente, que la conciencia logra no sólo exaltar la felicidad de la persona creativa o responsable de una actividad determinada, sino que, además, promueve la disciplina, la pasión, la transparencia y el liderazgo personal, que son los que logran producir los cambios adecuados para bien de la humanidad.

Por lo tanto, es necesario que cada ser humano sepa canalizar su potencial creador para producir bienes que favorezcan material y espiritualmente a toda una sociedad. Pues, por lo regular, todo individuo creativo, si no se deja influir por el ego, aprende a llevar una vida ejemplar. Stephen R. Covey, al respecto señala el caso de dos líderes mundiales: “Hitler tenía visión, disciplina y pasión pero estaba gobernado por el ego. La falta de conciencia supuso su caída. La visión, la disciplina y la pasión de Gandhi estaban gobernados por su conciencia, que las puso al servicio de la causa y de la gente” (2005, p. 86).

2.5. Lo gratificante de la vida

Parece raro, pero en la medida en que se incrementa la complejidad de lo que estamos haciendo, se disfruta mejor. Y esto es así porque a mayor complejidad de lo que hacemos, más posibilidades hay para despertar la energía creativa. Y el disfrute está en que a mayor complejidad se puede descubrir nuevas acciones, nuevas perspectivas, otras oportunidades, nuevos retos para hacer de otra manera y mejor las

cosas.

En la complejidad de lo que hacemos está el esfuerzo, y éste siempre va acompañado de excelencia y buen estilo, y los resultados están a la vista: la vida se vuelve más gratificante, más amena, más humana.

Si por el contrario, decido hacer algo y no disfruto en lo que hago, no tengo la energía suficiente para emprender en la novedad o en la excelencia de lo que hago; el resultado será la decepción y el aburrimiento; y, lo más grave, al final nunca será posible llegar a dominar una destreza, peor la metadestreza que es la que me permite canalizar adecuadamente mi creatividad para no sucumbir sino para salir airoso y triunfante en una actividad cuyo fluir en valor agregado es inmensa.

La monotonía y la rutina destruyen nuestro accionar humano. La reflexión, la relajación, la autoestima y las metas que sana y constantemente nos tracemos en la vida nos encaminarán a hacer bien las cosas, a ocupar adecuadamente el tiempo y a modelar el espacio que ocupamos hasta lograr estar en armonía con él para que el entorno no nos absorba o no nos destruya, sino para que nos realicemos adecuadamente en él; pues, no hay cosa más decepcionante que ocupar un espacio que no nos agrada.

Si uno emplea bien el tiempo, la energía creativa fluye; el éxito está en ajustar el tiempo a nuestras necesidades, de manera que al mantenernos constantemente ocupados no podamos distraernos con facilidad en aquello que puede destruir nuestras valoraciones humanas. Tampoco se trata de que por estar permanentemente ocupados, caigamos en el mero activismo y en un ajetreo constante, porque no nos permitirá normar nuestra creatividad ni gozar de lo que bien podemos hacer con un tiempo adecuado, con responsabilidad, con pasión, con tino y sin distraernos demasiado en pluralidad de actividades, si éstas no contribuyen a reforzar lo bien trazado que podemos tener en mente al hacer una cosa que por nuestra decisión, debe

volverse oportuna, realizable e importante.

La ocupación del tiempo está en pensar con la mayor concentración, en visualizar cómo podemos resolver un problema o asunto complejo de manera siempre eficaz y con las ideas más transparentes y creativas.

Es bueno que sepamos la razón de lo que estamos haciendo y que, ante todo, aprendamos a descubrir lo que nos gusta y lo que no nos gusta. Se trata de un autoconocimiento que nos permita tener una idea clara de qué es lo que queremos hacer con nuestra vida, hacia dónde queremos llegar y cómo nos sentimos cuando emprendemos en algo.

Sólo cuando tenemos idea de cómo experimentamos y vivimos nuestra vida, podemos orientar nuestra cotidianidad, y comenzamos a tener un control adecuado y autorrealizable sobre ella.

2.6. Nuestra energía mental

Por la curiosidad y por el empeño personal de unos pocos individuos las culturas evolucionan y el resto de personas aprenden a servirse de esos adelantos, de esos inventos que benefician a cada grupo humano.

Para que la vida sea más creativa, más llevadera, más humana, deberíamos aprender de la vida de estos pocos hombres y mujeres que se han esforzado con admirable pasión para dar todo de sí en bien de los demás.

La formación y el talento de estas pocas personas que han logrado producir bienes materiales y espirituales, bien sea a través de la ciencia, de la tecnología, del humanismo y de las artes en general, lo han hecho porque su enorme potencial de

energía psíquica les ha posibilitado llevar una vida creativa.

En cambio, una gran mayoría de personas viven agotadas por las exigencias de la vida diaria, y por ende no han podido activar esa energía psíquica que todos tenemos, y tan necesaria para hacer fluir nuestra creatividad con la mayor potencialidad posible.

Y en verdad, no se puede ser creativo cuando la energía mental se deteriora, bien por pereza, por falta de metas claras en la vida, por falta de disciplina, por falta de orden y entusiasmo en el estudio, o por atender las necesidades de supervivencia, o por mala distribución del tiempo libre, el cual a veces es dedicado a la consecución de metas egoístas y, por tanto, encaminadas a una ausencia de transparencia moral.

Es necesario que todos, sin ningún tipo de distinción, desarrollemos adecuadamente nuestro potencial humano a través de la curiosidad, del empeño personal y del interés para desarrollar la capacidad de admiración y de asombro que a través del sentimiento de reverencia le debemos a la diversidad de asuntos naturales y humanos que imperan en el mundo y que están aún por descubrirse.

Deleitarse en lo extraño, en lo desconocido, en lo que nos atrae, es cuestión de individuos creativos, curiosos, con una enorme capacidad de observación para desentrañar, desde su mejor energía mental, lo que el mundo nos está diciendo.

Es bueno, por lo tanto, hacer el intento para que cada día algo nos sorprenda, que nos llame poderosamente la atención, bien sea en lo que vemos, en lo que escuchamos, en lo que leemos o en lo que hacemos. Incluso, para que nuestra vida sea más rica, hay que hacer el esfuerzo positivo para permanecer abiertos al mundo. No hay que dejarse dominar por el cansancio, por la rutina, por lo mismo de siempre o por la mediocridad y falta de entusiasmo de los demás.

Aprendamos a disfrutar utilizando bien nuestra energía creativa; pues, se trata de una

fuerza interior que bien la podemos emplear si nos esforzamos por ello. Las ganas de vivir, la concentración personal, las ilusiones, los proyectos, los sueños, los ideales, y en fin, todo lo bueno que con ahínco nos propongamos hacer, son mecanismos idóneos, necesarios, para incrementar nuestras capacidades humanas para poder relacionarnos adecuadamente con el mundo.

CAPÍTULO III

3. EL VALOR DE LA INTELIGENCIA

3.1. El fluir de la mente

Se dice que quien está ocupado todo el tiempo, no tiene tiempo para ser creativo. Por eso es muy importante tener ciertos espacios de ocio, no para vagar por vagar, sino para tener tiempo de periodos creativos, pensantes, de silencio y de reflexión. Aquel que tiene grandes planes de crecimiento personal y profesional necesita un espacio de ocio para planificar e intentar resolver, desde una actitud creativa y transparente, sus necesidades básicas y los asuntos que se traza a futuro.

Aquel que tiene tiempo, o se da tiempo para reflexionar, puede germinar en su mente pequeñas o grandes obras, semillas de grandeza que nacen y se robustecen a través de largos procesos de incubación, hasta que logra proyectar sus ideales y sus obras en el común de los ciudadanos para que emprendan también en la capacidad de dirigir su vida desde estas ideas innovadoras, revolucionarias, de compromiso, y ante todo altamente éticas.

Aquí están grandes ejemplos humanos como el de Jesucristo, Mahoma, Buda, Confucio, Thomas Alva Edison, Einstein, Galileo, Freud, Darwin, Bolívar, santa Mariana de Jesús, la madre Teresa de Calcuta, Gabriela Mistral, Matilde Hidalgo, Beethoven, san Francisco de Asís, san Agustín, santo Tomás de Aquino, Cervantes, Gandhi, Shakespeare, Juan Pablo II, Jefferson Pérez, y miles y miles de personalidades que desde todos los campos del saber humano dieron todo de sí, ante todo porque fueron capaces de tomar decisiones basándose en valores para transparentar con altura y dignidad la fortaleza de sus ideas: no renunciar a la verdad de sus ideales fue su mérito.

Y es que, como señala Covey: “Dentro de cada uno de nosotros se encuentra un anhelo profundo, innato y casi inefable de encontrar nuestra voz en la vida” (2005, p. 20). Saber explotar esta realidad interior, que no sólo nace del cerebro, sino del corazón, de lo más profundo de nuestra conciencia para encaminar nuestro espíritu en pos de la sabiduría, que es lo que en definitiva nos permite educarnos para plasmar nuestros ideales con tolerancia, democracia y libertad en una sociedad que necesita, hoy más que nunca, un mundo más humano, más vivible y atrayente.

A veces desatendemos demasiado una de las grandes fortalezas de nuestra naturaleza humana: la mente; y si a ello se suma la desatención del corazón, no puede crecer nuestro espíritu, que es el que nos llena de iniciativas y de energía positiva para que nuestra creatividad, es decir, la mente, pueda producir los más nobles proyectos humanos, para que desde una autoridad moral propia, pueda inspirarse para elevar a los demás para que encuentren su camino de grandeza y de sentido humano.

Bien sabemos que una mente mal utilizada nos limita el potencial humano de realización, y más bien nos proyecta a buscar un solo atajo, el de la mediocridad, que lo que hace es abordar la vida de una manera muy fácil, cómoda y carente de la fuerza creativa y moral que son básicas para dejar una huella de solemne existencia con transparencia, visión, disciplina, pasión, talento y de verdad para dirigir la vida con la mente abierta y flexible para que la creatividad humana pueda llevar a cabo su trabajo con afecto y amor, dado que sólo así puede imperar la grandeza de las acciones humanas por encima de las actitudes permisivas y negativas que aún siguen afectando a nuestra naturaleza humana.

3.2. La flexibilidad mental

Una mente flexible, abierta, tolerante, altamente pensante, puede adaptarse al medio,

y sobre todo puede contribuir para mejorar su calidad de vida y la de los demás. Una mente cerrada, terca, necia, rígida, poco tolerante, se enferma y es poco constructiva a la hora de opinar y de actuar.

Hoy en día, tener una mente flexible no sólo que es un valor: es una virtud. Por lo tanto, debemos estar dispuestos para canalizar nuestras energías positivas hacia la consecución de una mentalidad abierta que nos permita, con habilidad, enfrentar a la rigidez mental de tantos individuos que por el mundo van sembrando iniquidad, caos y desorientando a los que aún no han logrado llegar a tener una madurez mental adecuada para enfrentar la vida en condiciones normales, para que con nuestros talentos podamos contribuir a mejorar este mundo, que de por sí es maravilloso.

Sepamos enfrentar al intolerante y al dogmático, pero con altura, con argumentos que lo dignifiquen.

Quien tiene una mente flexible está en condiciones de valorar a los demás, de amarlos y respetarlos como se merecen; si es así, una mente flexible no entra en crisis con facilidad; sabe comportarse adecuadamente hasta en las circunstancias más difíciles, pero sabe también con criterio racional y emocional entrar en controversia constructiva, y sabe cómo enfrentarse con los que dicen que siempre tienen la razón en todo: con los tarados y necios, especialmente. Por lo tanto, sabe cómo oponerse, sin perder la compostura, a toda forma de prejuicio y discriminación.

Una mentalidad flexible es producto de una larga trayectoria de estudio y de formación interior; por eso sabe, luego, cómo rechazar toda forma autoritaria individual, institucional o social; sabe, a su vez, cómo adoptar una posición ecuánime y justa frente a las normas irracionales y a los dictámenes superficiales y simplistas de las mentes cerradas que creen que sus análisis son los mejores y que por lo tanto no admiten ningún punto de objeción.

El punto de vista de una mente flexible es sencillo, equilibrado, sin poses de vanidad,

pero dicho con aplomo y sabiduría. Estas personas siempre generan bienestar, salud y alegría, aunque pueden causar mucha incomodidad a los rígidos, a los vanidosos y a los que creen que con su orgullo superficial les basta para enfrentar los problemas humanos.

La depresión, la hostilidad, el mal genio, la ansiedad no están en una mente flexible; gracias a la ausencia de una rigidez psicológica, una mentalidad abierta genera paz, armonía, buena gracia, y sabe enfrentar a los violentos. Este ha sido el caso de grandes personalidades como las de Jesucristo, Buda, Confucio, Gandhi, Einstein, la madre Teresa de Calcuta, Nelson Mandela, por citar unas cuantas mentalidades abiertas que han incidido enormemente en el desarrollo de un auténtico bienestar humano; pues, su grandeza de ideales les permitieron alejarse de formas irracionales; y, aunque a costa de muchos riesgos, se dieron cuenta que bien vale la pena alejarse de una vida empobrecida y del reduccionismo existencial al que están acostumbrados ciertos individuos que creen que la vida es cuestión de acomodarse sin que medie un compromiso que demuestre su eficacia humana en el mundo.

3.3. La metáfora del vivir inteligente

Saber llevar la existencia humana por buen camino es arduo, pero al mismo tiempo reconfortante. Se necesita optimismo y una mente positiva lo suficientemente flexible para no magnificar lo negativo ni dejarse absorber por el fatalismo.

Saber perseverar inteligentemente para modificar el rumbo de los acontecimientos a favor de una bien pensada conducta humana que nos permita evitar lo dañino, lo permisivo y la pereza, para que más bien nos acompañe la virtud de un pensamiento ameno, sabio, ético y alegre, son valores de un buen compromiso con lo noble y con la salud espiritual y orgánica para proyectarnos a la búsqueda de una mejor calidad de

vida.

Ser siempre optimista para vencer el perfeccionismo, la monotonía y el pesimismo, nos conducen, en un momento determinado, al fomento de procesos creativos en los que la ausencia del engreimiento, de lo sombrío y de lo aburrido, nos lleva a vivir pensando en nuevas perspectivas personales, profesionales y familiares, con un estilo de vida satisfactorio, y con libertad de criterio para asumir los problemas de la vida y aprender a resolverlos, a sabiendas de que puedo autónomamente discriminar lo que verdaderamente vale la pena de aquello que no tiene sentido, y que por ende me puede llegar a afectar en el logro de una bien trazada vida de transparencia y de trabajo fecundo.

A veces, la majestad de la soledad, el susurro del silencio, la lectura de un buen libro, la compañía de un amigo sincero, un paseo campestre y un diálogo auténtico con aquellos que más sufren o con aquellos que han triunfado en la vida honestamente, son toda una cantera de oportunidades para aprender a crecer de manera personal y sobre todo humanamente, es decir con una enorme sensibilidad para valorar todos los ángulos de la vida.

Como sostiene el filósofo José Antonio Marina (2001), aprender a navegar es una gran metáfora del vivir inteligente; sobre todo saber mantenerse a flote en una embarcación que pueda ser gobernada para llegar a puerto seguro. Pues, así, la felicidad y la dignidad van de la mano en esta búsqueda incesante que tiene el individuo para proyectarse como persona, fraguando cada proyecto humano con un estilo de vida en el que la mejor reputación sea el referente de este vivir inteligente.

Y aunque a veces la rutina quiera matar el culto a la vida sólo para justificar su inadecuada resignación en el laberinto de la compleja convivencia humana, y evitar así la entrada a nuevos escenarios, nos queda siempre nuestra capacidad de pensamiento analítico para que la inteligencia invente, no sin esfuerzo, lo bueno y

excelso que hay para vivir bajo la ejecución de nuestros mejores sentimientos, que son los que expresan un cúmulo de posibilidades reales para crear valores humanos con multiplicidad de formas posibles para resolver las más complejas situaciones humanas bajo un modelo de vida adecuado.

En este orden, el concepto de inteligencia aprende a fortalecerse racional, ordenada y éticamente en cada hecho cotidiano, como el producto de una actividad eficiente, armónicamente canalizada por los argumentos del corazón, con esa apasionada visión que metafóricamente tiene para fortalecer con agudeza la construcción de nuestra inteligencia.

3.4. La inteligencia y no la razón

La razón entendida como el uso de la inteligencia, es la mejor expresión de la naturaleza humana para valorar lo que la razón analiza y lo que el corazón emana desde la evidencia de los sentimientos y desde las más animadas pasiones que tiene para equilibrar lo que a veces la sola racionalidad quiere evocar con cierta simplicidad.

No es desde la razón fríamente calculada que el ser humano puede manifestar todo el potencial de su humana existencia para actuar pensando que la vida florece mejor desde esta condición a la que a veces se reduce la inteligencia.

Quien se refugia sólo en el ámbito de la pura racionalidad se vuelve ciego ante el valor de lo afectivo, y se interesará sólo por lo que la ciencia puede llegar a producir. La vida vale sólo por el carácter objetivo que puede tener. En estas condiciones los valores humanos no son apreciados y todos los argumentos del corazón no aparecen más que como una pura sensiblería. Por eso, a la racionalidad le pertenece la lógica,

lo insensible, lo objetivo, lo impersonal, lo instrumental, lo imparcial e incluso lo inhumano.

Frente a tanta racionalidad fría y calculadora que no ha podido llegar a solucionar los problemas humanos, como se pensaba, especialmente a través del desarrollo de la ciencia, de la técnica y de la informática, el ser humano está volviendo a revalorar lo que hoy han podido estudiar acertadamente las llamadas inteligencias múltiples, como la emocional, la social, la interpersonal, la intrapersonal, la lingüística, la espacial, la ecológica, la espiritual, y cuántas más que nos dan fe de lo que el ser humano es capaz de llegar a desarrollar desde la bella pasión de la “irracionalidad” cuando ésta está movida por los más nobles sentimientos y por las aparentes locuras que puede producir el sentimiento de la pasión para amar desde la más honda manifestación de lo subjetivo y, ante todo, para poner en juego todos los valores humanos que desde el corazón se manifiestan con la más animada pasión y al impulso afectivo que la inteligencia propicia para que la razón se ponga al servicio de los más preciados sentimientos.

Por eso, la inteligencia, que no se deja llevar de la pura racionalidad para no deshumanizarnos, ni se deja embaucar tampoco por la ceguera de lo meramente emocional, tiene uno de los más preciados componentes: su concepción moral.

Desde esta óptica, ni lo racional ni lo irracional pueden causar ninguna torpeza. Apelar a los sentimientos más benevolentes para que el diálogo, la comunicación, la amistad, la solidaridad, la democracia, la libertad, la prudencia y todos los valores ciudadanos puedan manifestarse inteligentemente, es decir, desde el ámbito de una razón y emoción adecuadas, es quizá el primer deber ético al que debe aspirar el ser humano para que no le asalte ningún sentimiento inútil ni las bajas pasiones que por falta de un adecuado sentido crítico pueden llegar a degradarle hasta que el modelo de su dignidad humana queda tan disminuido que le resulta imposible poner en

práctica lo que muy bien señala Marina: “Las variadas operaciones mentales de las que dispone para buscar un mejor conocimiento de la realidad, una correcta convivencia de sus semejantes y una posibilidad feliz para él” (2001, p. 149).

3.5. Cerebros sin memoria

Cada ser humano actúa de conformidad con la información disponible en su cerebro. Si la información que posee es selecta, adecuada y pertinente, actuará con sobriedad. Sin embargo, el modo de actuar depende de la formación que el individuo tiene para que pueda hacer uso de la información que posee en su cerebro.

De conformidad con esta realidad habrá mentes brillantes, flexibles y dispuestas al cambio, pero también habrá mentes testarudas, inmóviles, impenetrables y apegadas a lo ya establecido.

En algunos casos la experiencia y el conocimiento no les sirven a esas mentes para realizarse con proyecciones positivas y dinámicas ante la vida; por el contrario, esa experiencia y ese conocimiento se han solidificado y petrificado: son mentes impenetrables para procurar cambios.

Una mente así es una mente de piedra, con características tan notables como la de ser inmóviles, duros, indiferentes, rígidos y necios a más no poder. Se trata de individuos que no están preparados para someterse a ningún tipo de autocrítica. Con facilidad se vuelven intolerantes, autoritarios e impositivos; por lo tanto, su resistencia al cambio es evidente. Nada distinto pueden aprender ya, porque creen que todo lo que ellos piensan está bien de la manera en que lo han pensado. Incluso, como sostiene Walter Riso, se trata de individuos “que no se interesan por nada y se acomodan a las demandas de la vida sin fijar posiciones de ningún tipo. Mentes sin cuerpo propio,

informes, incoloras, sin constancia ni sustancia, indolentes y lejanos a cualquier compromiso: cerebros sin memoria” (s.f., p. 11).

Estos cerebros sin memoria, sin nada bueno que los motive a comprometerse con la realidad objetiva, viven de manera inconstante y sin que puedan alcanzar un estado de paz interior debido a que les cuesta generar alternativas de solución.

En estas condiciones no es posible hacer honor a lo valioso que hay en el ser humano; las alteraciones emocionales de los cerebros sin memoria están a la luz del día. Las malas relaciones interpersonales son frecuentes: rechazo, malestar y agresión. Como todo lo que hay en el mundo lo ven en una sola dirección, se angustian con facilidad cuando no pueden tener el control total de las cosas.

El peligro mayor de este tipo de cerebros sin memoria es que no aportan con nada significativo ni en bien de su desarrollo personal ni de los demás por miedo a cometer errores o por miedo al cambio; por eso, frente a alguna circunstancia embarazosa sus mentes se vuelven indefinidas, apáticas, volubles y despersonalizadas. Su inconsistencia es tal que prefieren andar a la deriva en cuestiones intelectuales, ideológicas y éticas: no tienen un camino claro por donde puedan transitar; prefieren no tomar partido por nada, ni hacer el esfuerzo para resolver o al menos comprender lo que pasa a su alrededor.

Los cerebros sin memoria carecen de algunos valores; si los practicasen podrían salir de su nefasta negligencia ante la vida. Por ejemplo, no son curiosos, no tienen iniciativa para la creatividad ni les agrada la práctica del buen humor. Su misión consiste en no comprometerse con la realidad; pues, su filosofía de vida se enmarca en “todo vale lo mismo y no vale nada”.

3.6. La grandeza de lo humano

Lo humano tiene que ver directamente con la educación y la cultura. Tanto lo uno como lo otro funcionan admirablemente en la medida en que los padres de familia asumen su papel de formadores de sus hijos, y los profesores su papel de pedagogos, científicos y humanistas.

Lo humano, cuando es bien canalizado por los dos protagonistas principales arriba aludidos, reside en aprender a desarrollar la grandeza que se aúpa en cada ser. Y esta grandeza sale a flote cuando la persona tiene el valor para explorar nuevos caminos, ayudada por la fascinación y el amor que pone en lo que hace, por la persistencia y la ambición sana para emprender con ahínco en el mantenimiento, en unos casos, y en el cambio, en otros casos, de cada uno de los aspectos humanos que son vitales para el progreso humano personal y social.

Lo importante para el desarrollo de lo humano es hacer las cosas lo mejor que se pueda, y disfrutar de ellas, porque el aprecio que en el orden y la belleza aparece en cada cosa asumida, es evidente.

Cuando una persona realiza un trabajo aburrido no tiene cabida para desarrollar su excelencia humana. Los impedimentos, sean del orden que sean, frustran el desarrollo de la grandeza de lo humano. En estas condiciones, el ser humano se debilita. Por eso es necesario aprender a utilizar adecuadamente nuestra inteligencia para que nos guíe la sabiduría y no la torpeza que a veces con facilidad aparece en forma de agresividad o de insensibilidad frente a la tarea humana.

Somos una especie que hemos nacido para cuidar y engrandecer todo lo que hacemos, y la mejor manera de hacerlo es educando nuestra inteligencia. En este orden, el papel de los padres de familia y de los educadores es vital. Sobre todo los profesores, como dice Augusto Cury (2009), deben ser los sacerdotes de la

inteligencia, porque son los que más incidencia tienen en sus alumnos para estimular y educar la inteligencia, de manera que puedan inculcar en cada discípulo el arte de vivir. Cuando el ser humano, bien sea en calidad de alumno o de trabajador en cualquier campo, se le niega la oportunidad para ser excelente como humano, está destinado a rebelarse anárquicamente y a predicar su mediocridad por doquier.

Todo el mundo, como señala el científico Csikszentmihalyi (1998), para que no fracase como humano, “debe sentir que, sea cual sea su vocación, puede ser excelente”. Una excelencia que se ve impulsada por un sentido de responsabilidad frente al bien común, y que con frecuencia se fortalece cuando este sentimiento depende de los valores religiosos y del sentido espiritual que el ser humano le impregna con sabiduría a sus actividades cotidianas.

Hay muchos caminos para llegar a la grandeza de lo humano, todos nobles, por supuesto, y en orden a la educación que vamos adquiriendo en el trayecto de la vida mediante una reflexión continua sobre la cultura que cada pueblo o nación posee, y que debe ser compartida para que, como sostiene el filósofo Fernando Savater en su libro *El valor de elegir*, “lo humano busque la humanidad bajo la pluralidad de sus manifestaciones, que los hombres crezcan y vivan entre humanos, siempre *valiosos* los unos para los otros, pero que nunca los unos sean artificial manufactura de los otros y deban considerarles asimétricamente ya no como semejantes sino como creadores” (2003, p. 177).

CAPÍTULO IV

4. EL VALOR DEL LENGUAJE Y LA COMUNICACIÓN

4.1. El don de la palabra

Lo que mejor ha construido el espíritu humano en la corporalidad y mentalidad de la persona, es la palabra: ella es la expresión más genuina, la que con más profundidad delata la subjetividad, la manera profunda de ser de cada individuo. La palabra es el yo del sujeto que brota para estar en contacto con el tú de los demás.

Como persona y como espíritu, el sujeto toma conciencia desde la inteligencia para descubrirse ante los demás a través del diálogo interpersonal que lo lleva a la construcción de significados y de símbolos que le permiten adentrarse en el universo de las cosas y de los acontecimientos del mundo. Así, en esta interrelación organiza su existencia, comunicándose permanentemente, dándose a conocer a los demás, demostrándoles, a través de la palabra, gritándole al mundo de que él existe a través de las distintas formas que la palabra tiene para estructurarse: un diálogo sencillo o complejo, amistoso, familiar, académico, a través de un discurso, de un credo, de los sentimientos, de las emociones, del dolor, de la alegría, de la poesía, de la música, del arte, de la ciencia, del deporte, de una orden, de una sentencia, de una declaración o desde cualquier otra forma comunicativa de la que el hablante se sirve para testimoniar la presencia de su corporalidad y, ante todo, de su específica espiritualidad que es la que lo hace diferenciarse de la mera corporalidad de las cosas.

Cuando el sujeto habla tiene que aprender a sentirse escuchado, a darse cuenta que existe porque el otro ha reparado en él el testimonio de su presencia, no sólo como organismo biológicamente estructurado, sino como espíritu que conscientemente está armonizado para suscitar una reacción mental y emocional desde el ángulo de un

cúmulo de respuestas, es decir, desde una reacción que debe ser profundamente sensata, armónica y de feliz realización, a veces con los reparos y contradicciones propias de cada ser humano.

En todo caso, lo que prima en la palabra de un yo para entrar en contacto con el otro es la capacidad de comunicación para la unidad, para la reacción activa. Desde ese contacto dialógico se fundan las tradiciones para la expresión de las costumbres, de la cultura y de la educación que paulatinamente se van marcando en cada comunidad.

Y en la medida en que desde la educación lingüística se toma plena conciencia para la expresión del pensamiento a través de la palabra hablada, escrita o gestual, se contribuye al logro de una formación adecuada para desterrar el menosprecio, la mentira, el orgullo, el insulto o la agresividad en sus múltiples manifestaciones de agravio, que no le permiten al ser humano que así procede, insertarse adecuada e inteligentemente en la comunidad de la cual forma parte.

Recordemos que la palabra es lo más personal que tiene un individuo. Toda la sustancia de su naturaleza humana se refleja en la comunicación verbal. Dice el dicho popular: “Dime cómo hablas y te diré quién eres”. En verdad, observando su estilo comunicativo podemos apreciar el valor de su personalidad.

En la palabra se vierte el corazón de su ser; así es la palabra, surge desde lo más profundo del ser: ahí se fraguan los sueños, las ideas, las ilusiones que poco a poco van germinando hasta que la palabra brota airosa, crece y se exterioriza mayúscula o minúsculamente según sea la formación de cada individuo; pues, desde la palabra se hace vivir la vida.

4.2. La palabra es una necesidad vital

Lo que más nos delata para mostrar nuestra condición humana, es la palabra. Ella nos vivifica, nos realiza o también nos destruye. Surge de lo profundo del corazón o de la pura razón, y a veces de la mera superficialidad de lo que somos.

El ser humano es la palabra, es su lengua. Ella nos delata en nuestra mejor expresión humana o nos traiciona, a veces de manera vil, si no somos coherentes con los más elementales principios humanos a través de nuestro accionar cotidiano.

Al ser la palabra la existencia misma, porque confirma nuestro particular modo de ser, de ver y asumir la vida, se convierte en un desafío, en una necesidad vital, en un adiestramiento, para que surja esbelta, tratable, sincera ante todo, y profundamente contagiada del amor humano que debe reflejar en todo su ser.

Como señala Giuseppe Colombero: “Las palabras son voces que llaman a alguien desde la lejanía, desde la ausencia y lo hacen existir aquí, delante de nosotros, dando lugar a la presencia” (1994, p. 7). En verdad, la clave de la palabra es la presencia de alguien que efectivamente existe a través del diálogo en cuanto realidad común, actuante, existente, exigente, empeñativa y volitiva.

No puede ser la simplicidad su acompañante; es el compromiso y el empeño para que la palabra tenga sentido humano. El aprendizaje de la palabra a través de la lengua exige autopensamiento, autodisciplina, autoconciencia y adiestramiento para aprender a comunicarnos abierta, correcta y adecuadamente.

La gramática, la sintaxis, la morfología, la pragmática, la semántica, la sociolingüística, la psicolingüística, la literatura, no son disciplinas vanas; han contribuido enormemente al desarrollo de la riqueza idiomática y al desarrollo

cultural, científico y humanístico no sólo de un individuo sino de una comunidad entera. Y es que en el fondo, toda esta realidad idiomática no tiene otro fin que convertirse en una efectiva fortaleza de poder para la comunicación del bien obrar, para la creatividad y la construcción del bienestar humano.

Por supuesto que “el poder de la palabra malévolas es devastador” (Colombero, 1994, p. 12), hiriente, con olor a muerte porque destruye, divide, bloquea, crea silencio, malicia, y causa mucho dolor.

En cambio, qué enaltecedor cuando las palabras nacen para la alegría de la vida, para la compartencia, y sobre todo para cambiar y enaltecer la calidad de la vida de los demás; pues, la palabra buena y sincera nos atrae, nos une, destruye barreras y nos enseña a deleitarnos con el prójimo.

Y es que en el diálogo atento y ameno, sin malicia, está el prójimo como existente, como uno más pero como parte de uno, porque la palabra está para enaltecer al otro, para crear vínculos de comunión auténtica: se trata de un acto de voluntad, intensamente personal y de una toma de conciencia para recorrer un camino de grandeza, de realización y de proyección para la valoración de la vida, dado que la lengua no es otra cosa que el reflejo fiel de la interioridad de cada ser humano.

4.3. La palabra adecuada

Toda palabra por insignificante o grandiosa que sea, afecta. Las palabras dinamizan la vida. El ser humano es la palabra andante que informa, que enuncia, que significa, que dignifica y dice un pensamiento a veces con una riqueza interior que abrumba y conmueve hasta dejar meditando al interlocutor. En otras ocasiones, la pobreza de las palabras es tan evidente que no contribuye al desarrollo de lo humano.

Entre tantos casos, uno de riqueza profunda, analítica, altamente creativa, está en los libros que es en donde mejor se expresa la palabra. Es el lector el que sale robusto de humanismo, de ciencia, de sabiduría. En el más completo de los silencios, el libro habla y el lector escucha atento, reflexivo, cuestionador, pensante, creativo también para enriquecer su acervo cultural, científico, técnico y de sabiduría humana; el lector se enriquece y enriquece a los demás porque aparecerá en él también la palabra pensante y actuante.

Pues, el hecho de hablar no es un simple decir, es un acto operativo: “sucede algo con consecuencias concretas”. Se trata de un valor pragmático: cuando se habla, las cosas no quedan como antes, se vuelven distintas. Las palabras afectan a la persona que las emite y a la que recibe el acto comunicativo; si no fuese así, la palabra no tendría ninguna validez: sería hueca, sin sentido y ajena a toda realidad viviente. Por ejemplo, cuánta emoción y cuánta alegría cuando el diálogo es emotivo, sincero, cargado de un profundo afecto. A veces basta una sola palabra o frase para que todo cambie: un te quiero, te extraño, mi amor, lo siento, son más que suficientes para llenar de alegría al interlocutor.

Pero cuánto dolor causan las palabras hirientes, las que no son sinceras, las acusativas, las recriminatorias, las amenazantes, las que denigran, las que engañan. El corazón humano debe estar lleno de todo tipo de valores para que la palabra salga airoso, dinámica y con el poder suficiente para admirar, respetar y valorar la grandilocuencia de los acontecimientos humanos.

¿Qué significado le damos a lo que decimos? Hablamos por cuestiones de trabajo, de familia, de amistad, de amor, de negocios, de estudio, para buscar información, por entretenernos o por circunstancias fortuitas. Y en ese hablar está nuestra manera de ser. Y cuando nuestra cultura nos lo permite, aprendemos a obrar con coherencia en cualquier espacio y circunstancia, y si nuestra riqueza cultural y humana nos

acompaña, hasta los acontecimientos más pequeños y sin importancia se llenan de significancia porque sirven para modificar una mala circunstancia en jornadas de verdaderas sustancias de vida.

Ahora bien, si aprendemos a ser conscientes de lo que decimos, hay dos circunstancias preciosas para compartir adecuadamente los enunciados de una conversación: que sean verdaderos y que sepan influir adecuadamente.

El poder de la influencia está en los modos de decir las cosas dentro de unas circunstancias idóneas. Y uno de los grandes modos de decir está en la capacidad de poner atención a lo que decimos. Si así procedemos aparece la palabra justa, atenta; aquella que dice justo lo que debe decir. En este caso, el contenido de lo que se diga será siempre valioso, sobre todo porque estará lejos de la improvisación y muy cerca de la congruencia.

4.4. La palabra es lenguaje de conciencia

La voz humana es como la respiración; sin ella el flujo de la vida no tiene sentido. La voz, es decir la palabra, es signo de vida: se trata de nuestra carta personal de presentación. Desde el habla nos delatamos y por ende es el signo de nuestra viva identidad; por ella los demás dan testimonio de lo que somos.

Y aunque el habla siempre está dirigida a otro que es el que escucha y da fe de lo que somos, el yo humano es el primero en escucharse. Mientras hablo me escucho; es el eco de mi propio hablar el que resuena en mí: se trata de una escucha nítida, plenamente concienical. Me escucho en la medida en que concienicio mi hablar: me delato, me conozco y me reconozco en mi propia escucha como resultado de mi propio hablar.

Aunque hay ocasiones en que muchos hablan sin decir nada, por más que hablen y hablen, es decir, sin nada sustantivo que valga la pena para la realización de nuestra proyección humana. Se trata de un hablar que se agota en el sujeto que la emite; es una voz que se calcina en sí misma; pues no tiene ninguna trascendencia sino más bien para hacer daño y para conocer la falsedad con la que ese sujeto deambula por la vida engordándose de miseria y de engaño.

Pruebas hay a cántaros sobre esta penosa realidad; y si no, fíjese en la mala traza de ciertos políticos, de malos funcionarios públicos, negociantes inescrupulosos y un sinnúmero de gentes con el membrete de estudiantes o de profesionales con título universitario que desparraman el vacío de su inutilidad y de su vacua existencia en una oquedad en la que las palabras corren precipitadas, vacías, sin sustancia y sin ninguna sustentación de verdad, hasta que van a parar al fondo de la nada.

Por eso, depende de la calidad de la fluidez humana para robustecer la palabra con la imagen de la verdad para que aparezca transparente, acogedora, llena de sustancia, de sabia y de savia humana. Como dicen los estudiosos de la comunicación humana: hablar o decir algo “es un acto exquisitamente espiritual”. En el decir hay un contenido que es procesado primero interiormente, es decir espiritual e intelectualmente para que llegue plétórico de verdad y de alcurnia humana desde una voluntad que lo trasmite para que los demás aprendan a creer, a confiar y a valorar el decir del prójimo hablante, que no deja de ser una revelación de lo que él es en la más pura sustancia espiritual.

Desde la espiritualidad del contenido el que habla se ve como sujeto que expone algo que vale la pena que los demás conozcan. Desde esta posición, “las palabras me enseñan mi pensamiento”, me revelan desde una toma de conciencia que mi hablar es el hablar del otro, es decir, es el hablar del estar juntos porque se trata de un aprender a compartir, dado que no puede haber palabra que no esté dirigida a alguien, y del

enorme beneficio que saca el sujeto hablante, ante todo porque desde la palabra, como lenguaje de conciencia espiritual, se funda el universo de las mejores relaciones sociales para que fluya la vida en beneficio de una realidad en la que todos digamos que vale la pena vivir porque nuestro pensamiento y nuestro decir son potencialmente viables para el logro de una vida excelsa, pulcra, solidaria, apta para el desarrollo de una educación culta, científica y humana.

4.5. El lenguaje de la mirada

Así como las palabras tienen un enorme potencial humano para expresarse con elegancia y elocuencia, también el cuerpo humano posee una rica expresividad comunicativa con un lenguaje no verbal que desde los gestos se convierte en un lenguaje de la presencia, el cual requiere ser visto y escuchado de manera que se convierta en un lenguaje de encuentro y de diálogo.

Por ejemplo, la mirada es la puerta del alma por esa particular manera que los ojos tienen para encontrar en contacto comunicativo. Por la mirada es posible el encuentro y a través de ella se es consciente frente a quien me encuentro y con quien me relaciono.

El encuentro visual potencia la aceptación de la presencia que desde el gesto corporal genera una actitud de escucha, es decir de atención para entrar en una comunicación activa, de interés, de vida y de fluidez cuyas manifestaciones reflejarán siempre la manera habitual que una persona tiene para comunicar el sentir de sus sentimientos y por ende de todo su comportamiento humano.

Mirar atentamente no es sino un modo de escuchar, y para escuchar se necesita mucho silencio, y es desde el silencio que puedo captar cual es el sentir de la persona

que observa. Bien sabemos que cuando una mirada es de afecto, se abre un espacio para el encuentro. El amor de pareja, al respecto, dice mucho no tanto por las palabras que se digan sino por las miradas que se entrecrucen; se dicen, por ejemplo: por la mirada me doy cuenta que me quieres, te lo estoy leyendo en los ojos, tienes dos hermosos ojos que dicen mucho, y etc. de buenas y sanas intenciones que la pareja manifiesta, porque es la mirada la que comunica los diversos tipos de afecto y de sentimientos que nacen desde el fondo del corazón y que desde la mirada se siente como fluyen.

La mirada comunica tanto que no es difícil la interacción. Por eso es necesario aprender a mirar con atención, con entereza y con la frente en alto, como dice el común de las gentes. En el enamoramiento, es la mirada la que atrae y comunica infinitud de afectos; asimismo tendría que ser para cualquier otra relación de encuentro. En el trabajo, en la calle, en la familia, la mirada debe ser también fluida, auténtica y sincera. Así, el que mira y el que recibe la mirada saben que es posible el encuentro y por ende una realización porque mutuamente captan que no hay cabida para el engaño ni para la intención malsana sino para ofrecer, a través de la mirada, un regalo precioso; pues, no hay mejor regalo que aquella mirada que infunde confianza y ganas de acercarse mutuamente para compartir sin ningún contratiempo aquello que no sea el valor del respeto y el de la consideración mutuos.

Asimismo, es necesario cuidarse de aquellas miradas que no miran de frente. Si usted no quiere comunicarse con alguien o aquellos que tienen dificultad para la sociabilidad, lo que hacen es evitar mirar a la cara de los otros. Incluso, el que tiene miedo, vergüenza o recelo de algo, no le gusta mirar de frente. Depende mucho de la calidad de los sentimientos para que la mirada fluya activa si nace de la bondad, o nefasta si nace de la maldad. Cultivemos, entonces, nuestra calidad humana desde una mirada auténtica de compromiso para el encuentro y para la mejor expresión de

la comunicabilidad.

4.6. El lenguaje del cuerpo

La vida humana está centrada en la comunicación; desde ella nos movemos y actuamos pensando, hablando, callando, vociferando, amando; a veces hiriendo y maltratando.

Nada es aislado ni mudo; todo fluye en un ir y venir de mensajes constantes; así se van formando las comunidades, la cultura, la ciencia, la educación, el ser humano que con su pensamiento, con su palabra, con su cuerpo, con su mente, con el corazón y con su espíritu fraguan permanentemente una conciencia que se transparenta en los actos que luego se vivencian en un lenguaje, en un universo de mensajes y respuestas que dan a entender muchas cosas.

Todo cuanto fluye sale del cuerpo y viene al cuerpo, es decir a la persona en su real integridad, que es la que capta, procesa, interpreta y valora la información o el fluir de todo cuanto acontece. Por eso se dice que el ser humano no es que tiene un cuerpo, es su cuerpo; un cuerpo que tiene como capacidad máxima su inteligencia física para vivir en el ámbito de sus necesidades socio-bio-sicológicas, y cuyo atributo es la disciplina racional con la que satisface sus necesidades vitales para vivir y expresarse a los demás desde la comunión de sus actos, que son evidentes en el gesto, que es el que aparece de inmediato para decirnos algo.

Se trata de una voz gestual en la que se palpa la lectura del afecto, del cariño, del amor, del reproche, de la agresividad, de la amenaza, del rechazo, de la indignación, de la sonrisa, del disgusto e infinidad de sentimientos que el cuerpo enuncia en asocio con la mente, con el corazón y con el espíritu, y de conformidad con lo que en ese

momento la persona esté llevando a cabo.

Desde esta óptica, el cuerpo humano tiene todo un bagaje de lenguaje corporal para manifestar los sentimientos y las emociones que una persona posee. Y así como la palabra hablada o escrita surge de la inteligencia mental de la persona, así también surge el lenguaje corporal de la inteligencia física con aplomo, sin engañar porque el gesto siempre surge espontáneo; no le da cabida a la mentira, a las falsas posturas. Cuando mentalmente interviene el cálculo o la mentira, pues el cuerpo a través del gesto ya ha dicho lo suyo, lo propio, lo que es. Por eso, una madre que conoce tan bien a su hijo, sabe cuando le dice la verdad o le miente, no tanto por las palabras o explicaciones que escucha de él, sino porque el gesto, que de inmediato traduce la verdad en cada acción, la madre lo sabe interpretar muy bien.

Ahora bien, el lenguaje del cuerpo y el lenguaje de las palabras son evidentes en la medida en que sabemos utilizar bien o mal nuestra inteligencia mental (la mente), nuestra inteligencia emocional (el corazón) y nuestra inteligencia espiritual (el espíritu) que son los que conforman a la persona de manera completa e íntegra.

Por lo tanto, se trata de una acción educativa permanente para que el cuerpo aprenda a proyectar un lenguaje altamente humano, calificado para la correspondencia del bien obrar. Por eso, cuando interviene la mente con visión y talento; el corazón, con amor y pasión para hacer con ardor todo cuanto haya que llevar a cabo; y, el espíritu, que es el que desde la conciencia nos genera una intensa preocupación para vivir con transparencia, el cuerpo aprende a manifestarse, es decir a comunicarse con la mejor expresión de su sabiduría.

4.7. La empatía comunicativa

Si queremos que nuestra comunicación sea escuchada, es decir valorada, tenemos que hablar con la cabeza y con el corazón: la razón por sí sola no basta por más que la inteligencia mental funcione adecuadamente.

No sólo es la razón la que nos instruye cuando organizamos nuestro pensamiento para hablar. Si queremos que el diálogo funcione lo más humanamente posible, hay que dejar que intervenga el corazón, y esto sencillamente porque no somos objetos puramente materializados, sino sujetos espiritualizados en acción y con diversidad de estados subjetivos: sentimientos, emociones, imaginación, creatividad, deseos, fantasías, y por ende profundamente sensibles para dejarnos llevar por la pluralidad de significados interiores que reposan y actúan, según las circunstancias exteriores, como lo más excelso que tiene nuestra inteligencia espiritual.

Si bien es cierto que la razón es uno de los componentes humanos más significativos para conocer y analizar el mundo; sin embargo, la razón necesita del corazón para actuar humanamente, y no con la frialdad e indiferencia con la que a veces se actúa irresponsable e irrespetuosamente. Por algo decía el humanista francés Pascal que “El corazón tiene sus razones que la razón no conoce”. Y el ser humano debe ser consciente de esta realidad interior para que no se deje llevar por los meros impulsos ni por lo que su razón le dictamine de un momento a otro sin una reflexión adecuada. Es necesario que lo esencial sea encaminado con la mejor expresión de lo humano: la cabeza y el corazón.

Ya lo decía también el escritor francés Saint-Exupéry en su obra maestra de literatura infantil-filosófica titulada *El Principito*: “No se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos” (1984, p. 63). Eso mismo podemos decir de la razón: que lo esencial sólo se hace con los ojos del corazón. El corazón es una hermosa

ventana que sirve para iluminar nuestra realidad interior. Por eso, cuando dialogamos, no es tanto el fluir del pensamiento para que las palabras emerjan desde la cabeza, sino que es el corazón el que les da el condumio para que tengan vida en quien las emite y en quien las recibe.

Por ejemplo, cuando tenemos desinterés para conversar, es el corazón el que está fallando. Lo humano, en este caso, no aflora adecuadamente y la comunicación va muriendo paulatinamente. Lo mismo sucede cuando uno siente no ser nadie ante alguien que está hablando, o cuando el otro siente que a quien se dirige es un don nadie para él.

De ahí que, las mejores palabras son las que son dichas con el corazón; por eso las palabras del amor, de la bondad, del respeto, de la consideración, de la poesía, de la sabiduría, de la oración, nos llegan y nos surgen tan hondamente que nos hacen vivir y valorar lo vivido, y nos comprometen tan sentidamente que al momento aparece la luz de la empatía que es la que evidencia, en los mejores términos, el contacto comunicativo con los demás.

En tal virtud, el hablante solo logra un clima empático cuando hace intervenir a su cabeza y a su corazón; el efecto “neuro-cardiológico” de la empatía comunicativa genera un clima de benevolencia no solo para que el hablante sea escuchado sino para que se sienta atentamente escuchado.

4.8. Autenticidad y confianza

Entre tantas circunstancias selectas que tiene el ser humano para realizarse está el hecho de poder comunicarse con alguien. Y lo bueno es que se comunica no tanto para generar conocimiento, sino para generar vida.

Y, ante todo, la comunicación es vida porque cada ser humano tiene una manera de ser muy especial; su ser radica en ser único, irrepetible; cada individuo tiene una manera única de ser, de existir, de relacionarse, de realizarse; cada uno de nosotros llevamos dentro de sí un mundo exclusivo, muy personal, muy propio e íntimo, sobre todo en la composición y manifestación de nuestros sentimientos.

Son, por lo tanto, los sentimientos los que nos permiten comunicar vida, y son los que nos introducen en el mundo de los valores. De ahí que, es necesario aprender a participar a alguien nuestras emociones para no ahogarnos en un mundo cerrado y tenso. Todo lo que se cultiva dentro hay que aprender a manifestarlo a alguien para que nuestras recargas psíquicas no nos atrofen la salud mental ni orgánica. Dadas estas circunstancias vale la pena cultivar una auténtica comunicación en la que sea posible un diálogo abierto, libre, fluido y confiable.

Cada ser humano es auténtico cuando genera un clima de confianza y de sinceridad porque vive en el camino de la verdad primero consigo mismo; es decir, cuando canaliza adecuadamente sus emociones para conocerse y aceptarse dentro del mundo de sus limitaciones, pero también de sus potencialidades.

Cuando nos educamos para la autenticidad podemos generar confianza porque lo que estamos haciendo es una presentación de nuestra condición humana ante los demás que, inmediatamente, descubren que no estamos fingiendo sino respondiendo con la verdad en las manos.

Se es auténtico cuando se vive la verdad en cada acontecimiento humano; desde esta posición no hay temor para presentarse ante los demás como lo que uno es; pues, al no haber nada que esconder, es posible la cohabitación, la copertenencia, la coparticipación y la coexistencia auténtica, fluida, transparente; sobre todo se trata de estar en paz y en armonía con la propia realidad de uno y con la de los demás.

Cuando generosa y responsablemente hemos elegido llevar una vida auténtica, hemos

superado la falsedad, el engaño, la patraña y la mentira. Sin estas barreras es posible una presentación personal antes que una mera representación teatral de lo que somos. Sólo la autenticidad nos lleva a un clima de confianza recíproca, y sólo así se produce un encuentro abierto y plenamente humano. Como sostiene Colombero: “La confianza libera del miedo y de la necesidad de defenderse” (1994, p. 76).

Propongámonos ser merecedores de confianza. “Es doloroso vivir entre personas que no nos quieren, pero es más doloroso vivir entre personas que no confían en nosotros” (Colombero, 1994, p. 79). La confianza genera mucha riqueza de sentimientos nobles; la estima y el afecto se acrecientan y la vida fluye en un diálogo de encuentro auténtico, noble y transparente. Recuerde que no hay cosa más vil e inhumana que traicionar la confianza.

4.9. La comunicación agresiva

Los esquemas personales que tenemos para comunicarnos son varios, tanto positiva como negativamente. Negativamente hay cantidad de prejuicios que nos impulsan a manifestar actitudes agresivas y de poco refinamiento a favor de una comunicación humana adecuada.

Una de las actitudes negativas que afectan considerablemente la relación de la intercomunicación es la actitud enjuiciadora, muy propia de aquellos que con suma facilidad y sin ningún miramiento de afecto y de valoración por los demás, juzgan precipitadamente todo cuanto escuchan.

En una conversación, este tipo de gente no tiene capacidad para reparar en lo bueno, en lo positivo de la comunicación; pero, en cambio, tiene mucha facilidad para fijarse en lo supuestamente malo que logra encontrar en un diálogo: todo lo juzgan

malsanamente desde la concepción de sus ideas culturales, sociales, económicas, religiosas, políticas, éticas y de normas habituales de comportamiento para juzgar, moralizar, culpar, clasificar, esquematizar, sentenciar, discriminar, maldecir e identificar ideas, sentimientos y hechos desde sus propios esquemas mentales que tienen para filtrar y medir instintivamente lo que escuchan o ven hacer a los demás.

A estos enjuiciadores nada les parece positivo; no cesan de encontrar algo por corregir; creen que los demás son los equivocados y que sólo ellos tienen la razón, por eso están atentos para decir, por ejemplo: te has equivocado, eso es pecado, Diosito te castigará por eso, tú no debes hacer eso, te equivocas en todo, no entiendo por qué eres así, qué dirán los demás, compórtate así, la culpa siempre es tuya, eso no te sienta bien, ojalá eso te sirva de lección, así no, mal agradecido, tú no sirves para eso, ...

Ahora bien, cuando a estos enjuiciadores hipercríticos les toca intervenir, siempre están cuidándose de lo que dicen; no tienen libertad para actuar con naturalidad ni con sinceridad; todo lo que dicen lo calculan y controlan “adecuadamente”; tienen cuidado para aparecer como impecables y están siempre a la defensiva; sólo manifiestan lo que creen que puede ser aceptado por los demás, y muchos pensamientos se los guardan si se dan cuenta que no van a sacar provecho de una conversación.

Aunque muchos tenemos la tendencia para juzgar con facilidad a los demás, es necesario educarnos para saber escuchar sin clasificar ni culpar a nadie de buenas a primeras. Una actitud de silencio, de reposo, de escucha atenta y, sobre todo de un sentimiento de respeto por la alteridad para reconocer a todos la libertad que tienen para que sean ellos mismos a través de la generación de sus propias ideas, es muy oportuno porque nos permite colocarnos en una relación de igualdad para aceptar a los demás sin causarles ningún daño y aceptarlos en la totalidad de su ser: con su

cualidades, con sus limitaciones, con sus defectos, y ante todo sin usurpar la libertad a la que todos tenemos derecho para actuar responsablemente. No importa que se llegue a discernir o a discrepar: eso es normal. Lo importante es aprender a colocarnos en una zona humana razonable para apreciar y valorar los aspectos positivos en el marco de nuestros principios democráticos para, en conjunto, participar activamente de un diálogo fluido, abierto, y, sobre todo, sincero y altamente calificado para la realización de las más nobles acciones humanas, incluso en los más elementales y pequeños acontecimientos cotidianos que a veces aparecen insignificantes y sin historia, pero que son los que contribuyen a la realización de una vida plena.

4.10. La intolerancia y la manipulación comunicativas

Hay palabras que están llenas de mucha sabiduría; en cambio, hay otras que están atestadas de engaño. El mundo humano se mueve gracias al tránsito de las palabras. El ser humano, como hemos dicho en algún momento, es, ante todo, lenguaje: busca cómo comunicarse para poder relacionarse con los demás, y así poder vivir.

Al respecto, hay infinidad de estrategias para enrumbar la comunicación por el camino de la verdad, y por ende del reconocimiento y valoración de lo humano; o, por el terreno del engaño, viviendo lo inhumano, lo que hace daño.

Por ejemplo, hay gente que es muy astuta para manipular la palabra sin importarle las consecuencias nefastas que una mala intención comunicativa puede desencadenar. Estos manipuladores de la palabra lo calculan todo con tal de llevar a su interlocutor a que asuma lo que ellos se han propuesto. Lo triste de esta realidad es que el manipulador finge ser el portador de la verdad; se escuda en la apariencia de la verdad y actúa como si se tratase de la mansedumbre en persona. Actúa tan bien para

defender sus intereses personales hasta alcanzar sus objetivos particulares, que nadie se da cuenta de que es un extorsionador y un fino engañador.

También están los inflexibles, cuya mayor característica es la intolerancia, la intransigencia, el dogmatismo y una actitud rígida y cerrada que no permite, desde la flexibilidad, aprender a comunicarse con el otro desde el orden del respeto y la consideración.

El intolerante no puede aceptar la opinión del otro si no está compaginada con su modo de ser. No soporta que los demás opinen de otra manera que no sea como él siente y piensa. Cree que solo él tiene la verdad: no hay cabida para interpretar la realidad si no con la visión que él tiene. Para el intolerante hay una sola lectura de la realidad. Por eso, solo son válidas las actitudes que él tenga ante su familia, su religión, su educación, su formación, su política, su ética. Si alguien disiente de esta realidad, entonces es él el que está en el error. Incluso, el intolerante sufre mucho pensando que son los otros los que no están en lo justo, como él sí lo está. Desde su obstinación cree que solo él es el que está con la verdad, por eso echa rabietas contra los demás porque no puede aceptar ni respetar a quien no es como él.

El intolerante es un candidato fiel del sectarismo. Y como sectario puede volverse fanático, con lo cual el peligro aumenta porque con su manera de ser no sabe escucharse sino solo a sí mismo: su verdad la convierte en un ídolo y trata de imponerla a los demás a como dé lugar.

El intolerante no puede reconocer la infinidad de maneras que hay para llegar a la realidad de una cosa, sencillamente porque no es consciente para vivir con una actitud abierta, ni capaz de convivir en medio del pluralismo social. El temor a quien es diferente lo lleva a sentirse disminuido, por eso se escuda en su verdad y no soporta que nadie lo contradiga. En estos términos, es preferible huir del desafío, de la confrontación, de la duda y de las propuestas innovadoras de vida que pudieran

generarse en los demás; pues, siempre se sentirá amenazado frente a lo que no es igual o parecido a su manera de ser y de ver la vida como él se imagina que es. Ojalá algún momento pueda darse cuenta de lo valioso que es aprender a valorar lo diferente para entrar en la novedosa disponibilidad del crecimiento humano desde la conversión de nuevas propuestas.

4.11. El contacto con la realidad

Una adecuada educación lingüística nos permite relacionarnos con la realidad en la medida en que uno aprende a posesionarse de la lengua para beneficio de nuestra formación personal y social. El pensamiento y las palabras son una herramienta de aprendizaje y de proyección personal muy poderosos, porque a la par que se logra una importante riqueza de vocabulario, se adquiere una firme y equilibrada correspondencia comunicativa para el cultivo de una personalidad idónea y proyectivamente realizable ante los demás.

El lenguaje que se adquiere en el ámbito de la educación lingüística es un lenguaje de palabras: cada palabra es un nombre, y cuantos más nombres más conocimientos se adquiere y más ideas aparecen, pero con la necesaria significación semántica y pragmática si uno se preocupa de formarse humilde y adecuadamente a través del contacto inicial con la educación formal escolarizada, familiar, social, y, ante todo, de nuestra autopreparación desde el mundo de la lectura y del diálogo transparente que se debe mantener con las personas que uno se da cuenta que nos pueden enseñar no solo intelectual sino moralmente.

La palabra se encarna y se manifiesta según el desarrollo de la personalidad de cada individuo. Por lo tanto, frente a una buena personalidad habrá un profundo respeto por la palabra, que es la que se encarga de hacer presente la realidad de las cosas.

Como dice Heidegger: “Todas las cosas piden ser dichas” (Colombero, 1994, p. 154), por lo tanto, el momento en que nombramos una cosa la sacamos de su anonimato, la volvemos real, le infundimos vida y le damos la correspondiente significación que la cosa o el hecho en sí se merece.

Por eso, “hablar es un firme y saludable anclaje con la realidad”, (Colombero, 1994, p. 155). Y en verdad, el momento en que perdemos contacto con el mundo externo, perdemos el sentido de la realidad que nos circunda y por ende quedamos excluidos de la comunicación con los demás.

El contacto con la realidad desde la palabra es el fundamento de nuestra formación personal y cultural. Retirarse de la realidad equivale a morirnos en soledad, o al menos a ser esclavos de nuestro propio aislamiento.

Es necesario generar palabras de vida cuanto más contacto mantenemos con la realidad en cualesquiera de sus manifestaciones; pues, si más numerosos y variados son los pensamientos por el conocimiento que de la realidad tenemos, más oportunas, más formativas, saludables, renovadas y vivas serán las ideas, y por ende, la vida personal será más fluida y nuestro contacto con los demás mucho más humano y armónicamente llevadero.

En conclusión, la realidad, concienzudamente asumida, es el camino ideal para expresar lo que sentimos y lo que vemos con la debida claridad y en su verdadera medida; se habla o se comunica según se conoce, y es bajo estas circunstancias en que nos hacemos conocer y nos hacemos valorar por la profundidad y sencillez de lo que decimos; por lo tanto, quien no quiere comunicarse se vuelve tenso, solitario, cerrado sobre sí mismo y poco amigo para reconocer el decir de los demás. En cambio, quien habla oportuna y objetivamente se arriesga a vivir con una sensación de liberación, de proyección y de saber que puede aportar con presteza al desarrollo humano de la sociedad.

4.12. La identidad individual y social

Las palabras y los hechos que escogemos para actuar son el vivo ejemplo de lo que es nuestra identidad individual. Esta individualidad cobra importancia cuando se une al nosotros, es decir cuando se expresa para los demás; aquí aparece la identidad social.

Esta relación con los demás tiene algunas facetas según Colombero (1994): estar entre, estar con, estar para y estar en. Por ejemplo, hay uniones o relaciones muy pobres que sólo funcionan por interés; acabado el interés se acaba la unión. Este tipo de relación no funciona adecuadamente porque no hay interacción ni reciprocidad; se trata de una relación difusa en donde cada participante queda encerrado en su individualidad. Es una relación en la que la otra persona cuenta no como persona sino como cosa; funciona el yo-eso, el yo-cosa, y no la relación yo-tú, como debería ser. Es la relación del “estar entre”; pues no dice nada ni emotiva ni humanamente.

La relación que nos saca del “estar entre” es la del “estar con”; se trata de una relación de profundo respeto en la que sí cuenta el otro no como cosa sino como persona; es la amistad, es la benevolencia, el amor fraterno y la comunión plena, dignificante, no apática, no calculadora, ni fría ni distante; es la relación de afecto, de sinceridad, y sobre todo de una alta disponibilidad para el encuentro y de atención profunda por el otro. En esta relación no hay descuido ni abandono; no es una relación superficial sino de valoración por los demás.

Pero el máximo de apertura al tú no está en “estar con”, sino en “estar para”. Esta relación de “estar para” es una relación de altruismo, es decir, se trata de una tendencia innata para hacer el bien a los demás sin importar quienes son. Se vive para ayudar a vivir a los demás, para hacerse don; donarse a los demás sin esperar a cambio nada. No es el narcisismo, ni el orgullo ni la vanidad la que reina en estas personas que “están para”; es más bien su crecimiento moral y espiritual lo que las

fortalece permanentemente para abrirse a los demás sin ningún contratiempo. Su disponibilidad es constante; viven con la alegría de poder servir sin sentirse obligadas a hacerlo; su afán no es figurar sino servir; se trata de una disposición interior, intensa, fraterna y amena para identificarse y colaborar para ayudar a resolver los problemas de los demás. No conocen la envidia, no son amargadas ni actúan por cálculos personales. Es el amor en su más alta dimensión lo que las mueve a actuar. Cada acto humano a favor de los demás siempre es noble.

Finalmente, hay un tipo de relación, el más alto de todos, se trata de “estar en”. La relación con los demás funciona a partir del contacto profundo con Dios: es la alteridad del Absoluto. Es una elección radical para con Dios, de manera que todo cuanto el creyente lleva a cabo es a partir del modelo de la Trascendencia. Cada acto humano está encaminado a su realización desde el corazón y desde la razón debidamente iluminada por la inteligencia espiritual. En estas personas no cabe ni el rencor ni el odio, sino el amor, el perdón, la caridad, la sencillez y la humildad para actuar con las más sanas intenciones. Viven bajo la gracia de Dios, por eso tienen una fortaleza enorme para enfrentar los más duros problemas de la vida. Su conciencia está tan bien formada que no hay lugar para la queja ni para protestar en vano, sino para identificarse con Dios, con los demás y consigo mismos desde el ámbito de la paz, de la libertad, de la honestidad y desde la nobleza de sus acciones que son las más grandes manifestaciones humanas que poseen para vivir individual y socialmente felices.

4.13. La psico-ecología de la competencia comunicativa

Cuando alguien se siente bien junto a otra persona, conversando con soltura, con ánimo, sin temor a nada, y sobre todo cuando entra en juego toda su sinceridad para

comunicarse en una atmósfera cuyo ambiente es planamente relacional, está empleando adecuadamente su competencia comunicativa.

Cuando el ambiente es apto para el diálogo, o más bien dicho, cuando se crean los espacios adecuados para una comunicación dialogante con agrado y respeto, la competencia comunicativa fluye adecuadamente desde la comodidad interior. La voluntad se pone en marcha para ofrecer, sin obstáculos, un clima de atención para hacerse entender de un modo que anima y acerca.

La competencia comunicativa no se desarrolla tanto por la cantidad de gramática que conozcamos, aunque no deja de ser importante para el conocimiento adecuado de una lengua y la consecuente adquisición del léxico correspondiente que contribuye al desarrollo y mejoramiento de la intercomunicación. Es más bien el modo de ser el que crea los espacios adecuados para que la comunicación sea pertinente, y ante todo fluida y felizmente realizable. Es el espacio de nuestro mundo interior el que contribuye para la convivencia de un mundo feliz, adecuado y realizable para que aprendamos a estar bien en cada momento comunicativo. Pero, ese mismo mundo interior, cuando penosamente está mal acondicionado, nos puede llevar al peor de los fracasos comunicativos, incluso pudiendo ser un experto en el conocimiento de la gramática.

Es la atención amena, atenta, y un clima interior adecuadamente trabajado y creado con sincera correspondencia, que nace espontáneamente de lo profundo del ser, el que crea un ambiente ecológicamente preparado para que surja una presencia altiva que con vitalidad y entusiasmo aparece para que la relación emane auténtica, con todos los elementos psíquicos que le son pertinentes al comportamiento humano para que el conocimiento de la vida a través de los sentimientos se ponga a trabajar dentro de una atmósfera de encuentro.

Las ideas, si no van acompañadas desde la bonificación de nuestros sentimientos,

corren el riesgo de surgir maltrechas, frías, apáticas, sin calidad humana, y por ende carentes de interés para llegar oportuna y humanamente al otro.

Todo cuanto tenemos de bueno o de malo surge de la mente. ¿Cómo estamos anímicamente preparados para que surjan vivas y rebosantes de salud las buenas ideas en desmedro de lo que no es adecuado? Por eso, lo bueno necesita ser animado por un sentimiento noble que conduzca a valorar la atmósfera relacional para compartir de la mejor manera nuestra competencia comunicativa. Y lo malo, es decir, los sentimientos negativos, deben ser desterrados porque no dejan de ser un veneno psicológico y mortal que impide el poder de relación y de comunión. Por supuesto que a veces no resulta fácil desechar todos los malos sentimientos que intoxican la pureza del alma y del corazón y hasta del cerebro para pensar adecuadamente.

La integridad de nuestro ser se anima y se potencia al máximo nivel de crecimiento espiritual cuando compartimos la bondad de nuestro ser a través de la sabiduría de nuestros actos y en desmedro del mal deseo de prevalecer y de dominar al otro para menoscabar su dignidad.

CAPÍTULO V

5. EL VALOR DEL BUEN VIVIR

5.1. Vivir bien

Todos los seres humanos estamos llamados a incorporar en nuestra vida un lugar adecuado y digno en el mundo que nos permita, a partir de ciertos principios fundamentales, vivir bien.

Vivir bien es llegar a practicar aquello que nos identifica como humanos; somos seres que pensamos y actuamos activando la realidad que nos corresponde vivir. Sin embargo, este vivir bien a veces se lo confunde con la “buena vida” que pretendemos darnos a partir de nuestros caprichos, y no obedeciendo a nuestros ideales más íntimos.

Si nos proponemos vivir al ritmo de nuestros impulsos, lo que hacemos es rebajar nuestra condición humana. Nuestro patrimonio espiritual no se fortalece desde los impulsos o desde lo meramente útil.

Nuestra naturaleza humana está encaminada hacia lo más excelso, y esto lo vamos logrando en la medida en que obramos ordenadamente, sabiendo que lo que hacemos es bueno moralmente porque le conviene a la integridad de nuestra naturaleza humana que es perfecta. En verdad, nuestra naturaleza humana es la primera y la más fundamental perfección de todos los seres existentes, aunque todo cuanto existe es perfecto por el mismo hecho de existir y de mostrar su propia realidad.

Por supuesto que nuestra perfección humana está como en potencia, es decir, en capacidad de ser mejor, de ser más. Somos perfectos porque estamos totalmente terminados, es decir, hechos para actuar como personas. Por esta razón somos la

existencia misma encaminada, desde la perfección, a vivir en plenitud; por eso, nuestro mayor bien es que existimos en perfección; de ahí que, las malas acciones no son más que un viaje a la nada, a la anulación de esa perfección, que siendo todo bondad, no puede ser mancillada.

Vivir bien, por lo tanto, es ese ser en camino, no a la nada, sino hacia la plenitud de sus acciones sin perder el sentido de su existencia que se fundamenta en el conocimiento consciente de la realidad con todas sus circunstancias. No puede haber rectitud humana si no se conoce la realidad para transformarla, incluso para corregir nuestros errores y aprender de ellos para dar forma a ese vivir bien que no es otro que fundamentarlo desde la dignidad humana en cuanto el hombre es co-creador de sí mismo. Pues, su perfección lo motiva a orientar su vida hacia lo mejor.

Como dice el filósofo español Fernando Savater: “Los humanos debemos proponernos estilos y planes de vida para poder vivir” (2003, p. 32), es decir, para vivir bien desde la libre y humana perfección de nuestras acciones. Al respecto, es muy elocuente, en el orden de aprender a vivir bien, la opinión, en cuanto perfectibilidad humana, que plantea el humanista italiano del renacimiento, Pico della Mirandola, cuando con brillante armonía teológica sostiene, imaginando que es Dios quien habla: “Te puse en el centro del mundo, para que descubrieras mejor todo lo que hay en él. No te he hecho ni celestre ni terrestre, ni mortal ni inmortal, para que tú mismo, libre y soberano artífice, te plasmaras y esculpieras en la forma por ti elegida. Tú podrás degenerar hacia las cosas inferiores, hacia los brutos; tú podrás regenerarte, según tu voluntad, hacia las cosas superiores que son divinas” (Savater, 2003, p. 27).

5.2. Vivir de manera expresiva

Cada ser humano aprende a bien vivir, a mal vivir o a vivir a medias dependiendo de las circunstancias con las que se encuentra en su vida. Ahora bien, si se quiere aprender a bien vivir es necesario pagar un alto precio por ello, y no me refiero al dinero o a la comodidad material para decir que aprendo a bien vivir. El buen vivir o bien vivir hace referencia a la trascendencia de los actos humanos; a la manera de pensar y actuar con la más alta calidad humana; al esfuerzo continuo y al arduo trabajo para hacer bien lo que siempre hay que hacer bien.

Y ese esfuerzo por bien vivir no consiste en “sacarse la madre” como dicen algunos, trabajando, por ejemplo “25 horas al día” y sudando “la gota gorda” hasta que el cansancio físico ya no puede más. Se trata de un “agotamiento”, es decir de un esfuerzo que al hacerlo me enorgullece, que me hace sentir bien en lo que pienso, en lo que digo o dejo de decirlo y en lo que hago, siempre con la plena conciencia de que el esfuerzo y el sacrificio puesto en la tarea propuesta vale la pena emprenderlo porque con ello, a más de sentirme bien, hago sentir bien a los demás.

Se trata, entonces, de un esfuerzo cualitativo, dignificante, granado, excelso, en el que puedo llegar a agotarme física y mentalmente; pero lo bueno es que lo hago de una manera expresiva y con gusto, es decir, con ganas de vivir; no viendo como transcurre la vida miserablemente, sino comprometiéndome y valorando racional y espiritualmente mi accionar con una actitud activa, positiva, llena de amor, de coraje, de valentía y con todo el apasionamiento para hacer de la vida un arte, es decir, con una adecuada disposición interior para hacer algo no por inercia ni mecánicamente, sino con una visión personal y desinteresada que me permita definir el sentido y el más elocuente significado de lo que queremos lograr cuando pensamos y hacemos

algo.

Todo cuanto hacemos artísticamente, es porque está por encima de lo mediocre, de lo superfluo. Lo artístico nos eleva en dignidad, nos fortalece el alma, nos proyecta, nos compromete, y no nos permite alejarnos de la belleza ni de la armonía con la que se emprenden las actividades diarias, por cotidianas que éstas sean.

Y por más que un hecho sea destructor, nuestro talante no nos permite acercarnos a la fatalidad, a la indiferencia, ni a aceptar lo trágico como algo que ya no tiene remedio. Al contrario, frente a lo malsano, a lo funesto, a lo corrupto, al deseo de lo vago y de la pereza que todo lo destruye, el que actúa artísticamente, es decir con armonía, con una buena cabeza y con un buen corazón, le da sentido a lo azaroso, a lo grotesco y a todo aquello que quiera perjudicar no sólo a la persona sino a la sociedad en la que vive.

Si las desgracias nos quieren corroer el alma, hay que aprender a “levantar la vela” para aprender a descubrir algo por lo cual nos damos cuenta que vale la pena vivir, a pesar de lo difícil que puede significar vivir en ciertos momentos nefastos y que a veces nos quieren destruir física, síquica y moralmente.

Como dice la juventud, pongámosle ñeque a la vida para que nos ayude a enfrentar nuestra realidad y a permanecer vivos, actuantes, siempre con una actitud positiva para que entendamos lo que es mejor, y saber qué es lo que se debe o no se debe hacer.

5.3. Un buen estilo en el vivir

Cuando el individuo sabe reconocer cada acto humano como suyo, está asumiendo una tarea ética, que es indispensable para configurar un estilo de vida que le permita

vivir dignamente; por supuesto, no sin el “esfuerzo inteligente al servicio del equilibrio personal y social” (Ramón, 2007, p. 10).

Sólo una adecuada actitud ética nos permite el logro de nuestras realizaciones humanas, en razón de que a la realidad la podemos ver y analizar para escoger las más granadas posibilidades de realizaciones positivas. Cada ser humano necesita una brújula que lo oriente en el inmenso mar de posibilidades que tiene para realizarse para que sepa escoger lo que lo realiza y por lo tanto lo proyecta como auténtico ser humano, o bien inclinándose por aquello que paulatinamente lo va degradando.

Marina sostiene categóricamente “que la ética pudiera ser la más inteligente creación de la inteligencia humana” (2001, p. 11). Desde luego, como él mismo dice: “La ética no es el museo de las prohibiciones sino la máxima expresión de la creatividad humana” (2001, p. 11).

Desde épocas remotas, por su inteligencia y capacidad de libertad, el ser humano ha venido labrando paulatinamente un modelo de “homo ethicus” porque siempre ha tratado de salir airoso de los diferentes avatares de la vida, aunque a veces haya sucumbido en las más crueles maneras de responder frente a sus semejantes.

Acto tras acto la vida discurre gracias al potencial creativo que le caracteriza a cada ser humano para acomodar sus costumbres y acoplarse de la mejor manera en esa búsqueda constante de la felicidad a la que todos aspiramos.

Y si en este maremágnum de posibilidades tratamos de diseñar un mundo para que sea habitable, por supuesto que la ética salva a nuestra especie de los peores horrores y errores a los que estamos sujetos si no pensamos y actuamos con inteligencia para que no nos aniquile el mal, y más bien sea la elección de lo bueno en cuanto somos capaces de valorar la vida y de respetar su realidad para que sepamos qué es lo que nos conviene hacer y qué es lo que no debemos hacer. Sólo así será posible un buen estilo en el vivir como una de las más auténticas realizaciones humanas gracias al

potencial de nuestro talento creador.

Nuestra capacidad para inventar, es decir, nuestro talento creador, es infinito; tan infinito es, que para no atropellar nuestra dignidad humana, nos hemos inventado también la ética, sin la cual no sería posible la construcción de escenarios que nos sacudan de la inercia y del sin sentido que a veces puede atropellarnos y desubicarnos para que la vida fluya en su mejor expresión humana para dominar la realidad y hacerla nuestra en la medida en que aprendamos a conocerla para crear los más excelsos valores que son los que van configurando nuestro mejor estilo en el vivir.

Si la ética nos conduce a un buen estilo en el vivir, dejémonos seducir por ella; vayamos en su búsqueda constante. Tenemos un buen aliado: la inteligencia, que es la que nos mantiene en vuelo para que cada proyecto humano consiga ser realizado de la mejor manera, buscando siempre lo más adecuado y moralmente bueno.

5.4. Aprender a mejorar lo que somos

Antes que mejorar la apariencia que tenemos, es mucho más importante mejorar lo que somos. Se trata de una necesidad esencial porque activa lo humano para enriquecer notable y vitalmente la vida personal.

Cuando nos centramos en lo que somos, estamos buscando y afianzando principios que nos permitan confirmar nuestra personalidad humana en medio de las tradiciones de la cultura que son las que nos hacen reaccionar para actuar de manera eficaz en nuestro entorno.

Conocer, valorar, decidir, deliberar y actuar no son producto de nuestra apariencia, sino de lo que somos en cuanto nos vamos dando forma a sí mismos para ascender

hacia lo más alto de lo humano, o para descender hacia lo más bajo de lo inhumano.

El ser humano, por lo tanto, puede actuar de las formas más diversas, según sea su nivel de formación y de instrucción, sobre todo cuando sabe emplear a plenitud su inteligencia para expresar de manera creativa y muy peculiar sus experiencias vitales.

Cuantas más ideas se pueda generar frente a un problema humano, habrá más oportunidad para potenciar nuestra energía psíquica, y por ende nos veremos motivados a buscar las mejores soluciones. Por eso es bueno producir tantas ideas como podamos para no caer en la rutina. Y cuantas más improbables sean las ideas, cuanto más intentos hagamos para actuar de manera divergente, habrá más oportunidad para hacer bien lo que hemos emprendido.

Saber actuar dentro de un campo determinado, no desde la rutina, sino desde la creatividad, incluso desde la incomodidad, es contribuir a que la vida entera de esa persona sea más creativa. Ya no es la experiencia superficial lo que la motiva a emprender con el habitual estilo de las reglas y las normas que mecánicamente las puede aplicar por rutina, sino la firme convicción de la ilusión, del entusiasmo y de la seducción inteligente, debidamente elegida, para aprender a pensar de manera original, con rigor, o al menos de manera novedosa, para, desde la fluidez de las acciones acertadamente elaboradas, producir tantas ideas como sea factible para actuar con decisión, con empeño, con conocimiento e imaginación en el campo que a esa persona le corresponde actuar.

Que no se vicie nuestra condición humana de penalidades y de defectos que surgen de la fatuidad o de la ignorancia por no tener la posibilidad de conocer adecuadamente una cosa. Pues, cuando desconocemos algo o sabemos mal, corremos el peligro de mostrar nuestra torpeza y de vaciar ante el prójimo nuestro irrespeto y nuestra falta de consideración moral.

En cambio, desde la óptica de lo noble, y desde la conciencia de los más elementales

principios humanos, no sólo que se estimula la creatividad, sino que se potencia el deseo de la voluntad para confirmar nuestra mejor conducta humana que, iluminada por la inteligencia, responderá desde la más humana perfección para producir juicios y acciones acertadas que confirmen la grandeza de nuestra dignidad humana.

5.5. El valor de la felicidad

Como decía Sócrates, la desdicha del hombre radica en que calcula mal el valor de los placeres. Lo adecuado, lo ponderado, lo sereno, lo auténtico, lo bien pensado a través de nuestra inteligencia creadora nos permitirá que nuestra naturaleza humana considere a la felicidad como una cosa muy seria. Ya Epicuro, filósofo griego de la Antigüedad, lo dijo con mucho acierto: “No es posible vivir feliz sin vivir sensata, honesta y justamente, ni vivir sensata, honesta y justamente sin vivir feliz” (Marina, 2001, p. 91).

Centrar la vida en una auténtica felicidad consiste en un esfuerzo constante y permanente para no sucumbir ante lo fatuo, lo ridículo, lo intrascendente, y estar pendiente de las consecuencias que produce una acción determinada. En este orden, entra en juego el criterio de la previsión para saber direccionar y/o adecuar cada acontecimiento de conformidad con el grado de nuestra inteligencia creadora y el nivel de cultura que cada individuo posee en la mancomunidad de la comunidad o sociedad en la que vive, a la hora de actuar.

A pretexto de buscar la felicidad, el ser humano no puede precipitarse para responder al primer impulso que le dictamine su condición humana. No puede dejarse arrastrar por lo primero que se le ocurre sin que previamente se dé cuenta qué valor es el que va implícito en esa acción que va a ejecutar.

Cada ser humano tiene derecho a ser feliz, pero el logro de esta felicidad está enmarcado en la facultad moral que tiene con respecto a las cosas que le son debidas. No todo le está permitido por más libertad que tenga para emprender en una acción. La persona, si quiere lograr una felicidad adecuada, ponderada y altamente humana, en la que no esté implicada luego su desdicha por no saber actuar racionalmente y a tiempo, debe tener la suficiente entereza para convivir dentro de un proyecto ético en el que vea con suma claridad cuál es el poder moral que ejerce cada acción realizada.

Quien hace lo que quiere sin darse cuenta de cuáles son las consecuencias que están implícitas, no es consciente ni de su libertad ni de la felicidad a la que quiere aspirar. Una persona que así actúa, antes que buscar la libertad, y por ende su felicidad, está buscando la esclavitud. Pues, le será muy fácil dejarse llevar por sus pasiones, y por lo tanto, se dejará arrastrar por lo primero que encuentre en su camino sin considerar el grado de su inteligencia para que sepa discernir entre lo bueno o malo de sus acciones.

Solo una mirada digna, e incluso profundamente amorosa, debidamente pensada, nos reinsertará en la realidad para que nos podamos salvar de la insignificancia a la que nos pueden llevar nuestras acciones cuando no son coherente y moralmente asumidas.

Pues, si no nos reconocemos como sujetos creadores de la dignidad humana, no habrá manera de aprender a ser feliz. Y la mejor forma de hacerlo es bajo la consideración de un proyecto ético que debidamente razonado nos motive a pensar que desde la idea reguladora de nuestra inteligencia podemos entrar en contacto con el mundo que nos rodea para poner en juego la invención de nuestra calidad humana, pensando en que nuestra felicidad radica en lograr que todo bien humano se haga digno desde la mejor expresión de nuestra creatividad a través de la razón y de los ardores del corazón.

5.6. El buen juicio

La gente busca sentirse bien, ser feliz y aproximarse a la sabiduría cuando sus intenciones de acción están bien encaminadas.

Lograr un desarrollo armónico de nuestro potencial humano desde la bondad de las acciones y desde la exploración y el libre autodescubrimiento, generalmente nos permite generar actitudes empáticas con la gente que nos rodea, y éste es un buen principio de convivencia.

La amabilidad y el don de servicio si se los incorpora a la vida como un proceso dinámico de nuestra formación, y desde una autoevaluación permanente, nos encaminarán para que nuestro buen juicio sea el principio rector de nuestro bienestar y el de los demás.

Quien posee un buen juicio es porque tiene principios que lo motivan a tomar decisiones adecuadas para repudiar, por ejemplo, la simplicidad, el autoritarismo, el dogmatismo, la amargura, la normatividad y los prejuicios que aquejan a los individuos que poseen una mentalidad rígida.

La persona de buen juicio posee una mentalidad abierta, amplia y análisis crítico. Sabe observar la realidad para aportar con objetividad y sin exagerar sus dones: vive, trabaja y goza adecuadamente.

La persona de buen juicio no se avergüenza de las cosas que desconoce; trata de aprender lo que no sabe y sabe cómo profundizar en aquello que conoce; he ahí la virtud de la humildad: pues, no se pavonea con lo que sabe, sino que sabe aprovecharlo para desarrollar la competencia de ser más, es decir de ser mejor en cuanto se ve implicado en ser excelente no para poseer sino para ser.

Claro que la persona de buen juicio posee pero para ser. Posee el don del

reconocimiento para aceptarse tal como es, sin sobrevalorarse ni despreciarse. Desde esta óptica le es posible mantener una actitud sana que le permita observar y analizar cuidadosamente cada acontecimiento humano para atribuir los valores que adecuadamente les corresponden a las personas y a las cosas.

Por lo tanto, el ser de una persona con buen juicio posee el valor de la autocrítica para descubrir lo bueno y potenciarlo, pero también para descubrir lo inútil, lo peligroso, lo grotesco, la arrogancia, la soberbia y desecharlos a través del esfuerzo de la buena razón: sólo así es posible el autoconocimiento, de tanta valía cuando se trata de mantener una actitud crítica saludable.

El ser del buen juicio, además, se sustenta en el autocontrol, en el autoestudio y en la autoobservación. Desde esta posición puede reconocer sus defectos, opiniones e ideas, y sobre todo podrá reconocer otros puntos de vista de manera relajada para apreciar el valor que el criterio de los demás puede tener. Sabe también cómo discrepar para construir sus propias subjetividades dentro del entramado social y cultural en el que distintos intereses y perspectivas entran en juego para defender los intereses que les son propios a cada individuo.

Por lo tanto, el buen juicio ejerce un enorme poder en el pensamiento crítico que debe ser ejercido sin distinción de clases. Todos debemos educarnos en esta dirección, dado que el papel que cumple una persona de buen juicio no dejará de ser una herramienta indispensable para ayudar a mantener un buen equilibrio de armonía y solemnidad antropológicas.

5.7. Saber querer

Tratar de vivir síquicamente sanos es un esfuerzo de todos los días. Así como

cuidamos de nuestra salud humana porque nos alimentamos todos los días, es también un deber moral de todos los días cuidar de nuestra salud mental; pues, para construir nuestra personalidad necesitamos de todo lo bueno que la vida nos brinda, pero para ello es menester mucha voluntad, iniciativa, una formación permanente y un pensamiento flexible, analítico, reflexivo y riguroso para seleccionar aquello que contribuya a la construcción de una personalidad emocional y racionalmente equilibrada: tolerante, respetuosa, con talento y dispuesta para saber querer, es decir pasa saber emprender.

Saber querer implica pleno conocimiento de lo que hay que llevar a cabo, y el querer está relacionado con la buena voluntad para, de conformidad con la experiencia que con esfuerzo y cuidado se va adquiriendo, tomar iniciativas de solución frente a cada problema humano.

Lo que quiero hacer lo logro con esmero y con la capacidad necesaria para saber decidirme. En ello está en juego mi decisión para poner de mi parte todo lo que esté a mi alcance para lograr los objetivos propuestos. Nadie más, sino sólo uno es el que decide hacer de una o de otra manera las cosas. Los demás intervienen pero sólo para orientarme, darme pistas, pautas y maneras de vida, pero soy yo y nadie más el que vuelva su querencia personal para hacer o dejar de hacer algo.

Si me esfuerzo salgo adelante con mi proyecto de vida; si no lo hago, posiblemente pasaré a ser un estorbo para los demás, o al menos un don nadie. Claro, si no contribuyo en nada bueno no dejo de ser más que un parásito. Al no tener voluntad para emprender en algo noble se anula el poder querer, el poder decidir, el poder emprender y sobre todo el poder contribuir al robustecimiento armónico de mi personalidad, y con mi aporte, aunque modesto, al desarrollo de la sociedad.

No hay nada más fructífero que saber que sí podemos emprender en lo que decidamos ser y en la medida en que queramos llevarlo a cabo. Todo depende de

nosotros para tener intervenciones altivas y libres para el buen desarrollo de nuestra existencia humana. En este orden, libertad, voluntad y talante nos abren el camino para conducir nuestro comportamiento por donde queramos llevarlo, sin dejar de considerar, por supuesto, las circunstancias que nos rodean, porque de alguna manera influyen a la hora de una toma de decisión.

Aprender a celebrar nuestra idiosincrasia humana desde el saber querer, es dar pleitesía al papel activo de nuestro propio destino de manera autónoma y responsable. Son nuestras energías las que nos permiten movernos hacia adelante para decidir a favor de nuestra propia construcción humana.

Cuando una persona se atreve a querer hacer algo es porque no quiere ser sustituida ni quiere ser cómplice de la resignación: es el protagonista de su propia actividad; su intervención activa construye porque se coloca como sujeto participativo, no dependiente ni mendicante. No es la delegación ni la sustitución; es la participación, por insignificante o poco importante que sea, la que retribuye la validez y la calidad de la existencia humana.

5.8. Narración, tiempo y memoria

Cada ser humano es producto de sus propias elecciones. Su accionar está comprometido con lo que elige ser en la vida. El presente que vivimos es consecuencia de nuestro pasado. El presente está dinamizado por la huella del pasado, y en la medida en que el pasado influye en el presente el futuro aparece como expresión de sana vitalidad.

Mirar hacia el futuro cuando se trata de elaborar una elección de vida es retomar y valorar el pasado en un presente que nos seduce desde los recuerdos que en la

memoria aparecen para recrear, reacerar y reunir lo que vemos que desde la experiencia presente nos puede servir para reacomodar nuestra personalidad.

Ningún presente puede existir sino es desde el retorno del recuerdo; éste, dependiendo de cómo aparezca en el presente nos proyecta al futuro. Gracias a los recuerdos, es decir al pasado, podemos vivir y valorar el presente. La compañía del recuerdo nos permite vivir y valorar lo que recordamos. Por ejemplo, por el recuerdo nos sentimos más cerca de los que están ausentes. ¡Qué manera de pensar analizando los actos pasados en un presente en que no está presente a quien se quiere y se ama de verdad! Su recuerdo, aunque sea nostálgico, nos acerca en esa ausencia en que no hacemos más que valorar lo vivido.

Desde el recuerdo podemos darnos cuenta de lo bueno y de lo malo que se pudo haber vivido en esa presencia que ya no es tal pero que nos permite proyectarnos al futuro. Cuantos ausentes piensan y reflexionan sesudamente lo vivido para rectificar, y cuando sea propicio el encuentro, es decir en un futuro que luego se convierte en presente, retornar a la persona amada que aparece una vez más frente al otro que vive añorando el reencuentro.

La memoria está presente pero es retorno, es decir es pasado. Es una especie de misterio porque nos está alimentando continuamente para poder vivir el presente sin que nos demos cuenta que nos realizamos gracias a ese potencial de vida que tiene para que desde un presente continuo que inmediatamente se convierte en pasado, podamos enfrentar el futuro que, cuando llega, no deja de ser un presente con un pasado que es posible vivirlo por la necesidad que sentimos de estar narrando los recuerdos.

El recuerdo, en consecuencia, no es más que una narración continua de nuestra vida que nos fortalece para que esa narración, es decir ese acto pensante, se convierta de narración en representación. Entonces, lo que hacemos de la vida no es más que una

representación convertida en acción escénica que aflora en el presente con toda su carga emocional.

Antes de la acción el ser humano revive una serie de narraciones que le conceden la alegría de retomar recuerdos preciosos o de revalorar, con pesar, recuerdos dolorosos. Desde estos recuerdos revive el ser humano, se da cuenta que tiene vida -que no es otra cosa que tener memoria-, y por eso se fortalece en el presente para que su actuación o representación escénica pueda asumir el papel que le corresponde representar o vivirlo según sean sus modos de recordar su propia historia. Sólo que, de esos recuerdos debe obtenerse una narración válida y digna para vivirla desde un trabajo común de acciones que beneficien honesta y lúcidamente a cada ser humano.

CAPÍTULO VI

6. EL VALOR DE LA ALTERIDAD

6.1. Aprender a convivir con los demás

Todo encuentro humano es enriquecedor; siempre deja una huella de su acontecimiento; se trata de una relación intensamente personal en la que no basta sólo la presencia en sí de uno, sino el modo como se está presente.

La riqueza de la existencia humana está en que surge un encuentro para la convivencia; nos sentimos protegidos, tomados en cuenta cuando aparece el prójimo; pues, prójimo es otro ser humano, igual a uno, sobre todo bajo el concepto de solidaridad. Si alguien está junto a uno, hay que aprovechar esa presencia, no para el oportunismo sino para la realización más plenamente humana.

La presencia de alguien es quizá una de las necesidades más profundas para que la convivencia personal tenga sentido. Nadie puede vivir marginado, aislado; pertenecer a una grey, a un grupo humano, es lo que más nos potencia para sentirnos realizados.

Por eso es vital la calidad e intensidad con la que esa relación aflora en el marco de una estructura de comunión adecuada, y en consonancia con nuestra condición bio-psico-social y espiritual que son realidades humanas que conforman el yo de nuestra vida para que se realice a través del tú.

El tú es el principio básico de nuestro yo. Éste no puede existir en soledad. Por eso el filósofo M. Buber (Colombero, 1994) señala que el yo es yo solamente en el yo-tú para que pueda existir. El yo-tú es una unidad, inseparable. Llego a ser yo, o mi yo es yo, es decir llego a ser lo que soy gracias a la relación con el tú; si el tú, es decir el otro, no está presente, el presente no es propiamente real, efectivo y realizable, no

tiene sentido; la presencia del otro vitaliza nuestro presente, lo confirma, le da fe. Por eso llega a tener tanta profundidad y sentido la existencia del individuo creyente cuando el yo llega a relacionarse con el Tú Absoluto, Trascendente, es decir, con Dios.

En efecto, la relación de mi existencia humana radica en aprender a exponerme a los demás, y qué mejor si es a Dios porque se trata de un Tú, de un Otro muy especial, demasiado enriquecedor, de manera que cuando se compenetra en uno, en el creyente, no sólo crece la relación con Él, sino también con el prójimo, con nuestros semejantes que son los que, en conjunto, nos dan seguridad y nos garantizan la solidaridad en la necesidad.

Los otros: Dios, el prójimo y el cosmos son el gran tú que nos liberan de la terrible angustia que sentiríamos al saber que estamos solos, sin nadie que nos proteja del peligro que implicaría saber que no hay nadie a nuestro lado.

En este orden, toda la tradición cultural que portamos no es sólo con nuestro esfuerzo personal, es gracias al tú, al gran conglomerado de la raza humana y de la gratuidad divina que nos motivan para la búsqueda de la trascendencia, para la adquisición de nuestras metas y para la sana ambición de lo que queremos llegar a ser.

Consideremos, entonces, al tú, no como un límite ni como un peligro; no se trata de un enemigo sino de una fuente de promoción y de realización al más alto nivel humano y divino para crecer y coexistir dignamente.

6.2. El valor del reconocimiento

Entre las necesidades primarias que tiene el ser humano está la de ser reconocido por

alguien que valora nuestra individualidad, es decir, nuestra manera de ser. Alguien que primero nos conoce y luego nos valora y decide aceptarnos: este es, por ejemplo, el principio de la familia.

Y es que cuando alguien nos acepta entramos en un enorme alivio existencial: ser reconocido porque ante alguien significo algo que me ahuyenta del temor a la soledad y de otros peligros que me pueden amenazar cuando nadie me reconoce.

Cuanto más me adentro en un ser humano, más posibilidades tengo para aceptarlo y para aprender a vivir no sólo individual sino colectivamente. La certeza de que alguien está allí no para amenazarme sino para darme la mano, para brindarme su gracia, su donaire, es saber que tengo la seguridad para confirmarme en la vida con desenvoltura. Llegar a sentir de que todo me es familiar es aprender a sentirme en casa; así surge la reciprocidad como un valor supremo de interacción social que mueve al mundo en un vaivén de reconocimientos que nos permiten afirmar la educación, la cultura y todo el bagaje de costumbres que caracterizan a una comunidad que con certeza puede organizarse para enfrentar, por ejemplo, las amenazas que surgen cuando aparece un alguien que no sabe reconocer lo que una comunidad o un individuo ha podido construir para vivir dentro del campo de la armonía y en consonancia con todos quienes se sienten reconocidos para enfrentar la vida en condiciones que nos permitan vivir en paz.

Sabiendo que soy reconocido ante alguien puedo movilizar mis energías con más facilidad y con plena confianza para enfrentar la inseguridad, la tristeza, el dolor e incluso la infelicidad, que por cualquier circunstancia, a veces, nos golpea fuerte en la vida.

En este orden, la religión cumple un papel de enorme reconocimiento antropológico y teológicamente: Dios nos da la seguridad de confiar absoluta y plenamente en Él porque sabemos que tiene un interés personal en cada uno de nosotros. Cuando el ser

humano no encuentra seguridad en los hombres busca con más intensidad a Dios, y desde Él tiene la certeza, por ejemplo, para practicar el valor del altruismo: brindar todo de sí a los demás sin esperar ninguna recompensa a cambio.

Como dice Hens Asmussen: “Hablar con Dios es mucho más importante que hablar sobre Dios” (s.r.), sencillamente porque en el diálogo se da el reconocimiento recíproco que es enormemente benéfico porque se trata de un encuentro con personas que saben escucharse. La presencia de Dios, en este caso, contribuye a reafirmar el valor del encuentro, es decir, del reconocimiento. Su presencia es un recíproco reconocimiento, pero siempre y cuando, como sostiene Parrilla: “Sólo en la medida en que creemos espacios de encuentro, de comunicación, de corresponsabilidad, seremos capaces de llegar al corazón del hombre, de asumir su vida y su historia y de proponer a Jesús como salvador capaz de redimir lo humano” (1998, p.7).

En verdad, el valor del reconocimiento está en el corazón del hombre que es el mejor signo de la vida cristiana, siempre y cuando, en opinión del mismo Parrilla: “Si el Dios que anunciamos no toca al ser humano no es creíble. (...) Dios llama a todos los hombres y elige a aquellos que se abren a su amor, sin más mérito ni condición que su radical apertura a la gracia” (1998, p. 6).

En consecuencia, abrirse al amor de Dios, nos da el valor para abrírnos al amor humano y por ende al reconocimiento del prójimo, dado que el amor divino se convierte en una fuerza viva, plena y conscientemente asumida, capaz de subvertir las entrañas de la vida y de la historia del hombre.

6.3. El temor ante los demás

El ser humano está destinado a cuidar su vida y la integridad de su propio ser. Por eso se siente protegido cuando está en medio de los demás, pero también siente temor pensando en el daño que le podrían hacer.

Aparecen así dos maneras para responder ante los demás: el miedo y la confianza. Del instinto de conservación surge el miedo. Es tanto el cuidado que tenemos para conservar la vida que en cuanto notamos la presencia de algún peligro el miedo nos paraliza o nos prepara para defendernos. Por ejemplo, lo desconocido nos incomoda, nos preocupa y tratamos de evitar esos espacios con los otros que no conocemos.

Mientras que en el encuentro interhumano no aprendamos a conocer bien al otro, es la cautela la que nos prepara para abandonar el miedo del encuentro. El miedo al otro es porque lo creemos distinto: podemos pensar que es superior o mejor que nosotros; por eso nos da temor de salir inferiores o perdedores. Como desconocemos el terreno en el que los demás se mueven, por lo tanto nos cuidamos porque pensamos que podemos salir maltratados, heridos, humillados, no tomados en cuenta y ante todo rebajados en nuestra condición humana; pues, sentimos una extraña esquizofrenia para compartir el espacio con los demás, lo que, como es sabido, nos imposibilita la oportunidad para el encuentro de una comunicación abierta y total.

El miedo, por lo tanto, nos lleva a desconfiar de los demás. Hay gente que por miedo a los demás, sobre todo a los desconocidos, prefiere estar a la defensiva; todas sus energías las encamina a defender su integridad; posee una imagen instintivamente negativa de todo cuanto le rodea; cree que todos son malos y peligrosos, o piensa que los demás están pensando que él es una amenaza para los demás. En estas condiciones, el que está a la defensiva de todo, no puede ser creativo y le cuesta

tener una salud mental adecuada para ver en los otros no una amenaza sino una oportunidad para realizarse.

Antes que pensar en el miedo que los demás pueden generar en mí, es mejor prepararse para un encuentro de lo bueno, de lo humanamente realizable. La actitud defensiva de decir que “tú eres malo mientras no me demuestres que eres bueno”, vale cambiarla por un sentimiento de apertura y confianza en los demás, diciendo o asumiendo positivamente de antemano que “tú eres bueno mientras no me demuestres que eres malo”. Una actitud así nos lleva al encuentro, y en esa óptica se puede ser más creativo, más confiado y con ganas para vivir en medio de los demás con naturalidad y optimismo.

Pensemos siempre en que más son los buenos que los malos; por lo tanto, vayamos al encuentro de los demás para favorecer un diálogo gratificante, sereno, lleno de amistad y sabiduría. Una actitud así nos vuelve más creativos, más responsables de nuestros actos, más saludables, más pensantes, más armónicos, más coherentes, más rebosantes de vida y menos propensos para la amargura, la humillación o la tristeza.

La ausencia del miedo es la presencia de la confianza; las energías positivas se encaminan a fortalecer nuestra más genuina expresividad dialógica y un encuentro auténtico, ante todo para aprender a escuchar y a dialogar con fluidez hasta volvernos expertos en la intercomunicación humana.

6.4. Saber escuchar

Una manera de avanzar en el desarrollo de nuestro crecimiento interior, tan venido a menos en la sociedad postmoderna, surge cuando somos conscientes del modo en que estamos presentes ante los demás y, ante todo, cuando sabemos reconocer que los

demás tienen el derecho a expresarse sin forzarlos para que actúen como a uno le interesaría que respondan. Que sepamos reconocer que los demás tienen criterios valorativos que nos pueden servir para aprender a encontrarnos con esa presencia que sabe ahuyentar la soledad y así poder entrar en sintonía con los otros que no dejan de ser un nosotros cuando a través de nuestra actitud correcta logramos entrar en armonía para la compartencia de lo noble y del fruto de la sabiduría.

Y cuando el ser humano se comporta así, entonces hay cabida para la convivencia armónica, según el siguiente pensamiento italiano de autor anónimo: “Tu silencio es suave, tu hablar oportuno (a propósito), tu oración secreta; la conciencia de lo que vales, muy real; tus modales son humildes; tu alegría, controlada; tu deseo, el de jugar amablemente con un niño” (Colombero, 1994, p. 158).

La armonía del encuentro y no del aislamiento, la necesidad de sentirnos presentes y no rechazados; saber que estamos vivos y no muertos en vida; tener conciencia de que existimos para vivir la vida sintiendo la necesidad profunda de tener a alguien con quien encontrarse y saber hablar, es decir saber estar presente ante el otro que es quien confirma nuestra existencia, no deja de ser un alivio existencial; es más, no deja de ser una hermosa bendición. Pues, no hay condena más inhumana que la de no tener con quien compartir nuestra humana existencia, sin nadie que nos pueda escuchar.

Y en estas anheladas relaciones interhumanas aparece la noble actitud de saber hablar y de saber escuchar. La palabra para el encuentro, para el amor, para la alianza, para el contrato, para la ley, para la promesa, para la oración, para la poesía..., nos hace humanos, pero para ello necesitamos de un pensamiento sensible para que no se atrofie la excelencia de nuestra idiosincrasia humana.

En este orden, el no saber escuchar adecuada y oportunamente, el no darnos cuenta que la escucha “es un gesto de amor refinado” y que nos ofrece la mejor hospitalidad

de la correspondencia, del respeto y del acercamiento para el encuentro profundo, es, en cierto modo, una manera de rebajarnos en nuestra más excelsa condición humana.

No se puede escuchar si no se siente la presencia del otro, si no se valora su manera de ser. El que habla lo hace con su interioridad, y el que escucha debe hacerlo también con su interioridad. El saber escuchar nos permite vivir porque, de parte y parte, hay la puesta en marcha de esa inversión de energía activa que nos permite realizarnos de modo que cada participante siente que se trata de una presencia viva que vibra en cada ejecución del habla y de la escucha.

El saber hablar y el saber escuchar necesita de un acto intencional, en cuya relación interviene la voluntad para estar vigilante, atento y actuante a la manifestación de nuestra competencia interior que no es otra que un profundo acto espiritual y de inteligencia mental que, armónicamente combinado con la cultura, la educación y la formación que poseemos, nos permite volcar toda nuestra interioridad concienical hacia un campo exterior en el que hay un alguien que como testigo fiel estará dando fe de lo que constituye nuestra presencia en su presencia.

El contexto del habla y el contexto de la escucha deben llegar a ser el gozo de aprender a entendernos y a respetarnos. Sólo que, previa a estas dos manifestaciones (el que habla y el que escucha) debe haber un acto de meditación y de reflexión pensante para que la interioridad no esté ausente y para que el silencio del alma no se deje apabullar por el mero bla bla que a veces resuena sin son ni ton. Sólo un auténtico contacto de encuentro, de sentido y de presencia humana sensible y autocrítica le dará el valor que el habla y la escucha se merecen.

6.5. Ser esperado

Si ser reconocido como persona tiene mucha valía, ser esperado la tiene más, porque es estar presente en la mente y en el talante de alguien que mantiene viva la esperanza del encuentro.

La espera es la fuente viva de la certeza; la llegada próxima o lejana no deja de ser real; el anhelo de esa llegada real en un aquí donde uno está cómo no va a ser de enorme trascendencia para el que espera y para el que llega.

Pensemos, por ejemplo, en nuestros migrantes, que al dejar su patria y su familia, alguien queda pendiente de su retorno. Aunque el dolor puede ser inmenso para el que se va y para el que espera, no es menos cierto que el hecho de considerarse esperados, les da el valor para enfrentar su nueva realidad.

Y aunque en el caso de un migrante, la espera puede ser de años, más se intensifica el ansia de esperar y ser esperado y lo que significa en lo más profundo del corazón el esperar y ser esperado. Como sostiene Colombero: “La espera es una voz; su fuerza es misteriosa como la voz que llama” (1994, p. 191). Así fue de misteriosa la voz y la presencia de Penélope en la larga espera de su amado Ulises en la inmortal epopeya de Homero, **La Odissea**.

El deseo de que todo salga bien mientras dura la ausencia; los ojos de la mente que no dejan de pensar en el ser amado, en el ser deseado, alimentan diferentes sensaciones: ánimo, esperanza, agrado y emociones muy variadas para recordar al ser ausente pensando en su lejanía pero también en la profunda cercanía que significa esa presencia singular que algún momento se hace efectiva con el retorno, con el aquí estoy delante de ti. Por eso el dolor es inenarrable cuando la espera no se cristaliza: la muerte del ser querido que nunca más vuelve físicamente a nuestra presencia; sólo nos conforta la presencia de su recuerdo imborrable para siempre; su recuerdo es una

nueva forma de espera en la eternidad.

En cambio, que sensación para más agradable saber que alguien nos espera. Eso le pasó a Ulises, saber que su amada lo esperaba y por eso la fortaleza que tuvo para vencer todos los obstáculos que no dejan de ser unas sabrosas aventuras que el lector las disfruta plenamente en la obra literaria aludida. El mundo humano gira en torno a la espera. Y qué desolación para más sentida cuando sabemos que nadie nos espera. Se trata de la peor soledad que puede experimentar el ente humano, no porque no se tenga a nadie cerca, sino por esa sensación de malestar interior que el alma experimenta al saber que nadie nos espera.

La vida humana es enormemente significativa cuando se alimenta de esperas nobles, auténticas, profundamente valorativas, como la de Penélope. Esa relación con los demás, cuando es sana, cargada de promesas, de esperanzas y de todo género de valores, es lo que nos hace sentir vivos, sobre todo porque sabemos que somos alguien.

Basta con saber que uno es esperado y el mundo cambia; pues, me nace el deseo de seguir viviendo, de compartir porque sé que alguien me considera sujeto de bien, y por eso me esmero por ser portador de lo bueno, de lo alegre, de lo que tiene sentido, de lo que enaltece. La espera, en algún sentido, me vuelve moral. Claro, ese sentimiento de ser esperado, me devuelve la vida, me fortalece, robustece mi condición humana.

Por eso la familia tiene un enorme valor, un poder energizante para salir adelante, porque sabemos que en casa alguien me espera para compartir penas y alegrías, sufrimientos pero también felicidad, fracasos pero también triunfos. La persona que nos espera nos infunde fuerza, nos da valor. ¡Qué tierna y qué hermosa la expresión del hijo o hija para su padre o su madre: vuelve pronto, que Dios te bendiga, te esperamos, nos haces falta...!

CAPÍTULO VII

7. EL VALOR DE LO ESPIRITUAL

7.1. La dimensión espiritual del silencio

¡Cuánto silencio nos hace falta para aprender a vivir en una sociedad que se ahoga en medio del bullicio y de tanta alharaca verbal sin ninguna trascendencia que no sea la de tratar de vivir con la mejor comodidad, sin que haya un esfuerzo considerable de por medio para educarnos en la práctica de tantas cosas buenas que sí tiene la vida y un buen puñado de gente noble que trata de vivir aportando con todo su talante intelectual y espiritual para que la sociedad aprenda a vivir dentro del marco de infinidad de valores que ella misma ha construido a través de su largo historial humano!

Entre tantos y nobles valores para una efectiva convivencia humana está el del silencio, tan venido a menos en la llamada sociedad postmoderna de la información.

O será que frente a tanta información que no ha podido ser procesada como conocimiento, peor como sabiduría, el silencio se ha visto apabullado, lisiado, sin ánimo para levantarse y para que pueda cohabitar quedo, tranquilo, sereno y en remansa paz en el interior y en el corazón del alma humana que urgente necesita acostumbrarse a hacer silencio dentro de sí para que se le haga fácil también guardar silencio frente a los demás.

Por el mismo hecho de que la sociedad se ha visto obligada a vivir en medio de tanta bulla, de tanto ajetreo, es que necesitamos de espacios de silencio para repensar la vida y por ende nuestra frágil condición humana, y todos los hechos y acontecimientos que sin medida fluyen y fluyen en un vaivén de “ires” y “venires” que ofuscan y atolondran a todo ente viviente que, como preso desaforado, convive

en las selvas de cemento que con el nombre de ciudades o metrópolis se están convirtiendo en una bomba de tiempo; pues, frente a tanto bullicio y libertinaje desmedido, tarde o temprano estas ciudades terminarán explotando sin dejar en pie a nadie que quiera retomar la magnanimidad y la elocuencia del silencio para que puedan crear espacios y lugares adecuados dentro de sí que nos permitan hacer reflexiones sesudas, plenamente enmarcadas en una dimensión espiritual para que pueda distinguirse lo que vale de lo que no tiene sentido humano.

Que aprendamos a pensar para qué está hecha la vida, para qué estamos llamados los seres humanos, en qué podemos contribuir según los talentos que Dios nos ha dado, por qué tenemos que desperdiciar la vida en actos que no tienen proyección humana, a dónde va la sociedad si todo el mundo camina a la deriva, desesperado, esquizofrénico y estresado hasta el cansancio, y con ganas de morirse antes que de vivir para compartir dichas, amor, felicidad y un adecuado posicionamiento emocional para desparramar dulzura, perdón y solidaridad a raudales.

El silencio es una experiencia de conciencia que permanece vigilante ante el fluir de la vida personal y social, y que unido a la humildad se revierte de una misteriosa solemnidad para comunicar y revelar el mundo interior que siempre está atento para la donación, para la atención, para el aporte noble, para la comprensión del mundo humano y para el cuidado de nuestro yo que hace el esfuerzo espiritual para entender el fluir de la vida y poder vivirlo con la solemnidad que mi majestuosidad humana me permite.

7.2. La fe del carbonero

Me atrevo a señalar que cuando se prescinde de Dios, todo sigue igual o peor que antes. Es necesario, aunque sea en principio, practicar la fe del carbonero, para luego,

con esfuerzo personal en la acción humana sana, en el estudio constante y en la piedad u oración permanente, crecer en la búsqueda de un pensamiento crítico que nos permita superar prejuicios y especulaciones baratas y antojadizas que no nos permiten robustecer nuestra creencia en el Ser Absoluto.

Con mucho acierto el sacerdote jesuita colombiano Alfonso Llano Escobar señala que “con la expresión ‘fe de carbonero’ se suele designar la fe ingenua, popular y sencilla del católico tradicional, rico o pobre, que por siglos ha vivido en una tranquila posesión de la fe, sin dudas ni cuestionamientos, sin antagonismos entre ella y la ciencia (...)” (2008, p. 46).

Pareciera que esta actitud, en principio, no hace daño a nadie, pero dadas las condiciones en que vive la sociedad actual, llena de tanta información –que muy pocas veces se traduce en conocimiento y sabiduría- y desarrollo científico-técnico, nos induce a que, desde la creencia en Dios, vivamos nuestra fe como un acto extraordinario, no pueril, sino vivo, comprometido y actuante como lo es la Navidad y Resurrección de Jesucristo, por tomar al menos dos ejemplos, tan llenos de gozo y de una radical visión humano-divina que debe ser plenamente asumida por todo creyente cristiano.

Hoy más que nunca, es necesario dejar esa actitud pasiva de la fe del carbonero; pues no nos compromete a nada que no sea seguir como antes. Es urgente un creyente que sepa escuchar plena y conscientemente a Dios. Pues, como dice Joseph Ratzinger (el papa Benedicto XVI) en su libro sobre *Jesús de Nazaret*, “cuando a Dios se le da una importancia secundaria, que se puede dejar de lado temporal o permanentemente en nombre de asuntos más importantes, entonces fracasan precisamente estos casos presuntamente más importantes” (2007, p. 58).

Salir de nuestra fe de carbonero –respetando, por supuesto, a tanta gente profundamente sencilla que aún vive así- es salir al encuentro de lo que muy

acertadamente señala el teólogo en mención Alfonso Llano Escobar: “Creer es un acto personal y comunitario a la vez, vital y profundo, por el cual el ser humano acepta el don y la revelación que le hace Dios de sí mismo” (2008, p. 70). Creer y aceptar no desde la ceguera, sino desde el intelecto y desde el espíritu para poder asumir una actitud profundamente reflexiva y crítica, abierta y sincera, como la del científico y médico genetista Francis S. Collins, por ejemplo, quien en su libro sobre **¿Cómo habla Dios? La evidencia científica de la fe**, sostiene que “El Big Bang exige una explicación divina. Obliga a la conclusión de que la naturaleza tuvo un inicio definido. No veo cómo la naturaleza se hubiera podido crear a sí misma. Sólo una fuerza sobrenatural fuera del espacio y del tiempo podría haberlo hecho” (2008, p. 77). O la posición altamente reflexiva del filósofo alemán Immanuel Kant cuando escribió: “Dos cosas me llenan de creciente admiración y sobrecogimiento, cuanto con más frecuencia y dedicación reflexiono sobre ellas: el cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí” (Collins, 2008, p. 67).

Qué nobleza y qué altivez de un creyente para pensar así. Arriesguémonos, pues, a salir de la fe del carbonero o de la indiferencia en que vivimos, para comprometernos en una creencia madura y eficaz para explorar con más sabiduría, al menos, nuestra condición humana.

7.3. La humanidad de Jesús

Quizá una de las figuras más representativas a lo largo de la historia humana, y que recoge todo el componente humanístico, sea la presencia viva y actuante de Jesús de Nazaret.

Y por supuesto que para un creyente, el profundo humanismo de Jesús sólo tiene sentido desde el misterio de su divinidad. En la medida en que Jesús crece como

hombre, va creciendo en gracia de Dios y su divinidad se va revelando a partir de su humanidad.

Ahora bien, para quienes no somos teólogos, es un hecho que Jesucristo como misterio es inaccesible a nuestro conocimiento. Sin embargo, como laicos y creyentes equilibrados, nos queda claro que la divinidad de Jesús es inseparable de su humanidad. Por supuesto que, si exageramos en su divinidad, se corre el riesgo de opacar su humanidad, incluso de convertirlo en un mito especulativo. Por eso es importante partir del Jesús único que como hombre, históricamente sí existió, y que, desde nuestra condición de fe, es posible creer en la recta orientación que le da a la vida humana y a la presencia de Dios Padre, desde su palabra y acción justas, verdaderas, libres y profundamente motivadoras y comprometidas para creer en el amor, en la validación y descubrimiento del otro como persona. Y ante todo, y, fundamentalmente, es posible creer que Jesús, con su testimonio de vida, nos ha traído a Dios.

Al respecto, Ratzinger –el papa Benedicto XVI- nos dice que: “Jesús ha traído y, con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza y el amor. Sólo nuestra dureza de corazón nos hace pensar que esto es poco. Sí, el poder de Dios en este mundo es un poder silencioso, pero constituye el poder verdadero, duradero” (2007, p. 70).

Este poder silencioso de Dios se manifestó en Jesús como hijo del hombre, concebido y nacido como uno de nosotros. Pues, al creer en Él, desde un acto personal, vital y profundo, es posible aceptar el don y la revelación que le hace Dios de sí mismo.

Por eso su figura es única, inconfundible histórica y místicamente. Se trata de una personalidad extraordinaria cuyas características humanas siguen impactando a creyentes y no creyentes. Algunos de sus rasgos más trascendentes los perfila con mucha certeza Llano Escobar; aquí una síntesis:

Fino conocimiento del corazón humano; cercanía y sintonía con el entorno social; gran capacidad dialéctica, que se muestra en sus exposiciones y, sobre todo, en sus diálogos; notable sensibilidad estética y rica creatividad poética, que se aprecian en las parábolas; gran sensibilidad humana para percibir la situación del otro; carácter agradable; rechazo a toda clase de autoritarismo que suprimiera la libertad de los demás; autoridad firme y humilde; oración íntima con el Padre (2008, pp. 105-106).

Este es el hombre humano-divino que ante todo fue un volcán de amor, un verdadero hombre como nosotros, profundamente iluminado, adentrado y radicado en Dios. Y como dice Llano Escobar: “Jesús poseía la visión beatífica y gozaba de la presencia directa de Dios, lo cual lo había hecho impecable” (2008, p. 117).

Su humanidad, tan viva y palpable hasta hoy, o como dice José Luis de Pablo en su libro sobre *Jesús*: “Esta confluencia entre la imagen histórica y la cristológica permiten comprobar que ese Jesús humano y revolucionario no está tan alejado y distante del Jesús divino como a primera vista pudiera parecer” (2008, p. 184).

7.4. Miércoles de Ceniza

La imposición de la ceniza en la frente al fiel creyente por parte del sacerdote representa la voluntad de convertirse, de hacer el esfuerzo para actuar y responder conscientemente ante la vida de la mejor manera posible. No se trata de un gesto cualquiera; no es cuestión de mancharse la frente y seguir como antes.

Todos los días son de una enorme oportunidad para ser mejores; por esta razón, desde el signo de la ceniza, cuando el sacerdote pronuncia una de las tres frases: “Recuerda que polvo eres y en polvo te convertirás”, “Arrepiéntete y cree en el Evangelio”, “Concédenos, Señor, el perdón y haznos pasar del pecado a la gracia y de la muerte a

la vida”, nos está recordando lo grandioso que es vivir una vida con Dios y con el prójimo, incluso cuando nuestra corporalidad, con la muerte, se reduzca a la nada.

Pero, ¿por qué tiene que llevarse a cabo este signo de la ceniza, el miércoles, después del último día de carnaval? ¿Y, sobre todo, haciendo énfasis en la conversión y en el arrepentimiento? Porque carnaval significa adiós a la carne y a otros productos que los antiguos cristianos debían comer y no dejar nada para empezar la cuaresma, es decir, la preparación para la pascua de resurrección que se caracterizaba por un periodo de penitencia. De esta manera, poco a poco se fue haciendo costumbre organizar fiestas populares el martes anterior al Miércoles de Ceniza para consumir todos los productos que, de lo contrario, se dañarían por falta de una adecuada refrigeración. Como el martes había abundancia de productos, se organizaban grandes comilonas, festejos, desfiles, bailes y cantidad de algarabía y bullicios informales que con el transcurrir de los años se fueron degenerando, hasta convertirse, hoy en día, en festejos desenfrenados y alegres, en los que se exalta el placer de conformidad con las costumbres actuales que cada pueblo y nación cultivan con el ánimo de disfrutar al máximo.

Entonces, luego del gran jolgorio de carnaval, con el Miércoles de Ceniza empieza el acto penitencial con el signo de la ceniza visible en la frente del creyente, para que tengamos presente, después de tanto gozo, que “polvo somos y en polvo nos convertiremos”. Así, la arrogancia humana, después de tanto disfrute, da paso a la humildad, el reconocimiento real de lo que somos.

Estos días de cuaresma, por lo tanto, son días de preparación para la Semana Santa. La reflexión bien definida, el pensamiento elevado y correcto debe exaltar la personalidad del creyente, de manera que la conversión que se pretende conseguir tenga sentido humano y divino.

El creyente debe darse cuenta de lo que está recibiendo a través del signo de la

ceniza. A partir de este gesto se vive un tiempo de gracia y oración; Cristo, con su perfectibilidad admirable debe calar hondo en cada fiel que debe hacer de la tierra un verdadero cielo. Se trata de la conversión del corazón en los hechos cotidianos de la vida; para ello, el ayuno, la abstinencia y la oración contribuyen a evidenciar el sentido del amor pleno que cada creyente siente recibir a través de la gracia que Dios desparrama por doquier a cada criatura humana que sabe que así puede estar más cerca de Dios y del prójimo.

El ayuno consiste en comer una sola comida el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo. Y la abstinencia nos obliga a no comer carne en los días mencionados. Y la oración, como misterio de fe, nos sirve para relacionarnos con Dios para saber a dónde vamos. Como dice santa Teresa del Niño Jesús, en el Catecismo de la Iglesia Católica (1992): “La oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría”.

CAPÍTULO VIII

8. EL VALOR DE LA LECTURA

8.1. La celebración de la lectura

Llegar a amar los libros no es tarea fácil, así como no es fácil el amor de pareja o el amor que un padre o una madre brindan a sus hijos para formarlos adecuadamente. Se necesita valor, constancia, respeto y una alta consideración por el otro a través de un largo proceso educativo y de situaciones muy personales que nacen del corazón para brindar ese amor especial, sublime, afectivo y provocante para amar a alguien.

Así sucede con los libros, se trata de un amor especial, extático, fabuloso, por decir lo menos, en torno a una inclinación reverente, que nace de lo más profundo del ser para leer apasionadamente un tema determinado.

Mientras el lector no sienta esa visión especial, profundamente amorosa por los libros, no habrá lectura significativa que valga la pena; por eso la gente, sabiendo leer, no lee. Nuestros estudiantes, en todos los niveles educativos, si no están motivados, y si no hay las mejores condiciones anímicas, intelectuales, físicas y situacionales, no habrá poder que los promueva a leer con el corazón, con el amor en las manos y en el cerebro, y con la entrega voluntaria, ferviente, para adentrarse en un acto lector potencialmente contemplativo, cargado de magia y de una fascinación cuando el enamoramiento por la lectura ya ha penetrado en cada sujeto que sabe que al leer es poseedor de una experiencia gratificante, que le satisface porque descubre personalmente en cada acto lector la magia de las palabras.

Una correcta práctica lectora nos lleva al encuentro de un disfrute auténtico y creativo; pues, nos estamos sirviendo de un medio muy valioso para compenetrarnos en las diversas fuentes del conocimiento humano. Para leer, no importa el formato. El

auge creciente de las nuevas tecnologías de la información nos atrae para adaptarnos a una nueva promoción lectora, buscando todas las potencialidades y posibilidades que este medio nos brinda. Lo importante es que hayamos podido desarrollar unos hábitos lectores para leer donde quiera y como quiera. El lector que ya ha conformado unas competencias lingüísticas puede zambullirse sin temor por las aguas mansas o agitadas de cada palabra, de cada frase, de cada párrafo que ansiosos esperan la llegada de su amado lector.

Un activismo lector adecuado, constante, pero nunca rutinario ni impuesto, peor frustrante, como el amor desgastado de aquellos que ya no se aman; se trata de un acercamiento libre, voluntario y adecuado para compenetrarse en las diversas fuentes y recursos de información que están al alcance a través de los medios tecnológicos o en el formato tradicional del libro físicamente aceptado desde siempre y aún por la sociedad contemporánea.

Para que la mediocridad no nos aniquile, es necesario, es urgente diría, obtener el hábito lector, que no deja de ser uno de los más apasionantes que el género humano ha adquirido en la medida en que, paulatinamente, vamos desarrollando nuestra capacidad de reflexión crítica y de discernimiento para enfrentar la vida más plena, sesuda, feliz, comprometida y humanamente.

8.2. Lectura y sociedad

No creo que sea exagerado sostener que desde la lectura una sociedad construye un mundo mejor porque puede reflexionar sobre sí misma. Una sociedad que lee es una sociedad privilegiada porque puede, a la luz de su realidad, canalizar su proceso educativo como uno de los componentes vitales que cada individuo tiene –según los principios de la UNESCO- para aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a

vivir y aprender a ser, de manera que luego, adecuadamente iluminado por los grandes ideales humanos, ese individuo, y por ende esa sociedad, pueda aprender a emprender en las más diversas e infinitas posibilidades de las que el ser humano es capaz de llevar a cabo en el trajinar de su existencia.

Hay abundancia de información pero no hay abundancia ni calidad de lectores. Es necesario transformar tanta información en conocimiento para que prime la sabiduría, para que surjan los investigadores, los humanistas, los educadores y los científicos que tanta falta hacen en una sociedad convulsa y poco transparente en su accionar humano.

La vulgaridad, el ruido y el vacío intelectual están generando escasez de sabiduría, y por ende un vacío espiritual que ha trastocado los más nobles principios humanos. Una sociedad así, paulatinamente se va deteriorando, sobre todo en sus quehaceres político-democráticos, educativos, económicos y familiares.

Y es que llegar a amar los libros, es decir la lectura, es llegar a defender la vida y la sabiduría que en ella está inmersa. Por supuesto que los mecanismos para llegar a vivir como lectores no son nada fáciles. De ahí que una gran cantidad de individuos prefieren vivir desde la superficialidad, incluso desde el riesgo del aislamiento cultural y educativo.

La sociedad que vivimos es una sociedad de la información, y ésta, paradójicamente, no ayuda a formar lectores. El predominio de la imagen, el interés por lo inmediato y lo fácil, la comprensión rápida y vacua de mensajes en la televisión y en la internet, son, entre otros, factores que se contraponen a la lectura. Las habilidades lectoras exigen silencio, “tiempo, tranquilidad, interés y perseverancia para comprender un texto y disfrutarlo” (Marchesi, 2005, p. 17).

Además, una sociedad exigente y competitiva como la nuestra, exige también lectores competentes para enfrentarla desde una formación democrática, libre, ética y

reflexiva. Y en este orden no hay mejor camino para enriquecer nuestra personalidad que el de la educación en la lectura. Como acertadamente señala Marchesi: “La lectura nos pone en contacto con otros sentimientos, otras experiencias y otras vidas. Nos ayuda a distanciarnos de nosotros mismos, a viajar por el tiempo y por el espacio, a conocer nuevas culturas, a ser, de alguna manera, más humanos. La escuela y la lectura ayudan a romper la coraza del individualismo y a penetrar en los otros” (2005, p. 17).

8.3. El aprendizaje de la lectura

Como sabemos, a la lengua oral la aprendemos con suma facilidad de conformidad con el contacto maternal y familiar que hayamos tenido desde nuestro nacimiento. Por eso es que para aprender a leer debe haber un conocimiento al menos elemental de la lengua materna en su modalidad oral, y luego todo un proceso de aprendizaje sistemático de cada uno de los signos gráficos que la lengua escrita tiene y que, por supuesto, corresponde a toda una manifestación cultural que el lector debe asumir con la mayor concienciación que le sea posible para que pueda aprender con facilidad y con un marcado esfuerzo intelectual, para que el dominio de los signos escritos lleguen a tener sentido, y la lectura se convierta en el más eficaz y oportuno proceso de formación cultural a la que el ser humano tiene derecho para que pueda leer el libro de la vida y aprenda a adaptarse paulatinamente a los diversos procesos de desarrollo humano que la sociedad ha ido marcando paulatinamente en todo su largo historial.

Y así como en todo acontecimiento humano hay unas normas que regulan la conducta para que no nos gobierne el caos sino el orden, en el uso de la lengua escrita hay un conjunto de componentes lingüísticos que todo lector debe conocerlos para que pueda

comprender la diversidad de aspectos que de la realidad un especialista recoge e interpreta en un texto determinado. Así, la ortografía, la morfosintaxis, la semántica, la pragmática y, en definitiva, todo el componente gramatical de la lengua es básico para que, cuando pasamos la vista por cada uno de los signos escritos de un enunciado, se pueda hacer la traducción adecuada de esos signos que, si no los entendemos, no nos dejan ninguna huella síquica en nuestro cerebro.

Por consiguiente, “quien lee las palabras y oraciones de un texto debe tratar de asociar esa secuencia de letras y palabras al significado que quiso construir quien lo escribió” (Parodi, Peronard e Ibáñez, 2010, p. 51); sólo así será posible introducirnos en el mundo del aprendizaje, del conocimiento y de la cultura.

Y aunque este proceso lector a veces sea esporádico y lento, poco a poco no iremos preparando para enfrentar la marginación a la que estamos sujetos cultural, social, educativa, científica y emocionalmente por no saber leer.

Por lo tanto, la lectura tiene que convertirse en un proceso dinámico e interactivo entre el lector, el texto y el contexto, de manera que sea posible interpretar debidamente los signos escritos de la lengua, que lo que hace es comunicar significados, sentidos, ideas, sentimientos, acontecimientos, emociones e infinidad de dimensiones humanas que impactan, conmueven y producen diversidad de reacciones en el lector que, frente a un texto, le traza horizontes de vida, de entusiasmo, de creatividad y de toma de conciencia de su propia identidad. Pues, son palpables los caudales de compromiso personal que en el campo de su instrucción, de su formación y de su educación en general se llegan a evidenciar.

Un texto, por consiguiente, y sea de la índole que sea, es una unidad semántica con un significado coherente que se construye con el discurso que el escritor elabora para que el lector le dé la forma significativa de interpretación a la que pueda arribar.

8.4. Saber leer

Hay muchas razones por las cuales la gente no lee. Por lo regular se trata de personas sin ideales y sin optimismo para nada que no sea obtener poder y dinero a como dé lugar. Y de hecho, no lee el que no tiene mente positiva, y sobre todo aquel en que el optimismo se le ha enfermado gravemente. Y si no hay deseo y ganas de luchar con el mayor esfuerzo frente a lo que debemos hacer bien, no es posible encontrarle plenitud a la vida.

Y si siempre estamos con el pretexto de que pasamos ocupados trabajando o absorbidos en la dura tarea de vivir, no va a ser posible que la lectura se convierta en un apasionante proyecto de vida que sirva para favorecer las condiciones de vida personales, de manera que la ciencia, la cultura, la investigación y la educación nos sirvan para fortalecer los valores superiores de la inteligencia intelectual y emocional.

Infinidad de investigadores se han dedicado al estudio del problema de la lectura. Son muchos los interrogantes y la preocupación en todos los niveles educativos, sociales, culturales e ideológicos en torno a la lectura, sobre todo porque a través de ella es posible que se pueda ejercer más humanamente la democracia, la libertad, la autonomía, la política, la religión, la ciencia e infinidad de valores humanos que pueden llegar a practicarse con rigor y transparencia en el ámbito del pensamiento y de las mejores acciones cotidianas de la vida, si tuviésemos como objeto de vida el tema de la lectura; sobre todo hoy en día en que, gracias a los medios tecnológicos, la información se la encuentra de inmediato, de manera que el buen lector sepa que esa cantidad infinita de información, debidamente seleccionada y procesada, la puede transformar en conocimiento, y luego en sabiduría para que le sea adecuadamente útil

a él y a la sociedad en la cual ejerce a plenitud la presencia de su bien marcada humanidad.

Ningún ser humano si quiere vivir dignamente, debe desprenderse de estepreciado valor de la lectura. “El arte de leer debe ser entendido como la culminación de la capacidad que tiene el ser humano de unos signos para comunicarse y de intercambiar información con sus congéneres, en otras palabras, de vivir en comunidad, trascendiendo lo inmediato” (Parodi et al, 2010, p. 25).

Se puede hablar de la lectura como una herramienta tan vital, como el aire, el agua y el sol que son imprescindibles para que el ser humano pueda vivir. Y si a través de estos elementos conjuntamente con la alimentación material podemos vivir, aprendamos a vivir mejor con la alimentación espiritual de la lectura.

Ya lo dice Daniel Goldin: “La lectura es un acontecimiento, una experiencia que se vive en el tiempo, no sobre el tiempo, que es irrepetible y singular” (Roseblatt, 2002, p. 8). Y aunque a veces puedan faltar las condiciones materiales, las condiciones biológicas para leer están en casi todos los seres humanos: el cerebro y la vista, que son esenciales para que, dadas las condiciones educativas, sociales y culturales, estén en la capacidad de reconocer los signos gráficos, de comprender primero literalmente, luego inferencialmente y, finalmente, de valorar críticamente lo que leen.

Sólo así será posible salvarnos de la marginación a la que estamos sujetos si no asumimos adecuadamente el valor de la lectura como una grata realidad que se la ejerce todos los días de la vida, y sobre todo para que su dignidad no sea socavada por nadie.

8.5. Lectura y narración

Quien apenas lee, apenas vive. Y quien lee bien sabe que la lectura tiene un enorme poder de atracción y de fascinación por la vida. Y aunque la lectura sea una actividad compleja, es enormemente placentera y altamente formativa.

Como estrategia metodológica, la lectura no sólo fortalece las capacidades cognitivas, sino que puede favorecer el desarrollo de actividades afectivas y metacognitivas que llevan al lector a un ejercicio permanente de reflexión, de análisis y de construcción simbólica de significados personales, culturales, éticos, sociales y lógico-científicos.

Por eso, vale señalar que la lectura no tiene como objetivo único la comprensión de un texto escrito; si se desarrolló la habilidad metacognitiva, el lector está listo para el dominio de las estructuras narrativas que se potencian al más alto nivel de sensibilidad humana cuando se lee lo más selecto de la literatura: poesía, ensayo, dramática, y narrativa, fundamentalmente.

Adentrarse en el mundo de la narración, es estar dispuesto a la búsqueda de infinitud de sentidos y mundos posibles que sobre la vida se perfilan en cada circunstancia narrada.

Desde la ficción, un buen relato nos revela hechos de vida, acontecimientos diversos y circunstancias culturales y éticas de una realidad determinada que el lector las percibe no para saber lo que pasa en el texto, sino para sentir cómo queda él después de leer el texto. Por lo tanto, se trata de una experiencia estética que produce una transformación en el lector, dado que el texto narrado le produce una experiencia subjetiva, en virtud de que, desde la historia narrada, le ayuda a conocerse a sí mismo, a examinar el mundo, sus circunstancias y proyectos personales.

Por lo dicho, la lectura de la narrativa permite a un buen lector conocer puntos de vista diferentes, formas diversas de pensar, de actuar, de vivir, de soñar, de sentir y de analizar el mundo desde una historia ajena, que no nos pertenece literalmente, pero que, desde nuestra condición lectora nos puede conmover para ampliar nuestro universo de experiencias, para adentrarnos mejor en nuestra naturaleza humana, y ante todo para potenciar nuestros juicios de valor.

Si el relato nos transmite un cúmulo de riqueza estética, de valores culturales, de expectativas, de anhelos y de nuevas sensibilidades comunicativas, vale la pena que la educación formal tome a la lectura como un objetivo principal “para ayudar a toda la comunidad educativa a ampliar su conocimiento del mundo, a razonar, a comunicarse, a relacionarse y a comprender a los otros, a ser más creativos y a disfrutar con el mundo mágico de las palabras y de los textos” (Marchesi, 2005, p. 35). Pues, no cabe duda, el conocimiento, la sabiduría y la felicidad se encuentran en los libros.

8.6. Monterroso y la literatura

Leer y escribir es la tarea más humana y humanista que una persona puede ejercer para expresar una actitud vital y de enorme valor formativo.

La riqueza humano-espiritual de un lector está marcada, en gran parte, por el aporte intelectual que le han podido brindar una buena cantidad de humanistas que se han dedicado a la literatura, a la filosofía y a la teología. Entre ellos, permítanme mencionar al escritor guatemalteco Augusto Monterroso, quien, en una entrevista que le hicieran diez especialistas en literatura en el año 2000, y que está formalizada en un libro de Editorial Alfaguara, **Viaje al centro de la fábula**, nos comparte la profundidad de su pensamiento, que a continuación me permito extractar para que

aprecie la riqueza que en torno a la lectura y la escritura nos proporciona:

Soy más lector que escritor. Prefiero el ensayo, la biografía, libros científicos, algunos místicos.

Escribir no sólo no es una tragedia sino una alegría y un gran consuelo en la desgracia.

Vivir de escribir o para escribir contradice el buen sentido del humanismo, que no considera estas cosas como torturas sino como bienes.

Al escritor lo hacen sus conflictos internos y externos, sus miedos, sus ilusiones, el placer, el sufrimiento, las largas enfermedades, el amor, los rechazos, la pobreza, el fracaso, el dinero, la ausencia, sus posiciones ante el Bien y el Mal, la Justicia y la Injusticia; la vida, en fin.

Cuanto más ajeno a la literatura sea lo que uno hace para ganarse la vida, mejor para lo que uno escribe.

Escribir es muy fácil. Lo único que se necesita para hacerlo bien es inteligencia, sensibilidad y unas cuantas experiencias y encuentros con las personas y los libros adecuados.

No creo que las ataduras económicas impidan el desarrollo del escritor. El caso contrario es el cierto: por lo general los millonarios no escriben, y aun temo que en nuestro medio ni siquiera lean.

Para algunos tal vez la literatura sea una profesión, un trabajo como cualquier otro. Yo no comparto esa idea. El trabajo del artista es diferente de cualquier otro en razón de que no produce cosas necesarias, o por lo menos de necesidad inmediata.

El único problema del escritor es escribir bien (...) Escribir novelas, cuentos o poesía no es una ocupación seria. Por lo contrario, es una locura o chifladura que habría que

disfrutar como tal para que los demás puedan recibir parte de ese goce.

Imagino que la crítica está llamada a influir en el público, a orientar al público, no a los autores. Ningún autor serio cree en la crítica, a menos que ésta sea elogiosa para él o contraria a sus colegas.

Ninguna literatura sobrevive sin humor.

El lector debería ser consciente de los golpes que el escritor le lanza, librarse de ellos como pueda y jugar su parte.

8.7. La nueva gramática de la lengua española

El español de América es tan expresivo, abundante e ingenioso como el de España. La literatura americana en lengua española, a través de grandes exponentes como Gabriel García Márquez, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Carlos Fuentes, Guillermo Cabrera Infante, Mario Vargas Llosa, Jorge Luis Borges, Jorge Enrique Adoum, Tomás Eloy Martínez, Jorge Edward, Augusto Roa Bastos, Juan Rulfo, Augusto Monterroso, Juan Carlos Onetti, Mario Benedetti, José Donoso, Isabel Allende, Alicia Yáñez C., Graciela Montes, Laura Restrepo, Pablo Palacio, César Dávila Andrade, Jorge Icaza, Horacio Quiroga, Ángel F. Rojas, Andrés Neuman, y etc. etc. de grandes autores contemporáneos, ha contribuido enormemente para fortalecer el amplio espectro de nuestra lengua española.

Y, así mismo, son varios los estudiosos que desde el ámbito científico y humanístico se han dedicado al tratamiento y análisis literario, estilístico, normativo y descriptivo de nuestra lengua; unas veces haciendo estudios estético-sociales, rigurosos y críticos de las obras literarias; y, en otros casos, adentrándose en la investigación de campo, cuando se trata de recoger y estudiar el aporte que el pueblo culto, común, popular y

corriente brinda a diario en las pláticas de diversa índole que sustenta, en muchos casos, de manera espontánea, y con el ingenio que a cada individuo le caracteriza a la hora de hablar.

Y quizá, una de las instituciones que más se ha destacado por el estudio riguroso, actual y de confiabilidad académica y científica, ha sido la Academia de la Lengua de cada uno de los países del continente americano en donde se habla el español, es decir, casi en todo el continente.

En este sentido, es de enorme satisfacción saber que la Real Academia Española en asocio con las Academias de la Lengua de cada país de América ha unido esfuerzos para producir la **Nueva gramática de la lengua española** que se presentó oficialmente en Madrid, el 10 de diciembre de 2009.

Este enorme esfuerzo lingüístico de docenas de especialistas en el campo de la gramática de todos los países de América y de España sale a la luz pública a través de la Editorial Espasa de Madrid, y bajo la coordinación del académico español Ignacio Bosque, después de once años de estudio tesonero de las 22 Academias de la Lengua que, al producir esta nueva gramática de cuatro mil páginas dedicadas a la morfología y a la sintaxis, hoy nos brindan en dos tomos, toda una riqueza léxica, normativa y descriptiva, de unidad y diversidad del español, con una enorme atención al español de América.

Y para que el estudio de la lengua sea completo, en el 2010 se publicará el tomo de la **Fonética y fonología**, dirigido por otro académico de la lengua, José Manuel Flecua.

Queda así completa la vida de una obra monumental, y el esfuerzo de enorme trascendencia de las 22 Academias que por primera vez plasman una gramática académica con una visión efectiva, práctica, real y universalizada del idioma español.

Y como no puede ser de otra manera, este apremiante esfuerzo intelectual de las

Academias de la Lengua debe sumarse a nuestro esfuerzo personal para asimilar esta riqueza léxica a favor de nuestro largo proceso educativo y cultural, de manera que podamos contribuir al robustecimiento de nuestra lengua a través de una efectiva práctica comunicativa, de lectura y de escritura puesta al servicio del desarrollo humano.

Conclusiones

Cada uno de los ocho temas tratados sobre el valor de lo humano tiene la intención de contribuir al desarrollo de un pensamiento antropológico-ético-filosófico sobre la grandeza humana que la persona tiene para vivir con la más alta dignidad que le es posible.

Pensar la moral para un auténtico vivir es pensar en formas creativas para ser felices sin dañar la imagen humana de nadie.

Sólo desde una auténtica ética de la creatividad, el ser humano puede ordenar su conducta para que con entera responsabilidad pueda llegar a solucionar los problemas más vitales para que sea factible la creación de auténticos espacios que le permitan a cada individuo llegar a vivir con dignidad.

Gracias al potencial de la creatividad podemos gozar, en todos los órdenes, de lo bueno que la vida nos brinda en virtud del esfuerzo, la voluntad y la disciplina constante que las personas tienen para generar cosas buenas en todos los frentes de la actividad humana.

Es necesario que cada ser humano sepa canalizar su potencial creador para producir bienes que favorezcan material y espiritualmente a toda una sociedad. Pues, por lo regular, todo individuo creativo, si no se deja influir por el ego, aprende a llevar una vida ejemplar.

Una mente flexible, abierta, tolerante, altamente pensante, puede adaptarse al medio, y sobre todo puede contribuir para mejorar su calidad de vida y la de los demás. Una mente cerrada, terca, necia, rígida, poco tolerante, se enferma y es poco constructiva a la hora de opinar y de actuar.

Saber llevar la existencia humana por buen camino es arduo, pero al mismo tiempo

reconfortante. Se necesita optimismo y una mente positiva lo suficientemente flexible para no magnificar lo negativo ni dejarse absorber por el fatalismo.

No es desde la razón fríamente calculada que el ser humano puede manifestar todo el potencial de su humana existencia para actuar pensando que la vida florece mejor desde esta condición a la que a veces se reduce la inteligencia.

Lo importante para el desarrollo de lo humano es hacer las cosas lo mejor que se pueda, y disfrutar de ellas, porque el aprecio que en el orden y la belleza aparece en cada cosa asumida, es evidente.

Como persona y como espíritu, el sujeto toma conciencia desde la inteligencia para descubrirse ante los demás a través del diálogo interpersonal que lo lleva a la construcción de significados y de símbolos que le permiten adentrarse en el universo de las cosas y de los acontecimientos del mundo.

El ser humano es la palabra, es su lengua. Ella nos delata en nuestra mejor expresión humana o nos traiciona, a veces de manera vil, si no somos coherentes con los más elementales principios humanos a través de nuestro accionar cotidiano.

Toda palabra por insignificante o grandiosa que sea, afecta. Las palabras dinamizan la vida. El ser humano es la palabra andante que informa, que enuncia, que significa, que dignifica y dice un pensamiento a veces con una riqueza interior que abrumba y conmueve hasta dejar meditando al interlocutor. En otras ocasiones, la pobreza de las palabras es tan evidente que no contribuye al desarrollo de lo humano.

Así como las palabras tienen un enorme potencial humano para expresarse con elegancia y elocuencia, también el cuerpo humano posee una rica expresividad comunicativa con un lenguaje no verbal que desde los gestos se convierte en un lenguaje de la presencia, el cual requiere ser visto y escuchado de manera que se convierta en un lenguaje de encuentro y de diálogo.

Nada es aislado ni mudo; todo fluye en un ir y venir de mensajes constantes; así se van formando las comunidades, la cultura, la ciencia, la educación, el ser humano que con su pensamiento, con su palabra, con su cuerpo, con su mente, con el corazón y con su espíritu fraguan permanentemente una conciencia que se transparenta en los actos que luego se vivencia en un lenguaje, en un universo de mensajes y respuestas que dan a entender muchas cosas.

Cuando generosa y responsablemente hemos elegido llevar una vida auténtica, hemos superado la falsedad, el engaño, la patraña y la mentira. Sin estas barreras es posible una presentación personal antes que una mera representación teatral de lo que somos. Sólo la autenticidad nos lleva a un clima de confianza recíproca, y sólo así se produce un encuentro abierto y plenamente humano.

La palabra se encarna y se manifiesta según el desarrollo de la personalidad de cada individuo. Por lo tanto, frente a una buena personalidad habrá un profundo respeto por la palabra, que es la que se encarga de hacer presente la realidad de las cosas.

Las palabras y los hechos que escogemos para actuar son el vivo ejemplo de lo que es nuestra identidad individual. Esta individualidad cobra importancia cuando se une al nosotros, es decir cuando se expresa para los demás.

La integridad de nuestro ser se anima y se potencia al máximo nivel de crecimiento espiritual cuando compartimos la bondad de nuestro ser a través de la sabiduría de nuestros actos y en desmedro del mal deseo de prevalecer y de dominar al otro para menoscabar su dignidad.

Todos los seres humanos estamos llamados a incorporar en nuestra vida un lugar adecuado y digno en el mundo que nos permita, a partir de ciertos principios fundamentales, vivir bien.

Todo cuanto hacemos artísticamente, es porque está por encima de lo mediocre, de lo

superfluo. Lo artístico nos eleva en dignidad, nos fortalece el alma, nos proyecta, nos compromete, y no nos permite alejarnos de la belleza ni de la armonía con la que se emprenden las actividades diarias, por cotidianas que éstas sean.

Sólo una adecuada actitud ética nos permite el logro de nuestras realizaciones humanas, en razón de que a la realidad la podemos ver y analizar para escoger las más granadas posibilidades de realizaciones positivas.

Nuestra capacidad para inventar, es decir, nuestro talento creador, es infinito; tan infinito es, que para no atropellar nuestra dignidad humana, nos hemos inventado también la ética, sin la cual no sería posible la construcción de escenarios que nos sacudan de la inercia y del sin sentido que a veces puede atropellarnos y desubicarnos para que la vida fluya en su mejor expresión humana para dominar la realidad y hacerla nuestra en la medida en que aprendamos a conocerla para crear los más excelsos valores que son los que van configurando nuestro mejor estilo en el vivir.

Si la ética nos conduce a un buen estilo en el vivir, dejémonos seducir por ella; vayamos en su búsqueda constante. Tenemos un buen aliado: la inteligencia, que es la que nos mantiene en vuelo para que cada proyecto humano consiga ser realizado de la mejor manera, buscando siempre lo más adecuado y moralmente bueno.

El ser humano, por lo tanto, puede actuar de las formas más diversas, según sea su nivel de formación y de instrucción, sobre todo cuando sabe emplear a plenitud su inteligencia para expresar de manera creativa y muy peculiar sus experiencias vitales.

Que no se vicié nuestra condición humana de penalidades y de defectos que surgen de la fatuidad o de la ignorancia por no tener la posibilidad de conocer adecuadamente una cosa. Pues, cuando desconocemos algo o sabemos mal, corremos el peligro de mostrar nuestra torpeza y de vaciar ante el prójimo nuestro irrespeto y nuestra falta de consideración moral.

Cada ser humano tiene derecho a ser feliz, pero el logro de esta felicidad está enmarcado en la facultad moral que tiene con respecto a las cosas que le son debidas. No todo le está permitido por más libertad que tenga para emprender en una acción. La persona, si quiere lograr una felicidad adecuada, ponderada y altamente humana, en la que no esté implicada luego su desdicha por no saber actuar racionalmente y a tiempo, debe tener la suficiente entereza para convivir dentro de un proyecto ético en el que vea con suma claridad cuál es el poder moral que ejerce cada acción realizada.

Solo una mirada digna, e incluso profundamente amorosa, debidamente pensada, nos reinsertará en la realidad para que nos podamos salvar de la insignificancia a la que nos pueden llevar nuestras acciones cuando no son coherente y moralmente asumidas.

La gente busca sentirse bien, ser feliz y aproximarse a la sabiduría cuando sus intenciones de acción están bien encaminadas.

Quien posee un buen juicio es porque tiene principios que lo motivan a tomar decisiones adecuadas para repudiar, por ejemplo, la simplicidad, el autoritarismo, el dogmatismo, la amargura, la normatividad y los prejuicios que aquejan a los individuos que poseen una mentalidad rígida.

El buen juicio ejerce un enorme poder en el pensamiento crítico que debe ser ejercido sin distinción de clases. Todos debemos educarnos en esta dirección, dado que el papel que cumple una persona de buen juicio no dejará de ser una herramienta indispensable para ayudar a mantener un buen equilibrio de armonía y solemnidad antropológicas.

La presencia de alguien es quizá una de las necesidades más profundas para que la convivencia personal tenga sentido. Nadie puede vivir marginado, aislado; pertenecer a una grey, a un grupo humano, es lo que más nos potencia para sentirnos realizados.

Los otros: Dios, el prójimo y el cosmos son el gran tú que nos liberan de la terrible angustia que sentiríamos al saber que estamos solos, sin nadie que nos proteja del peligro que implicaría saber que no hay nadie a nuestro lado.

Que aprendamos a pensar para qué está hecha la vida, para qué estamos llamados los seres humanos, en qué podemos contribuir según los talentos que Dios nos ha dado, por qué tenemos que desperdiciar la vida en actos que no tienen proyección humana, a dónde va la sociedad si todo el mundo camina a la deriva, desesperado, esquizofrénico y estresado hasta el cansancio, y con ganas de morir antes que de vivir para compartir dichas, amor, felicidad y un adecuado posicionamiento emocional para desparramar dulzura, perdón y solidaridad a raudales.

Jesús es el hombre humano-divino que ante todo fue un volcán de amor, un verdadero hombre como nosotros, profundamente iluminado, adentrado y radicado en Dios.

Una correcta práctica lectora nos lleva al encuentro de un disfrute auténtico y creativo; pues, nos estamos sirviendo de un medio muy valioso para compenetrarnos en las diversas fuentes del conocimiento humano.

Para leer, no importa el formato. El auge creciente de las nuevas tecnologías de la información nos atrae para adaptarnos a una nueva promoción lectora, buscando todas las potencialidades y posibilidades que este medio nos brinda. Lo importante es que hayamos podido desarrollar unos hábitos lectores para leer donde quiera y como quiera.

El lector que ya ha conformado unas competencias lingüísticas puede zambullirse sin temor por las aguas mansas o agitadas de cada palabra, de cada frase, de cada párrafo que ansiosos esperan la llegada de su amado lector.

Para que la mediocridad no nos aniquile, es necesario, es urgente diría, obtener el hábito lector, que no deja de ser uno de los más apasionantes que el género humano

ha adquirido en la medida en que, paulatinamente, vamos desarrollando nuestra capacidad de reflexión crítica y de discernimiento para enfrentar la vida más plena, sesuda, feliz, comprometida y humanamente.

La sociedad que vivimos es una sociedad de la información, y ésta, paradójicamente, no ayuda a formar lectores. El predominio de la imagen, el interés por lo inmediato y lo fácil, la comprensión rápida y vacua de mensajes en la televisión y en la internet, son, entre otros, factores que se contraponen a la lectura.

A través de la lectura es posible que se pueda ejercer más humanamente la democracia, la libertad, la autonomía, la política, la religión, la ciencia e infinidad de valores humanos que pueden llegar a practicarse con rigor y transparencia en el ámbito del pensamiento y de las mejores acciones cotidianas de la vida.

Bibliografía

Collins, F. (2007). *¿Cómo habla Dios? La evidencia científica de la fe*. Traducción de Adriana de la Torre Fernández. Segunda edición. México: Planeta.

Colombero, G. (1994). *De las palabras al diálogo. Aspectos psicológicos de la comunicación interpersonal*. Traducción de Justiniano Beltrán. Bogotá: San Pablo.

Covey, S. (2005). *El 8° hábito. De la efectividad a la grandeza*. Traducción de Gemma Andújar y otros. Bogotá: Paidós Empresa.

Csikszentmihalyi, M. (1998). *Creatividad. El fluir y la psicología del descubrimiento y la invención*. Traducción de José Pedro Tasaús Abadía. Barcelona: Paidós.

Cury, A. (2009). *Hijos brillantes, alumnos fascinantes*. Traducción de Simon Saito. Bogotá: Planeta.

Diario La Hora (2010), 30 de enero. Loja.

Llano, A. (2008). *Confesión de fe crítica*. Bogotá: Intermedio.

Marchesi, A. (2005). *Revista de Educación del Ministerio de Educación y Ciencia*, Madrid.

Marina, J. (2001). *Ética para náufragos*. Tercera edición. Barcelona: Anagrama.

Ministerio de Educación y Ciencia (2005). *Revista de Educación. Número extraordinario. Sociedad lectora y educación*. Madrid.

- Monterroso, A. (2000). *Viaje al centro de la fábula*. Madrid: Alfaguara.
- Ocampo, M. (2005). *Filosofía de la cultura*. Valencia: Edicep.
- Pablo, J. (2008). *Jesús*. Madrid: Edimat libros S.A.
- Parrilla, J. (1998). *Hijos y hermanos en torno a Jesús*. Madrid: PPC Editorial.
- Parodi, G. (coord.). (2010). *Saber leer*. Buenos Aires: Instituto Cervantes y Editorial Aguilar.
- Ramón, J. (2006). *Introducción a la ética*. Colección Albatros. Madrid: Palabra.
- Ratzinger, J. (2007). *Jesús de Nazaret*. Traducción de Carmen Bas Álvarez. Bogotá: Planeta.
- Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española. (2009). *Nueva gramática de la lengua española*. Dos tomos. Madrid: Espasa Calpe.
- Riso, W. (s/f). *El poder del pensamiento flexible*. s/r.
- Rosenblatt, L. (1995). *La literatura como exploración*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Saint-Exùpery, A. (1984). *El Principito*. Quito: Promotora Cultural Popular.
- Santa Sede (1992). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Roma: Librería Vaticana.
- Savater, F. (2003). *El valor de elegir*. Bogotá: Ariel.

Schurbusch, C. (2009). *Manual para la felicidad*. Bogotá: Intermedio.

Sternberg, R. (1997). *La creatividad en una cultura conformista. Un desafío a las masas*. Traducción de Ferrén Meler. Barcelona: Paidós.

Loja, mayo de 2011



MoreBooks!
publishing



yes **i want morebooks!**

Buy your books fast and straightforward online - at one of world's fastest growing online book stores! Environmentally sound due to Print-on-Demand technologies.

Buy your books online at
www.get-morebooks.com

¡Compre sus libros rápido y directo en internet, en una de las librerías en línea con mayor crecimiento en el mundo! Producción que protege el medio ambiente a través de las tecnologías de impresión bajo demanda.

Compre sus libros online en
www.morebooks.es



VDM Verlagsservicegesellschaft mbH

Heinrich-Böcking-Str. 6-8
D - 66121 Saarbrücken

Telefon: +49 681 3720 174
Telefax: +49 681 3720 1749

info@vdm-vsg.de
www.vdm-vsg.de

